

# *i Despreimate!*

*Tamara Marin*



# ¡DESPÉINATE!

*Tamara Marín*

## **¡Despéinate!**

Octubre 2019

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: [@tamaramarin04](#)

Twitter: [@tamaramarin04](#)

Facebook: [Tamara Marín](#)

Edita: Rubric

[www.rubric.es](http://www.rubric.es)

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

48920 Portugalete

944 06 37 46

Corrección: Rubric y Elisa Mayo

Diseño de cubierta y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de [www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

ISBN:978-84-120713-1-3

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros

métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

*A ti, mamá,  
porque si no me hubieras transmitido el amor por los libros,  
seguramente, yo no existiría como tal.*

*Gracias por animarme a salir, a viajar... Gracias por darme alas.*

*Gracias por educarme lo mejor que has sabido y podido. No puedo admirarte más de lo que lo hago.*

*Gracias por estar siempre.*

*Gracias por las decisiones tomadas.*

*Gracias por hacer mi vida más fácil a costa de sacrificar muchas partes de la tuya.*

*Gracias por hacerme entender que las mujeres podemos valernos por nosotras mismas.*

*No supe comprenderte del todo hasta que fui madre, pero ahora entiendo tantas cosas... que cada día que pasa te quiero más.*

*Me has transmitido algo muy importante durante toda mi vida y yo haré igual con mis hijas; has dejado en mí lo mejor que puedo entregarles: el amor.*

*De un tiempo a esta parte he aprendido lo importante que es crear recuerdos nuevos junto a ti. Así que vamos a por ellos.*

*Hubiera cambiado un montón de cosas de esta dedicatoria, pero tú la leíste y te emocionaste tal y como está, por lo que he querido mantenerla.*

*No sabes el vacío tan grande que me has dejado, mamá.*

*Te voy a querer y a recordar todos los días de mi vida.*

*Vives en mí, así que estarás conmigo, siempre.*

*Tus manos.*

*¡Cómo me gustaban tus manos!*

*Esas manos que consolaban, acariciaban, daban fuerza, guiaban, protegían...*

*Esas manos que a ti no te gustaban nada, porque habían empezado a salirte manchas, como a las de yayo.*

*Hoy he visto una mancha en las mías y he sabido con certeza que siempre estarás conmigo.*

*Has dejado tantas cosas en mí, en mi hermano, en mi padre y en las niñas que sé que nos acompañarás el resto de nuestras vidas.*

*Así que voy a reír, a escribir, a salir, voy a viajar... y lo voy a hacer por ti, porque no querrías que fuera de otra manera.*

*Me agarraré a otras manos, que, aunque no son las tuyas, también me darán fuerza y caminaré por la vida tal y como tú me has enseñado.*

*Te quiero, siempre.*

*Tu hija*

# Índice

- [1. Mi padre](#)
- [2. Más problemas](#)
- [3. Cambios](#)
- [4. Mi familia](#)
- [5. Una mala temporada](#)
- [6. Una chica en casa de Bruno](#)
- [7. Sofía](#)
- [8. ¡Tengo trabajo!](#)
- [9. Nos llevamos bastantes años](#)
- [10. Una noche muy larga](#)
- [11. La boca del lobo](#)
- [12. ¿Me habrías dejado continuar?](#)
- [13. Hay que despeinarse de vez en cuando](#)
- [14. Bruno, Thiago y yo](#)
- [15. Aceptar su proposición](#)
- [16. ¡¡En serio?!](#)
- [17. Una conversación entre hermanos](#)
- [18. Acepto el trato](#)
- [19. Una conversación con Sofía](#)
- [20. Conociéndonos](#)
- [21. Despeinarse y vivir](#)
- [22. Es la hermana de un amigo](#)
- [23. Demasiado cómodo](#)
- [24. Antiguas relaciones](#)
- [25. Esto](#)
- [26. Celos](#)
- [27. Sofía y Bruno](#)
- [28. Salir a correr](#)
- [29. Ella](#)

30. Con mi cuerpo hago lo que quiero, que para eso es mío

31. Una relación formal

32. Su fuerza y mi miedo

33. Una conversación pendiente

34. Su historia

35. No son cosas tuyas

36. ¿Qué ha pasado?

37. Sabes que te quiero muchísimo

38. ¿Te vas?

39. El gran día

40. El novio

41. De lo más intrigada

42. Felicidad casi plena

43. Demasiado rápido

44. Una cena tensa

45. La verdad de mi hermano

46. Solo había una cosa que tenía clara

47. Mi suerte

48. Ángela

49. Todo

50. No te la mereces

51. Querer nuestras diferencias

Epílogo

Diez años después

Nota de la autora

Agradecimientos



## 2. *Más problemas*

No paré ni un momento en toda la noche. Estábamos en pleno agosto y había muchísima gente. Abel, el jefe de seguridad, ya había echado a más de diez personas y había habido unas cuantas peleas. Pero yo estaba muy atareada, ya que trabajar detrás de la barra era un no parar.

Llevaba unas cuantas horas sirviendo copas cuando le pedí a un compañero que me cubriera, necesitaba ir al baño.

Caminaba por el pasillo, pensando en mi padre y en que nunca lo había visto así de enfadado conmigo, cuando oí algo de jaleo en la sala. Iba a girarme, pero me choqué con algo duro. Al levantar la cabeza me encontré con Pedro. Tenía una sonrisa ladeada que le daba, aún, más pinta de chico malo. Era guapo, pero había algo en él que no acababa de gustarme.

Antes de que pudiera reaccionar, me cogió por la cintura y me dio un beso. Intenté rechazarlo, pero insistió, así que le di un buen pisotón y, al apartarse, le pegué una bofetada.

—¿Tú eres tonto o qué? No vuelvas a hacer eso o le digo a Abel que te eche. —Estaba muy enfadada.

—Tranquila, bonita, no volverá a pasar.

Levantó las manos a modo de disculpa y, mientras se alejaba, me guiñó un ojo. Supe que tramaba algo, pero necesitaba ir al baño con urgencia, así que salí prácticamente corriendo.

Me estaba lavando las manos, cuando me percaté de que la música había parado. Me llegó mucho jaleo del exterior y me pareció todo de lo más extraño. Me las sequé y salí. Con lo primero que me encontré fue con un policía joven y bastante guapo. Debía de ser nuevo, porque no lo conocía.

—Buenas noches, señorita. ¿Sería tan amable de vaciarse los bolsillos?

No pude evitar sonreír. Él me devolvió la sonrisa, que, por cierto, era preciosa.

A mí no me registraban nunca, porque Juan y todos sus chicos me conocían y hacían la vista gorda; pero, vaya, que no tenía ningún problema en enseñarle lo que llevaba en los bolsillos.

Me saqué el móvil de uno de ellos y metí la mano en el otro. Me extrañó tocar algo de plástico; no recordaba haber metido nada ahí, lo saqué y quise que la tierra me tragara.

Me quedé tan desconcertada que tardé un rato en reaccionar. Tenía la mano extendida y en mi palma había una bolsita con un polvo blanco dentro, que, deduje, era cocaína. Lo primero que hice de manera irracional fue pensar en mi padre. Iba a matarme. Ni siquiera podía pensar cómo había llegado eso ahí.

—¿Podrías acompañarme, por favor?

Seguí al policía con la cabeza gacha, cuando la levanté fui consciente de que ya no quedaba casi nadie en el local. Mientras caminaba, me crucé con mi jefe y supe que aquello iba a costarme el trabajo. Luis era muy estricto con las drogas en su local.

El policía se paró de golpe y casi choqué con él. Se apartó hacia un lado, mientras hablaba con otra persona, y al levantar la cabeza quise hacerme invisible. Era Juan, y yo estaba jodida.

El jefe de policía no era hombre de muchas palabras, por lo que el trayecto en coche hasta mi casa lo hicimos en el más incómodo de los silencios. Sabía que, al llegar, el silencio brillaría por su ausencia, ya que mi padre montaría en cólera.

Al bajar del coche, Juan se dirigió a mí.

—Quiero pensar que lo que ha encontrado Carlos en tu bolsillo no era tuyo. Voy a intentar que tu padre piense lo mismo, pero ya sabes cómo es, así que ve preparándote, jovencita. Intenta no decir nada y déjame hablar a mí.

Odiaba que me trataran así; joder, tenía veintitrés años, no diez. Pero Juan y mi padre siempre me tratarían como a una niña. En momentos así, echaba mucho de menos a mi madre.

Cuando metí la llave en la cerradura, mis manos temblaban tanto que, al final, Juan me las quitó y abrió él. Mi padre estaba sentado en el sofá, pero, al ver a su amigo junto a mí, pegó un bote y corrió hacia nosotros.

—¡¡¿Qué ha pasado?!!

—Fernando, la niña está bien, así que siéntate y hablamos tranquilamente. Elisabeth, ¿por qué no vas a tu habitación?

—No.

Joder, iban a hablar de mí, ¿por qué tenían que enviarme a mi cuarto? Lo dicho, me trataban igual que a una niña.

—No ha sido una pregunta.

Vale, la verdad es que ahora Juan me miraba como policía, no como el amigo de mi padre, y era una mirada que daba realmente miedo, así que opté por salir de allí.

Oí a mi padre chillar frases inconexas, pero me puse los cascos y desconecté de todo, ya me lo encontraría cuando me levantara. Bueno, eso si él no entraba antes en mi habitación.

Odiaba disgustar a mi padre, pero sabía que no me escucharía; daba igual lo que le dijera, era una persona con la que no se podía conversar cuando estaba enfadado. Y eso me llenaba de impotencia porque, joder, no había sido culpa mía.

Me quité la ropa y me puse el pijama. Lo mejor era no salir al baño para lavarme la cara; prefería esconderme en mi cuarto, no me apetecía nada cruzarme con mi padre.

Estaba tan cansada que, a pesar de la noche que había pasado, no tardé mucho en conciliar el sueño. Ya casi estaba en brazos de Morfeo cuando recordé una imagen que me hizo incorporarme de golpe.

Cuando Pedro me besó, había metido sus manos en los bolsillos traseros de mi tejanos. ¡Cabrón!

## *1. Mi padre*

Nunca me había sentido tan incómoda en presencia de mi padre. Hacía dos días que no me hablaba y, por lo visto, no tenía ninguna intención de hacerlo.

—¿Vas a querer café?

—Mmm...

Deduje que eso quería decir que sí, por lo que me puse uno para mí y otro para él. Volví a sentarme en el mismo sitio. Inhalé el aroma del café y cerré los ojos. Me encantaba ese olor.

Al abrirlos vi cómo me miraba y volví a agachar la cabeza. Me fijé en el mantel y observé que estaba bastante desgastado; si me daba tiempo, al día siguiente, iría a comprar uno nuevo. Son ese tipo de cosas absurdas que pienso para mantener la cabeza ocupada en momentos tensos como aquel.

Pero tenía que moverme, no podía estar sentada en esa silla toda la noche, así que me puse en pie y dejé el vaso en la pila.

—Me voy a trabajar, papá. Buenas noches.

No me atreví a darle un beso y, por supuesto, no recibí contestación por su parte.

Me fui hacia mi cuarto, arrastrando ligeramente los pies. Me encantaba hablar, por lo que era un inconveniente que la única persona con la que vivía no intercambiara conmigo ni un saludo.

Me maquillé y me peiné un poco. Hacía dos días que había pasado por la peluquería, me había cortado flequillo y me gustaba mucho cómo me quedaba. Mi pelo era tan negro que me dejaba pocas opciones de cambiarlo, aunque tenía que reconocer que me encantaba mi color natural. Llevaba puestos unos tejanos con un top y no tenía ganas de cambiarme. De manera que pensé que esa ropa ya estaba bien para ir a trabajar.

Miré el reloj y decidí bajar a esperar a Pedro al portal. No podía soportar volver a cruzarme con mi padre. Cerré la puerta suavemente y solté el aire que

no sabía que retenía.

Todo había empezado hacía dos días. Normalmente, en época de verano, trabajo todas las noches, pero había acumulado tantas horas extras que mi jefe me había prohibido ir durante los dos siguientes turnos, por lo que aproveché para salir de fiesta con una amiga. Iba a ser una noche tranquila, por lo menos eso decidimos antes de salir, aunque en cuanto vi el ritmo de beber que llevaba Vanesa supe que no sería así. Le tocaba conducir a ella, por lo tanto no debía beber; se lo dije un par de veces, pero no me hizo ni caso. Yo me había tomado dos o tres cervezas y dejé de beber en cuanto vi que ella no iba a hacerlo. Sabiendo que, al final, me tocaría llevar el coche a mí.

Pasada una media hora, Vanesa insistió en que quería ir a otro local. No conseguí que cambiara de idea, pero sí la convencí para ser yo quien cogiera el coche.

Pensaba que no daría positivo, pero ese día no había comido mucho y, en cuanto soplé y vi la cara del policía, fui consciente de que la había cagado.

Blanes es un pueblo pequeño. En verano se llena de turistas, pero en invierno nos conocemos todos. Además, Juan, el jefe de policía, era amigo de la infancia de mi padre. Vamos, que le faltó tiempo para llamarlo y explicarle lo que había pasado.

Después de un sermón de la hostia, mi padre había dejado de hablarme. Casi ni me miraba, por mucho que yo había intentado defenderme. Él fue tajante: si habíamos bebido, debíamos haber pedido un taxi. Lo peor era que tenía toda la razón del mundo.

Este era un tema muy delicado en mi casa, así que tenía claro que la había cagado. Solo esperaba que mi padre no le dijera nada a mi hermano.

Después de esto, mi querido papá no me dejaba coger su coche, y aún menos mi moto, así que ahora tenía que depender de que alguien me llevara al bar de copas donde trabajaba.

Pedro se había ofrecido voluntario. Quizá pensaba que luego acabaríamos en su casa. No era ni de lejos mi intención. Me había liado con Pedro alguna vez, pero no era el tipo de chico que me gustaba. Demasiado problemático.

Parecía que lo había llamado con el pensamiento. Vi cómo paraba el coche frente a mí. Lo saludé al entrar y él se acercó como si fuera a darme un beso, giré la cara y comprendí que no iba nada desencaminada al pensar que él querría algo más.

El trayecto de apenas diez minutos se me hizo eterno.

### 3. *Cambios*

Llevaba un rato despierta, pero no quería ni moverme. Sabía que mi padre estaba en casa, y tarde o temprano tendría que enfrentarme a él.

Me levanté despacio y me vestí con calma, abrí la puerta y me dirigí a la cocina, arrastrando ligeramente los pies. Al asomarme, lo vi sentado frente a una taza de lo que seguramente era café. Su cara reflejaba, perfectamente, el enfado que tenía. Ni siquiera me habló, hizo un gesto con la cabeza para que me sentara en la silla que quedaba a su lado. Lo hice.

—Esto no puede seguir así.

—Pero, papá...

—¡Se terminó! Acabo de hablar con tu hermano y vas a ir una temporada a vivir con él. Deseo que alejándote de aquí te comportes mejor. Y, sobre todo, espero que no le des quebraderos de cabeza a Bruno, él ya tiene bastante con lo suyo.

Me entraron ganas de estamparle la taza en la cabeza, y ese pensamiento me asustó; que era mi padre, ¡joder!, pero es que había veces que no podía con él. ¿Por qué tenía que ser tan autoritario? Había decidido cambiar mi vida por completo, sin contar conmigo para nada. Y ni siquiera había dejado que me explicase.

Me levanté de la mesa, lo miré con rabia e hice lo que siempre hacía en esas ocasiones: llamé por teléfono a Héctor y quedé con él esa misma tarde.

Mi visita a Héctor fue rápida y en veinte minutos estaba fuera, por lo que me di una vuelta por el paseo y me senté en la arena de la playa. Era tarde, pero aún había gente bañándose.

Ya me estaba haciendo a la idea de que me iría; total, no podía discutir nada con mi padre, él siempre tenía la última palabra. Por eso me empapé de las vistas del mar. Echaría mucho de menos aquella playa. En Barcelona también había, pero es que la de Blanes siempre me había encantado. Decidí subir

hasta Sa Palomera, que era una piedra enorme desde donde había unas vistas preciosas.

Me picaba la nariz, pero no me toqué, estaba segura de que la tendría roja e hinchada. Cada vez que discutía con mi padre me iba al estudio de Héctor y me hacía un *piercing* o un tatuaje; era mi modo de rebelarme contra él. Acababa de hacerme uno en la nariz y picaba como el demonio.

Paseé durante mucho rato por la playa y cuando quise darme cuenta ya se había hecho de noche. Al coger el móvil vi que tenía tres llamadas perdidas de mi hermano. Se dibujó una sonrisa en mi cara y lo llamé. Contestó al segundo tono.

—Hola, hermanita. Madre mía, la que has liado, no veas cómo está papá.

—Bueno, ya sabes cómo es.

—Ya, ya, qué vas a contarme. Piensa en la parte buena, te vienes con tu sobrino y conmigo durante una temporada. —Estaba tan entusiasmado que no pude evitar sonreír.

—Sí, pero no pienses que te voy a hacer de canguro siempre que quieras.

—¿Ah, no? Pues vaya bajón; creía que para eso habías estudiado...

—No he estudiado Educación Infantil para hacer de canguro de mi sobrino siempre que mi hermano quiera salir de fiesta. Además, ya sabes que solo estoy bromeando, me quedaré encantada con mi peque siempre que quieras.

—Lo sé, y ya sabes que yo no salgo mucho, pero con los horarios que tengo me vendrá genial poder contar contigo en momentos puntuales.

Una parte de mí era reacia a irse; debía dejar mi vida en Blanes y a mis amigos, pero mudarme a casa de mi hermano tenía cosas buenas. Desde que Bruno se fue a vivir a Barcelona lo echaba muchísimo de menos, aunque hablábamos casi a diario.

Le dije adiós a mi hermano con una sonrisa en los labios y me dirigí a casa de Vanesa; quería despedirme de ella. Intentaría verla bastante a menudo, ya que apenas estaríamos a una hora de distancia. Añoraría nuestras charlas, hablar con ella siempre me aportó calma.

Las dos sabíamos que tarde o temprano eso pasaría, y ya nos habíamos hecho a la idea. Vanesa se iría a trabajar fuera, ya que, en Blanes, al ser un pueblo pequeño, no encontraba trabajo de lo suyo; pero la cabezonería de mi padre había precipitado la despedida.

Al final me quedé a cenar en casa de mi amiga, su madre insistió tanto que fui incapaz de negarme. Eso sin contar que la madre de Vanesa cocinaba de

muerte y yo no estaba acostumbrada a comer tan bien. Avisé a mi padre con un *wasap* (pasaba de llamarlo) y me guardé el móvil para no ver su contestación.

Mi amiga y yo nos dijimos adiós con lágrimas en los ojos y la promesa de llamarnos a menudo y de intentar vernos de vez en cuando. Aunque, en cuanto Vanesa se fuera de Blanes, iba a ser muy difícil y las dos lo sabíamos, pero las despedidas siempre se hacen menos duras si las llenas de promesas.



## 4. *Mi familia*

Dos días más tarde, iba camino de Barcelona cargada con tres enormes maletas. Había reservado una para llenarla de libros. El resto los dejé en casa de mi padre, pero me había resultado imposible no llevarme mis preferidos, y eran tantos que llené una maleta entera.

Aún era agosto y mi padre había insistido en que me esperara a septiembre para marcharme a casa de Bruno, pero estaba tan enfadada con él que quería irme cuanto antes. Jamás me comportaba con nadie como lo hacía con mi padre. Mi hermano me decía que tenía la mecha corta, y era verdad, saltaba a la mínima, aunque luego me arrepintiera y me tocara pedir perdón, pero a mi padre le consentía cosas que con otra persona ni me las habría planteado.

Era mi padre y le debía un respeto, eso estaba clarísimo, pero tenía veintitrés años, colaboraba en la economía de casa y jamás le había dado quebraderos de cabeza hasta algunas semanas atrás. Exceptuando los tatuajes y *piercings*, que no le hacían ninguna gracia.

Pero él era así, estaba acostumbrado a que lo obedeciéramos en todo, sin rechistar. Y aunque mi hermano se mudó a Barcelona por una bronca que tuvieron, no le sirvió de mucho, porque seguía comportándose de la misma manera.

Aparté mis pensamientos y busqué sitio en el tren. Me senté junto a una señora que estaba medio dormida; me vendría genial, porque quería acabar un libro del que ya me quedaba poco y en una hora, más o menos, que era lo que duraba el trayecto, seguro que lo terminaba.

Cerré el libro medio emocionada por un final pletórico y, al levantar la vista, noté que el tren estaba parando en mi estación, no me habría salido mejor ni queriendo.

Cuando miré al arcén, vi a mi hermano y mi sobrino. Bruno había insistido en venir a buscarme hasta Blanes, pero lo encontré una tontería cuando en tren

se iba tan bien. Aunque fui incapaz de convencerlo para que me esperara en casa.

Nada más bajar me fundí en un abrazo con él. Mi hermano hacía que se borrarán todas mis preocupaciones. Bruno y yo nos llevábamos casi nueve años y, contra todo pronóstico, nos entendíamos a la perfección.

Miré hacia abajo y vi a Thiago. Era la cosita más bonita del mundo.

—Madre mía, pero quién es este niño tan grande.

Iba a ver a Thiago con bastante regularidad, pero es que mi sobrino crecía por días.

Fuimos bromeando hasta el coche y nos dirigimos hacia el piso de mi hermano, que a partir de ese momento sería también el mío.

Nada más llegar, Bruno sacó un par de cervezas de la nevera y nos sentamos en el sofá. Por fin pude explicar a alguien lo que había pasado la noche en la que Pedro me había metido la dichosa bolsita en el bolsillo.

Bruno me creyó a pies juntillas y no dudó de mi versión ni un segundo. Iba a ser fácil vivir con él.

Pasado un rato nos dirigimos a mi cuarto. Cargamos entre los dos las tres enormes maletas y al entrar me enterneció ver cómo Bruno había adaptado la habitación que a partir de ese momento sería mía.

La cama ya estaba, porque de vez en cuando yo pasaba algunos días allí, pero había comprado cortinas y una colcha de un color morado precioso, aunque era agosto y no iba a necesitarla, me encantó. También había puesto una mesita de noche, un armario en el que no cabría ni la mitad de mis cosas y unas estanterías. Mientras las miraba, mi hermano me dijo:

—Sabía que traerías algunos libros y he pensado que te gustaría tener un sitio donde colocarlos, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

Se me hizo un nudo en la garganta, y es que desde que pasó lo de mi madre estaba muy poco acostumbrada a que cuidaran de mí.

Me giré y abracé a mi hermano y a Thiago, ya que este se encontraba en brazos de Bruno. Y supe con seguridad que allí me sentiría más en casa que en cualquier otro lugar. Para mí, el hogar lo forman las personas, y en ese piso estaban las dos que más quería en el mundo.

## 5. Una mala temporada

*Vaya racha de mierda llevaba. Menos mal que parecía que esa semana se estaba arreglando algo.*

*Hacía exactamente un mes que mi novia, bueno, ahora mi ex, me había dejado. Según ella, sus sentimientos hacia mí eran más de amigo que de pareja, una frase de mierda, pero es que dijo otra: «Quizá me he precipitado al empezar una relación contigo, estando tan reciente mi divorcio». ¡¡Toma ya!! Esa fue para rematarme.*

*Llevábamos muy poco tiempo juntos, y era verdad que ninguno teníamos unos sentimientos demasiado fuertes por el otro, pero me había acostumbrado a estar en pareja. En realidad, a mí, al contrario que a la mayoría de mis amigos, me gustaba la vida en pareja. Me daba seguridad, tranquilidad y me hacía sentir bien.*

*Total, que por si no fuera suficiente que tu pareja te dejara, mi casero había decidido que subiría el alquiler de mi piso hasta hacerlo impagable. Así que gracias a este iluminado me había pasado unas semanas de locura intentando encontrar un alquiler que pudiera pagar sin necesidad de donar un riñón. Quería uno que estuviera más o menos por la misma zona, pero por lo visto se había puesto de moda y los precios habían subido tanto que me resultaban imposibles de pagar. Y después de un montón de días con un agobio impresionante, en los que me veía durmiendo en la calle o, lo que era aún peor, teniendo que volver a casa de mis padres, por fin tuve algo de suerte. Mi mejor amigo y compañero de trabajo, Bruno, me avisó de que en su edificio había quedado libre un piso. Ese mismo día salí del trabajo sin comer y, antes de una hora, me hice con él.*

*Era grande, luminoso y mucho más espacioso de lo que en realidad necesitaba para mí solo; el único inconveniente era que tendría que*

*arreglar algunas cosas y, aunque no era un manitas, me veía capaz de hacerlo. Además, el precio estaba bastante bien y era lo único que tenía.*

*Entonces tocó hacer la mudanza, esa maravillosa actividad en la que no tienes ni puta idea de todo lo que acumulas en casa hasta que te toca meterlo en cajas.*

*Habían sido unos días de no parar, había dormido poquísimas horas, pero por fin estaba sentado en el sofá de mi nuevo piso. Acababa de vaciar una caja con cosas de la cocina. Ya solo me quedaban otras seis o siete y eso era todo un logro, por lo que me había sentado a celebrarlo con una cerveza. Cuando apuré el último trago, decidí salir de allí, llevaba encerrado un montón de tiempo, colocando cosas, y necesitaba despejarme.*

*En un principio, pensé en salir a la calle a que me diera un poco el aire, pero finalmente decidí subir a casa de Bruno. Achuchar a Thiago se había convertido en algo que me encantaba hacer.*

*Volví a entrar en casa y cogí un paquete de cervezas y una bolsa de patatas por si ponían algo interesante en la tele y nos apetecía verlo. Llamé al timbre pensando en todo lo que aún me quedaba por colocar.*

## 6. Una chica en casa de Bruno

*Cuando la puerta se abrió el paquete de cervezas estuvo a punto de escurrirse entre mis manos. No sé qué fue lo que más me impresionó; si que abriera la puerta una chica, ya que Bruno jamás subía a mujeres a su casa, o la chica en sí.*

*Era bastante joven, tenía el pelo negro y unos enormes ojos color miel; era muy guapa, pero lo que de verdad llamó mi atención fue que llevaba el brazo derecho completamente tatuado, incluso el mismo tatuaje bajaba hasta ocupar parte de su mano. En el izquierdo, también tenía bastantes, pero el derecho lo llevaba totalmente cubierto desde el hombro hasta los dedos. La miré a la cara y pensé que no era para nada el estilo de Bruno; bueno, ni el suyo ni el mío. Demasiado joven, demasiado tatuada, demasiado... Me fijé en que llevaba un aro en la nariz y las orejas llenas de pendientes. No, definitivamente había algo que no cuadraba.*

*—¿Vas a quedarte ahí mirándome todo el día o piensas pasar? Si llevas una caja de cerveza es porque esa era tu intención.*

*Oí gritar a Bruno de fondo.*

*—¿Quién es, Eli?*

*—Un repartidor de cervezas —respondió a Bruno, sin apartar sus ojos de mí, y su mirada, demasiado intensa para mi gusto, empezaba a ponerme nervioso.*

*De pronto una sonrisa iluminó su cara, imaginé, porque había conseguido lo que quería: descolocarme. Me percaté de que era una chica preciosa. Entendedme, no soy un anticuado ni nada por el estilo, me gustan los tatuajes, aunque no lleve ninguno; simplemente, me había chocado encontrarme con esa chica en casa de mi amigo. Pero después de oír su nombre todo encajó en mi cabeza, y recordé que Bruno me había dicho que su hermana pequeña pasaría una temporada con él.*

*No sé por qué no me imaginé jamás a Eli así. Ni siquiera era que me la hubiera imaginado, no le di más vueltas después de que Bruno me lo comentara, pero desde luego nunca habría asociado a esa chica con su hermana.*

*—Mira, ¿sabes qué?, ahí te quedas. Me voy para dentro.*

*Aún seguía parado en la puerta sin ni siquiera moverme. Eli debió pensar que era tonto.*

*Entré y cerré la puerta. Bruno salía de la habitación y, por la cara de asco que traía, seguramente, acababa de cambiar a Thiago. El pequeño corrió hacia mí y me abrazó la pierna con fuerza. Parecía mentira que hiciera tan poco que había aprendido a caminar, iba a todos sitios corriendo.*

*—Hola, tío. Mira, te presento a mi hermana pequeña, Eli. Eli, él es Max.*

*—¿Dijo lo de «pequeña» con demasiado énfasis o me lo pareció a mí? Cuando la miré y, vi que ponía los ojos en blanco, supe que no era cosa mía.*

*Eli se acercó despacio hasta donde yo estaba, me agarró de la nuca con suavidad, haciendo que me recorriera un escalofrío, me dio dos besos con lentitud y se aproximó a mi oreja para susurrarme:*

*—Hola, repartidor.*

*Me pareció todo demasiado intenso, excesivamente íntimo, por lo que me aparté como si su contacto quemara. Ella me sonrió, y pensé que, si en lugar de ser tan joven, tuviera unos años más, no me cabría ninguna duda de que se estaba cachondeando de mí.*

*Mientras se alejaba, me fijé en que llevaba un pantalón muy corto, exageradamente corto, y me quedé ahí, observándole el trasero, hasta que ella se giró y volvió a sonreírme.*

*Menos mal que Bruno estaba jugando con Thiago y no se dio cuenta de que solo me faltaba babear, mirando el culo de su hermana. No sabía cuánto de protector era él con Eli, pero, desde luego, lo mío era para darme una colleja.*

*Ella no apartó los ojos de mí y no me gustaba la manera en la que me miraba, ni cómo me sonreía; era como si supiera algo que a mí se me escapaba. Sacudí la cabeza, intentando despejarme.*

*Eli era una chica guapa, para nada mi estilo, pero guapa; sin embargo, era la hermana pequeña de mi mejor amigo, eso sin contar que yo jamás saldría con una chica tan joven. ¡¡Joder, que le sacaba once años!!*

*Me senté en el sofá al lado de Bruno, era un ritual que repetíamos casi cada tarde, desde hacía un año. Cuando yo vivía en el otro piso, igualmente me acercaba hasta su casa para tomarme unas cervezas con él. Bruno jamás iba a ningún bar, ya que tenía que estar con Thiago, y yo prefería la tranquilidad de su casa al bullicio de cualquier local. Pero ese día no acababa de estar cómodo; era como si un desconocido estuviera rondando por su casa, aunque ese desconocido fuera su hermana.*

*Pasados unos minutos, vi salir a Eli del pasillo donde estaban las habitaciones. Llevaba una carpeta en la mano. Se acercó hasta donde estábamos nosotros.*

*—Bruno, voy a salir a echar unos cuantos currículums y a mirar un par de motos que me han gustado.*

*—Eli, no entiendo por qué no traes la que tienes en casa de papá.*

*—Pues porque es una mierda y quiero una moto de verdad.*

*—Ya sabes lo que pienso de que conduzcas una moto grande. No me gusta, no me gusta nada.*

*—Ya, pero da la casualidad de que nadie ha pedido tu opinión. Te quiero, hermanito, nos vemos por la noche.*

*Mientras caminaba hacia la puerta, se giró y nos lanzó un beso a su hermano y otro a mí. Yo no podía parar de pensar en que había salido a la calle con aquel pantalón que apenas dejaba nada a la imaginación.*

*Cuando oí cómo se cerraba la puerta, me dirigí a Bruno.*

*—Joder con tu hermanita.*

*—¿Qué quieres decir con eso? —Se giró y me miró como si yo fuera el enemigo.*

*—Que no parece la típica hermana pequeña que te lo vaya a poner fácil.*

*—Ah, pensaba que ibas por otro lado. Lo sé, con Eli nada es fácil, pero tiene un corazón enorme y, después de Thiago, es a la persona que más quiero. Me va a traer un montón de quebraderos de cabeza, pero estoy encantado de que esté aquí conmigo.*

*—¿Va a quedarse mucho tiempo? —Deseé que me dijera que se marcharía en unos días.*

*—En cuanto se adapte a vivir aquí... no creo que se vaya.*

*Sin entender el motivo, eso me molestó. Bruno y yo teníamos una vida muy tranquila y organizada, y a mí me encantaba que todo estuviera bajo control. Con la llegada de Eli vi clarísimo que eso iba a dejar de ser así.*

*Lo sé, hablo como si Bruno y yo fuéramos pareja en lugar de amigos, pero pasábamos mucho tiempo juntos. Siempre me había sentido en su casa como si fuera la mía, pero con ella por allí no acababa de estar cómodo.*



## 7. *Sofía*

Acababa de salir de una tienda de ropa. Llevaba toda la tarde entregando currículums y, aunque había estudiado Educación Infantil, sabía que encontrar trabajo de lo mío era difícil, por lo que había ido a un montón de sitios que nada tenían que ver con niños. Me dolían los pies y tenía tanto calor que decidí que por ese día ya era suficiente, pero al salir de la última tienda me encontré con una escuela infantil muy pequeñita. Pensé que estaría cerrada, ya que era pleno agosto y normalmente en esas fechas no suele haber nadie. Pero de todas maneras me acerqué y llamé al timbre. Me sorprendí cuando me abrieron, no contaba con ello.

—Hola, me llamo Eli y venía a traer un currículum.

—Hola, Eli. Pasa y siéntate.

Me puse nerviosa, no estaba preparada para una entrevista ni nada por el estilo; agradecí que a mí los nervios rara vez se me notaban. Me pidió el currículum y se lo di. No pude dejar de mordirme el labio en todo el tiempo que tardó en leerlo, que tampoco fue mucho, porque no tenía demasiada experiencia.

Mientras ella leía, aproveché para fijarme mejor en la chica con la que estaba hablando. Era monísima; no un bellezón, pero tenía unos rasgos muy dulces. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta, tenía algunas pecas esparcidas sobre el puente de la nariz y unos ojos azules muy expresivos. Era algo mayor que yo, diría que rondaba la treintena. Me gustó al momento.

—Verás, Eli... Ay, perdona, ni siquiera me he presentado. Soy Sofía, encantada. —Me sonrió y fui incapaz de no devolverle la sonrisa—. Me pillas por los pelos, solo he venido a recoger una cosa y ya me iba. La verdad es que llevamos desde mayo buscando a alguien con el perfil que tú tienes, el único inconveniente es que solo nos hace falta a media jornada. No es mucho, y soy consciente de ello, pero no puedo ofrecerte nada más. Eso sin mencionar que

yo no soy la jefa, y aunque ella valorará mi opinión, es Tatiana quien tiene la última palabra. Así que te lo piensas, yo hablo con ella y entre mañana y pasado te digo algo.

Me preguntó algunas cosas, mientras me acompañaba a la puerta, y me aseguró que en cuanto supiera algo me lo diría. Salí de allí con una sonrisa en la cara. Sofía me había caído bien al instante. Esperaba tener suerte y que me llamara.

En diez minutos tenía que ver a un chico para que me enseñara una moto, y donde había quedado con él no estaba precisamente cerca, así que o me daba prisa o llegaría tarde. Era una locura gastar mis ahorros en eso, lo sabía, pero mi padre no me dejaba tener ese tipo de motos, así que era el momento perfecto.

El chico con el que había quedado era mecánico, por lo que la moto estaba en perfectas condiciones, y era tan bonita... que me dio miedo hasta subirme. Me encantaban todas las motos, pero tenía debilidad por las Harley.

Me di una vuelta por los alrededores y tuve que contenerme para no llevármela en ese mismo instante.

El chico, que se llamaba José, me invitó a tomar algo y acepté, porque llevábamos un rato parados en la acera, hablando de motos y tatuajes, y con el calor que hacía nos estábamos quedando secos.

Si conseguía el trabajo en la escuela infantil, lo primero que haría sería llamarlo. Esa moto tenía que ser mía como fuera. Tenía suficiente ahorrado como para poder comprarla; era lo bueno que tenía trabajar en un local por las noches, que estaba muy bien pagado, y yo llevaba trabajando allí desde que cumplí la mayoría de edad. Pero eso me dejaría sin apenas dinero y prefería encontrar antes un trabajo para poder reponerlo. Así que esa fue una de las pocas veces que no seguí mi impulso, que habría sido el de comprarme esa preciosidad sin pensármelo dos veces. Suelo ser muy impulsiva en todo, y esa decisión me pilló por sorpresa, incluso habiéndola tomado yo misma.

Cuando entré en casa de mi hermano, no me asombró ver a Max allí. Estaban los dos sentados a la mesa, acabando de comerse una *pizza* familiar.

—¿Me habréis guardado un trozo? —Claramente no, ya que la caja estaba vacía.

—Hola, Eli, no te había oído entrar. ¿Dónde has estado hasta tan tarde? — Mi hermano se sentía culpable por no haberme dejado cena, por ese motivo cambió de tema. Lo conocía demasiado bien.

—Buscando trabajo y tirándome a un mecánico guapo. —Les dije adiós con la mano, mientras caminaba hacia mi habitación para cambiarme.

Sabía que mi hermano me lo pondría fácil y no se metería en mi vida, pero me encantaba chincharlo.

Antes de llegar a mi cuarto, oí como Max le preguntaba si lo había dicho en serio. Bruno se echó a reír y le contestó que ya me iría conociendo.

No tenía claro si quería conocer a Max. Era guapo, eso saltaba a la vista, y aunque en un principio sentí cierta atracción por él, no era para nada mi tipo. Demasiado serio y formal; ¡pero si hasta me pareció que llevaba los tejanos planchados! Incluso su pelo parecía despeinado de una manera demasiado estudiada. Y no le había visto ni un solo tatuaje. No, definitivamente no era mi tipo.

Cuando salía con Pedro, había algo en él que no acababa de gustarme. Sabía que iba a traerme problemas y no me equivoqué. Cada vez que pensaba en que me había metido una bolsa de coca en los pantalones me entraban ganas de pegarle. En fin..., que cuando me liaba con él, tenía claro que era una buena pieza y lo nuestro nunca llegaría a más, pero Max era el polo opuesto; ¿no había alguien intermedio? Ni tanto ni tan poco.

Cogí el pijama y me metí en la ducha. Estuve un rato bajo el agua caliente, con la esperanza de que, al acabar, Max ya se hubiera ido. No fue el caso; cuando salí al salón, estaban los dos tirados en el sofá.

—¿Qué pasa, que tú no tienes casa o qué?

—Mi casa está justo debajo de esta, así que ve acostumbrándote a verme a menudo por aquí.

Me guiñó un ojo y yo me metí en la cocina. No me apetecía verlo, pero, al parecer, no iba a quedarme otra.

## 8. *¡Tengo trabajo!*

A la mañana siguiente me desperté temprano. Normalmente me gustaba estar un rato en la cama, pero ese día, sin saber el motivo, me levanté nada más abrir los ojos.

Fui directa a la cocina a por un café y, al pasar por el salón, vi a Max y a Bruno sentados en el sofá.

—Pero ¿qué ocurre con vosotros dos? ¿Habéis pasado la noche aquí?, porque estáis casi en la misma posición en la que os dejé ayer. Y estoy empezando a pensar que, definitivamente, no tienes casa —dije todo esto en un tono seco y bastante cortante.

—Buenos días para ti también, hermanita. Y no alces tanto la voz, que Thiago está durmiendo. Max ha dormido en su cama, yo en la mía. Palabrita. Pero queríamos ver juntos la reposición de un partido, así que ha venido temprano...

—No me comas la cabeza, Bruno, no necesito tanta información.

—Ya te habrás dado cuenta, Max, de que Eli no se levanta de muy buen humor que digamos.

—Veta a la mierda, Bruno.

—Lo que te decía. —Le saqué la lengua y me metí en la cocina. Necesitaba un café con urgencia.

Era verdad que no me levantaba de buen humor, pero, además, ese día, al no haber estado un ratito en la cama, era mi mal humor en estado puro. Noté cómo este me cambiaba cuando le di el primer sorbo al café.

Me hice unas tostadas y me preparé otra taza de bebida milagrosa. Casi me la había acabado cuando mi móvil sonó. No conocía el número, por lo que contesté con cautela.

—¿Hola?

—Hola, Eli, soy Sofia. Perdona la hora, sé que es muy pronto, pero acabo de hablar con mi jefa. Hemos acordado que empezarías el lunes, si te va bien, claro. Como me dijiste que tenías disponibilidad, he pensado que no tendrías problema en incorporarte pronto.

—No, ningún problema, me va perfecto. Muchísimas gracias, y la hora da igual, no te preocupes por eso, suelo levantarme pronto. —Y de mal humor, pero esto no se lo dije.

—Pues perfecto. La última semana de agosto abrimos sin niños, hacemos reuniones de equipo y realizamos la programación del curso. Ya te lo aclararé mejor cuando estemos en el trabajo. Cuando empiecen los peques estarás conmigo en mi clase, así que espero nos llevemos bien.

—Seguro que sí.

—Sí, yo también lo creo. Te he mandado un *e-mail* con el horario y algunas otras cosas. No hace falta que me contestes, era solo para que contaras con más información y estuvieras más relajada. Bueno, por lo menos a mí me pasa; cuantas más cosas sé, más tranquila estoy, pero no me hagas mucho caso, hay veces que me paso con el control. Que vaya bien el día, Eli.

—Perfecto, a mí también me da tranquilidad tener más información. Muchas gracias por todo. Hasta el lunes, Sofia.

—Ah, Eli, otra cosa: siempre desayuno en la cafetería que está justo en la esquina del cole, es la única que hay, así que la encontrarás sin problema. Si te apetece ir un poco antes y acompañarme, allí estaré.

—Eso está hecho.

En cuanto colgué no pude evitar soltar un grito de alegría. Dos segundos después, Max y mi hermano entraban en la cocina.

—Eli, ¿qué pasa?

—Que ya tengo trabajo y encima de lo mío. —Salí corriendo hacia Bruno y me tiré a su cuello, enrollando las piernas a su cuerpo. Le di un beso en la frente.

—¡¡Vaya susto me has dado!! Me alegro mucho por ti, cariño, pero recuerda que tienes un sobrino y, como lo despiertes, te va a tocar dormirlo.

—Ups, lo siento.

Se oyó cierto follón proveniente de la tele, y los dos volvieron a salir de la cocina, por lo visto alguien había marcado un gol.

Me acerqué hacia donde había dejado la taza de café y me la fui bebiendo a sorbos pequeños, mientras pensaba en lo que había cambiado mi vida en tan

solo unos días. Al principio no me entusiasmó, no me gustan demasiado los cambios, pero desde luego ahora no podía estar más feliz.

Me fui a mi cuarto, no sin antes dirigir una última mirada a los dos tíos que ocupaban casi todo el sofá. Mi hermano estaba muy concentrado, contemplando la tele, pero Max me miró. No fue una mirada de deseo, ni siquiera parecía que le gustara lo que veía; entonces, ¿por qué un escalofrío me había recorrido todo el cuerpo?

## 9. *Nos llevamos bastantes años*

Esa mañana me había levantado mucho más pronto de lo que debía. Me sobraba tanto tiempo que pensé en salir a correr, pero al final me dio pereza.

Aquel era mi primer día de trabajo y estaba lista más de una hora antes de empezar, por lo que decidí ir en transporte público, ya que aún no tenía mi moto. Nunca había cogido el metro, en hora punta, en Barcelona. Comprendí al momento que necesitaba esa moto con urgencia.

Llegué con tiempo de sobra para desayunar tranquilamente. Llevaba más de un cuarto de hora en el bar cuando vi entrar a Sofía. Al igual que yo, llevaba ropa cómoda y una sonrisa plantada en la cara; esto último parecía formar parte de ella, siempre sonreía.

—Hola, Eli. Veo que ya casi has terminado tu café, ¿te apetece otro?

—Pues nunca le digo que no a un café.

Estuvimos hablando un poco de en qué consistiría mi trabajo. Como ya me había mandado un *e-mail* explicándome las condiciones, sueldo, etcétera, nos limitamos a charlar de las niñas y los niños de la clase.

Fue una mañana distendida. Sofía me presentó a todas las chicas que formaban el equipo. Me parecieron todas muy majas y trabajamos entre charlas y risas.

El tiempo se me pasó volando. Sofía me ayudó y me enseñó un montón de cosas, aunque estaba casi segura de que al día siguiente tendría que volver a repetirme muchas de ellas. Era lo malo de empezar en un trabajo, los días que pasaban hasta que conseguías dominarlo todo.

Estaba tan concentrada en todo lo que me decía y en todo lo que tenía que hacer que se me pasó el tiempo volando y advertí, con sorpresa, que había llegado mi hora de salir. Llamé a José para hablar de mi nueva moto. Después de concretar la venta, nos fuimos a tomar algo a un bar cercano y quedamos

para el día siguiente. José era muy guapo, pero no me atraía en absoluto, supongo que por eso me sentía tan cómoda con él.

Me fui hacia casa de mi hermano con una sonrisa en la cara, había sido un día redondo. El trabajo me encantaba y en breve podría conducir la moto de mis sueños, ¿qué más quería?

Subí las escaleras corriendo; como siempre que lo necesitas con urgencia, el ascensor estaba ocupado. Me estaba haciendo pipí desde hacía mucho rato y ya no aguantaba más. Cuando llegué a la puerta del baño oí el agua correr. Pensé que Bruno se estaría duchando. No había pestillo en el lavabo, en nuestra casa tampoco hubo nunca. Aunque intentábamos respetar la intimidad de cada uno, aquello era una urgencia y Bruno lo entendería.

Abrí la puerta de golpe y me quedé parada en el marco, prácticamente, sin poder respirar. Max estaba frente a mí, con cara de sorpresa y totalmente desnudo; claro que no hay otra forma de ducharse que sin ropa. Me quedé mucho más tiempo del necesario mirándolo, hasta que vi que sus labios se curvaban en una sonrisa de lo más pícaro y cerré la puerta, tartamudeando un «perdón».

Se me había pasado hasta el pipí. Sabía que Max tendría buen cuerpo, tanto él como mi hermano eran bomberos y se mantenían en forma, pero no estaba preparada para verlo desnudo.

Me había subido un calor tan intenso que me obligó a pensar en cuánto tiempo hacía que no me acostaba con un tío. Demasiado. Eso estaba claro. Estaba tan concentrada en mis pensamientos que no oí salir a Max del baño.

—Mi caldera se ha roto y Bruno me ha dejado ducharme aquí. Espero que no te importe. —Había acompañado la última frase de una sonrisa muy seductora. ¿Estaba coqueteando conmigo?

—No, si yo estoy encantada, no todos los días se puede ver a un tío como tú en bolas. —Igual se pensaba que iba a quedarme cortada.

—Pues espero que disfrutaras de las vistas. —Me guiñó un ojo, y yo tuve claro lo que tenía que decir.

—Mucho, gracias. Si quieres puedes acompañarme ahora a mí. —Sabía que estaba tensando demasiado la cuerda, pero quería saber hasta dónde era capaz de llegar Max. Como ya suponía, se puso serio de golpe.

—Vale, ya está bien. Solo bromeaba. Eres la hermana pequeña de mi mejor amigo, eso sin contar que tienes once años menos que yo. Jamás tendría nada contigo.



—Para ser un viejo tienes muchos prejuicios, ¿no?

—Joder, tengo treinta y cuatro años, estoy lejos de ser un viejo.

—No sé, tal y como estás hablando me ha parecido que eras excesivamente viejo para mí.

—Excesivamente no, pero desde luego nos llevamos bastantes años.

Ya le había dado bastante tregua; tenía ganas de hacérselo pasar mal, además de que aún no se me había pasado el calentón de verlo desnudo.

Me acerqué a él poco a poco y, cuando nuestros cuerpos se rozaron, pasé una mano por su pecho. Él se tensó, pero no se apartó. Me puse de puntillas y rocé sus labios con los míos; fue eso, un roce, pero él se dio media vuelta y pegó tal portazo al salir que me dio la sensación de que se había enfadado bastante.

No tenía ni idea de qué era lo que quería probar. Max me atraía bastante más de lo que lo habían hecho otros tíos, pero, además, al decir que nunca se liaría conmigo, había hecho que yo me lo tomara como un reto, y puedo ser muy competitiva cuando me lo propongo.

Y de esa manera tan tonta, Max se convirtió en mi próximo objetivo.

De lo que no tenía ni idea por aquel entonces era de las vueltas que puede dar todo. Tampoco sabía que lo que empieza siendo un juego puede convertirse en algo mucho más serio.

## 10. Una noche muy larga

*¡Joder con la niña! Si no nos lleváramos tantos años y no fuera la hermana de Bruno le hubiera devuelto el beso con ganas.*

*Eli era preciosa, pero yo tenía que pensar en otra cosa. Bruno no se comportaba como un hermano protector y neandertal, no iba con él, pero desde luego yo no estaba dispuesto a que nuestra relación cambiara por tener un lío con su hermana.*

*Cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que, en realidad, no eran los once años que nos separaban lo realmente importante. Era la franja de edad tan diferente en la que nos encontrábamos. Si ella tuviera treinta y yo cuarenta y uno, no se notaría tanto. Ya no solo físicamente, sino que los dos tendríamos una edad mucho más compatible. Que Eli acabara de sobrepasar la veintena no ayudaba a que esa diferencia no fuera un obstáculo para mí.*

*Con esos pensamientos y un montón más dando vueltas en mi cabeza llegué al trabajo. Me tocaba el turno de noche, y con la de años que llevaba allí, seguía sin acabar de acostumbrarme a estar despierto por la noche y dormir durante el día.*

*Al primero que vi al entrar fue a Bruno. Estaba mucho más serio de lo normal y por un momento pensé que se había enterado del beso que me había dado Eli; bueno, si a eso se le podía llamar beso, claro. Luego deseché la idea, era imposible.*

*Fui a la máquina de café y saqué dos. Me acerqué hasta donde estaba y le tendí uno. Este lo cogió sin ni siquiera mirarlo.*

*—¿Qué te pasa, tío?*

*—Cosas de padres. Al marido de Lourdes lo tienen que operar y tengo que buscarme otra persona que cuide a Thiago mientras yo trabajo, como si eso fuera tan fácil. Con lo que me costó encontrarla a ella.*

*—¿Y por qué no hablas con Eli...?*

—No voy a darle a mi hermana esa responsabilidad.

—No me has dejado acabar. Eli acaba de empezar a trabajar en un colegio infantil, ¿no? Pues podrías apuntar a Thiago allí.

—Hostia, no lo había pensado, pero tienes razón. Aunque los fines de semana que trabajo me quedaría algo colgado, y dependiendo del turno que hiciera también, ya vería cómo hacerlo. Por lo menos durante unas cuantas horas al día lo tendría resuelto. Gracias, colega. ¿Has visto a Eli?

—No, qué va. —Era la primera vez desde que conocía a Bruno que le mentía.

—Vaya, me dijo que había quedado con el mecánico, otra vez; al final va a ser verdad y se acaban liando.

—¿Te incomoda con quién salga tu hermana?

—Ni lo más mínimo. Eli es una mujer adulta, ella sabrá lo que hace.

—¿Suele salir con muchos tíos?

—No sé lo que para ti es mucho, y aunque no me importa con quién sale, tampoco me apetece conocer al dedillo su vida sexual, la verdad. Además, ¿a ti qué más te da?

—No, si a mí me la trae floja, solo era por curiosidad.

Me di media vuelta antes de que Bruno me contestara. No tenía ni idea de por qué le había preguntado todo eso... ¿Qué más me daba a mí con quién se acostara su hermana?

Vi como Bruno sacaba su móvil y hablaba con Eli de lo que yo acababa de comentarle. Llevar a Thiago a la escuela donde ella trabajaba sería una ventaja para los dos, ya que si Bruno no podía ir a buscarlo lo podía llevar a casa la propia Eli.

Me pareció que quedaban, pero no me enteré bien, porque Pol escogió ese preciso momento para hablarme del coche que acababa de comprarse. No hay nada más aburrido que te tengan más de media hora hablándote de un tema que ni te interesa ni del que entiendes la mitad de las cosas que te explican.

La noche fue lenta porque apenas tuvimos trabajo. Odiaba esos días en los que no había mucho que hacer y las horas se hacían eternas.

Ya había salido el sol y estábamos a punto de acabar el turno cuando salí un momento de la sala donde se encontraban los chicos para estirar un poco las piernas. Cogí otro café de la máquina y al volver a entrar estaban todos mirando por la ventana. Supe casi al momento que alguna chica guapa

*estaría abajo esperando a alguno de ellos. Por los siguientes comentarios comprendí que había acertado de pleno. Una sonrisa asomó a mis labios, parecían quinceañeros que estuvieran viendo por primera vez a una mujer desnuda. Estaban pegados al cristal. Literalmente.*

*—Qué calladito te lo tenías... —Pedro hablaba con la cara aplastada contra el cristal y yo no sabía a quién se dirigía.*

*—Pues no veas si está buena.*

*—Tiene pinta de montárselo muy pero que muy bien. —Este era Edu, que pensaba siempre en lo mismo.*

*—Vamos a ver una cosita... me parece perfecto que la miréis y comentéis lo guapa que es, pero como alguno más haga algún otro comentario como ese de mi hermana, le arranco los cojones.*

*Me faltó poco para escupir el café que acababa de meterme en la boca. ¿Qué hacía Eli allí?*

*—Hostia, pues si es tu hermana mejor todavía, dile que suba y nos la presentas.*

*Todos asintieron muy de acuerdo con las palabras de Edu. Me giré para mirar a Bruno, pero este no parecía cabreado, más bien divertido, como si eso le pasara con frecuencia.*

*Mientras veía cómo Bruno iba en busca de Eli, mi humor cambió y no supe bien el motivo.*

## *11. La boca del lobo*

Llevaba un rato dando vueltas por la puerta del trabajo de mi hermano. Me había despertado pronto, y tal y como habíamos quedado la noche anterior por teléfono, fui a buscarlo.

La puerta se abrió y por ella asomó Bruno. Tenía ojeras y no pude evitar pensar en todas las cosas que llevaba él solo y en lo mal que lo había pasado de un tiempo a esa parte.

—Hola, preciosa. Tienes a mis compañeros revolucionados. Quieren que te los presente, ¿te apetece?

—¿Quién dice que no a conocer a un montón de bomberos? Desde luego no seré yo.

Mi hermano se acercó sonriendo hasta donde yo estaba, me rodeó los hombros con su brazo y me metió en la boca del lobo. ¡¡Bendito lobo!!

Cuando llegué a la sala, Bruno aún no me había soltado. Me fijé bien en todos los chicos que había allí, y no pude evitar que mis pulsaciones se dispararan al ver a tanto hombre de uniforme. Pensé que, seguramente, esa era la fantasía sexual de más de una mujer; por otra parte, no me extrañaba en absoluto. A mí solo me faltaba babear, y eso que me sentía bastante familiarizada con el uniforme, pero estaba claro que no era lo mismo vérselo puesto a tu hermano que a un montón de tíos guapos.

Había un total de ocho bomberos contando a mi hermano y a Max, que se mantuvo en todo momento pegado a la pared y apartado del resto de sus compañeros.

Bruno me los presentó a todos. Se mostraron muy agradables conmigo e incluso gastamos unas cuantas bromas, aunque con la tontería salí de allí con el número de teléfono de dos de ellos. Nos despedimos de Max en la puerta. Este parecía más serio de lo normal, y eso ya era difícil. Quizá me había

pasado el día anterior al besarlo, si es que a aquello se le podía llamar beso. Pero decidí no darle más vueltas, ya se le pasaría.

Había quedado con mi hermano para ir a hablar con Sofía antes de que Lourdes tuviera que irse. Bruno me había llamado la noche anterior y yo le mandé un *wasap* a Sofía, quien me dijo que no habría problema en que mi sobrino comenzara cuando mi hermano quisiera. Ahora solo faltaba que a Bruno le gustara la escuela.

Me llevé mi recién estrenada moto, y aunque mi hermano se mostró bastante reacio, al final se subió detrás. Dejamos su coche en el parque de bomberos. Más tarde pasaríamos a buscarlo.

Llegamos en tiempo récord y aparqué en la puerta de mi trabajo, era estupendo ir en moto. Mi hermano no pensaba lo mismo y, nada más quitarse el casco, casi gritó:

—¡¡¿Tú estás loca o qué te pasa?! No puedes correr tanto, joder.

—En realidad sí que puedo, ya que no he sobrepasado ningún límite de velocidad. Y no seas abuelo, por favor, Bruno.

—No me jodas, Eli. No debes conducir así, dime que no correrás tanto con la moto, por favor.

—Pero si no he corrido. —No pude evitar ver la preocupación en sus ojos. La siguiente pregunta salió de mis labios sin que yo pudiera pararla—. ¿Todo esto es por ella?

—No, no es por ella, es por ti. —Sus ojos eran una mezcla de enfado y preocupación, de manera que opté por decirle una mentirijilla piadosa.

—Vale, intentaré ir más despacio. —No se me pasó por alto que no me creyó. Tener esa moto y no poder correr era una mierda, pero también entendía a mi hermano.

Hacía casi un año que Isa, mi cuñada, había muerto en un accidente de tráfico. Bueno, mejor dicho, la había matado un conductor borracho. De ahí el cabreo colosal de mi padre cuando di positivo en el control de la policía.

Bruno jamás sacaba el tema y tanto mi padre como yo lo respetábamos. No tenía ni idea de cómo se sentía al respecto porque no quería hablar con nadie, pero me imaginaba que había debido de ser durísimo para él. Por si no fuera suficiente que tu pareja se matara de esa manera tan repentina, Bruno se había quedado con un bebé de apenas dos meses al que atender solo. Aunque jamás lo oí quejarse de eso.

Así que agaché la cabeza y me dirigí hacia mi lugar de trabajo, con mi

hermano pisándome los talones. Abrió la puerta Sofía. Como siempre una sonrisa iluminaba su rostro. Habíamos quedado antes de que entraran mis compañeras para que pudieran hablar tranquilamente y Sofía pudiera enseñarle y explicarle todo a Bruno.

—Hola, Sofía. Te presento a mi hermano, Bruno.

—Encantada.

—Igualmente. —Una sonrisa iluminó el rostro de mi hermano, y yo pensé que era el «efecto Sofía». Su sonrisa era contagiosa.

Hubo un momento tenso en el que no sabían si darse la mano o dos besos; al final ganaron los besos.

—Sentaos aquí, si queréis, y así os explico un poco todo antes de enseñaros las clases.

Sofía se puso a comentarle a Bruno un montón de cosas que yo ya sabía, así que me fijé con más detenimiento en el comportamiento de ambos.

Sofía evitaba mirar a mi hermano a la cara y Bruno, al contrario, no despegaba los ojos de ella. Me recliné en la silla, ya que todo iba perfectamente, pero me incorporé de golpe en el momento en el que vi palidecer a mi hermano. Y es que Sofía había hecho la complicada pregunta que, aunque sabía que tarde o temprano llegaría, parecía que nunca estaba preparada para oír.

—¿Y la mamá de Thiago?

—No está. —El tono de voz de mi hermano había cambiado por completo. Se había vuelto frío.

—¿Se encuentra de viaje?

—No, ella está muerta.

Qué sutileza, qué tacto, qué sensibilidad la de mi hermano... Hacía eso muy a menudo. Contestaba como si el tema no fuera con él y no le afectara lo más mínimo, y aunque yo estaba acostumbrada, el resto de gente no.

Sofía no sabía dónde meterse; debería habérselo dicho yo antes, pero no me gustaba meterme en ese tema.

—Lo siento mucho. —La pobre no podía estar más roja.

—Gracias. ¿Seguimos?

—Sí, claro.

A partir de ese momento Sofía no dio pie con bola, la pobre se atrancaba al hablar y se equivocó en varias cosas que le explicaba. Aun así, a mi hermano le encantó el centro y firmó allí mismo los papeles de la matrícula.

Todavía me quedaba más de una hora para entrar, por lo que acompañé a Bruno a buscar su coche y desayunamos juntos. Estábamos sentados en una cafetería con un café y un bocadillo cada uno, cuando de la boca de mi hermano salieron unas palabras que me dejaron perpleja.

—No me habías dicho que tu compañera de trabajo era tan guapa.

—Tampoco me habías preguntado.

Le di una contestación algo borde porque no esperaba su comentario. Bruno antes no era así. Él era muy extrovertido y nunca había tenido problemas para relacionarse con las mujeres (que fuera jodidamente guapo también ayudaba).

Había salido con unas cuantas chicas antes de conocer a mi cuñada, pero desde que Isa murió jamás lo había visto mirar a ninguna, y mucho menos hacer un comentario como ese. Por lo que intenté sonsacarle algo más.

—Sofía es muy guapa, y, además, acaba de divorciarse. Pero no deberías haberle contestado así.

—¿Así cómo?

—Como haces normalmente. La gente se queda algo cortada cuando hablas de Isa como si no te afectara nada.

—Yo no hablo de Isa.

—Ya me has entendido.

—De acuerdo. Mañana cuando lleve a Thiago me disculparé.

Al final conseguí convencer a mi hermano de que, aunque él llevara a Thiago la primera semana y en sus días de fiesta, el resto de los días lo llevaría yo, era una tontería que contratara a alguien cuando los dos íbamos al mismo sitio. Esos días tendría que prescindir de mi moto e ir en transporte público, pero no me importaba en absoluto si se trataba de echarle una mano a mi hermano.

Sabía que Bruno no estaba acostumbrado a delegar en nadie la crianza de mi sobrino y que lo hacía para no agobiarme con responsabilidades que, según él, no me tocaban, pero me encantaba estar con Thiago, lo adoraba, y, además, mi hermano tenía que aprender a contar conmigo.



## *12. ¿Me habrías dejado continuar?*

Esa noche preparé la cena. A mi hermano le encantaba la lasaña de verduras. Era una receta que hacía mi madre cuando éramos pequeños y estaba segura de que Bruno no había vuelto a probarla.

Estuve en la cocina unas cuantas horas hasta que lo dejé todo preparado. Mientras recogía, me hice la misma pregunta que me repetía siempre que cocinaba: ¿Cómo se pueden ensuciar tantas cosas para hacer un simple plato? Sé que hay que ir recogiendo a medida que vas cocinando, pero las dos veces que intenté hacerlo así se me había quemado la comida. Tardé más en dejar la cocina lista que en hacer la lasaña.

Me metí en la ducha y mientras me secaba oí entrar a Bruno.

Yo me llevé a Thiago cuando plegué. Por fin había conseguido convencer a mi hermano de que podía hacerme cargo de mi sobrino mientras él trabajaba. Aunque al principio se mostró bastante reacio, parecía que poco a poco iba cediendo, pero me estaba costando lo mío. El pequeñajo había cenado muy bien y hacía ya bastante rato que dormía plácidamente. Una cosa era cierta: Bruno había tenido mucha suerte con Thiago, era un niño buenísimo.

Oí que Bruno hablaba con alguien y me imaginé que sería Max. Había sido precavida y había hecho lasaña para los tres. Definitivamente, ese chico era un gorrón.

Salí de la ducha sin secarme el pelo y le di dos besos a cada uno. Con Max me entretuve más de la cuenta. Me encantaba la manera en la que se tensaba cuando me acercaba demasiado a él. Sabía que no era por mí, sino por la situación, pero igualmente mi lado perverso disfrutaba de ese momento.

—¿Huele a lo que creo que huele?

—Si hueles a lasaña de verduras, sí.

Mi hermano me abrazó con fuerza, levantando mis pies del suelo, y yo decidí en ese mismo momento que cocinaría más a menudo. Me gustaba

hacerlo, y más ahora que tenía con quién compartir lo que cocinaba. Mi padre era muy especial y teníamos gustos muy diferentes con la comida; bueno, en realidad éramos muy diferentes en casi todo. Pero a Bruno y a mí nos gustaba prácticamente lo mismo.

—No te vayas nunca, Eli.

—Solo me quieres para que te cocine y cuide de Thiago, eres un explotador. —No debería haber dicho eso, porque mi hermano me miró con cara de sorpresa. Yo y mi manía de no filtrar nada—. Lo digo de broma, Bruno; sabes que me encanta cocinar y aún más estar con Thiago. —Le di un beso y me fui a la cocina a poner la lasaña en el horno—. Supongo que el gorrón se queda a cenar. —No pude evitar sonreír, mientras gritaba desde la cocina.

—Has puesto tres cubiertos, porque ya dabas por hecho que me quedaba. Y tal y como huele, me habría quedado de todas maneras.

Los oí hablar mientras se gratinaba la lasaña, por la manera en que lo hacían se notaba el grado de confianza y complicidad que tenían. Sonreí.

Puse la comida en los platos y los dejé sobre la encimera. Me fui hacia la mesa donde ya estaban los dos perfectamente sentados. Incluso, Bruno tenía el tenedor en la mano. Me puse una copa de vino y me senté.

—¿Y la comida?

—En la cocina.

—¿Aún no está hecha?

—Está a punto, pero no pretenderéis que también os la sirva... No soy la criada de nadie, así que ya podéis mover el culo y traer la comida; yo a partir de este momento no pienso hacer absolutamente nada.

Los vi levantarse sin protestar, yo apuré mi copa de vino con una sonrisa en los labios.

Cuando pusieron mi plato frente a mí, el olor invadió mis fosas nasales y la boca se me hizo agua. No me gustaba la falsa modestia y estaba segura de que la lasaña me había quedado de muerte.

No se oía nada, estaban tan concentrados comiendo que no eran capaces ni de hablar, por lo que mi cabeza empezó a dar vueltas y antes de pensar lo que hacía, y de manera disimulada, alargué mi mano hacia Max, que estaba sentado a mi lado. Rocé su rodilla y pude notar cómo se tensaba. Yo continuaba comiendo sin levantar la vista de mi plato. Fui subiendo mi mano poco a poco. Sentí que la respiración de Max se aceleraba. Cuando finalmente mi mano

llegó a su entrepierna tuve que aguantarme para no echarme a reír, los ojos de Max se abrieron como platos y se levantó de la silla dando un bote.

—¿Qué haces, tío?

—Mmm... tengo sed, voy a buscar agua.

—¿Agua, tú? Quién te ha visto y quién te ve...

Mientras se dirigía a la cocina me miró tan intensamente que si yo fuera de otra manera me habría intimidado. Pero Max no me conocía en absoluto.

—Quizá te ha entrado calor de golpe, ¿no?

No contestó. Al volver a sentarse en la silla se apartó ligeramente de mí. El pobre no volvería a comer tranquilo.

—Hermanita, te has superado, esta lasaña está de muerte. —Bruno no se había percatado de nada y comía su lasaña como si alguien fuera a quitársela.

Cuando ya casi estábamos acabando, Thiago se puso a llorar y mi hermano se levantó, dejándome a solas con Max.

—No vuelvas a hacer eso, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Lo digo en serio, Eli. ¿Tú no piensas nunca las cosas o qué? Joder, que está tu hermano delante.

—Si no estuviera mi hermano, ¿me habrías dejado continuar? —No podía evitarlo. Max era tan responsable, tan serio, que hacérselo pasar mal me salía solo.

—Ya sabes que no.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, eres la hermana pequeña de Bruno y nos llevamos un montón de años.

—Para la mayoría de los tíos eso no sería inconveniente.

—Es que yo no soy como la mayoría.

Mi hermano volvió de la habitación, interrumpiendo nuestra conversación. El resto de la cena transcurrió con normalidad, aunque Max estaba más serio que al principio y nada más terminar la lasaña se fue a su casa.

Esa noche al meterme en la cama me di cuenta de que no podía quitarme a Max de la cabeza. Sabía que tenía que dejarlo en paz, pero había algo en mí que era incapaz de hacerlo.

### *13. Hay que despeinarse de vez en cuando*

*Esa noche no subí a casa de Bruno. Estaba hecho polvo, pero la razón principal de no hacerlo era que quería mantener las distancias con Eli. La noche anterior había sido la gota que colmó el vaso. Aún me costaba entender que, en mitad de una cena, y estando Bruno delante, hubiera hecho aquello. Esa chica me traía loco. Era tan diferente a todas las mujeres con las que normalmente me relacionaba que no acababa de saber si eso era bueno o no.*

*Lo que tenía claro era que no podía haber nada entre nosotros, y si para eso tenía que subir menos a casa de Bruno, pues lo haría. Por mucho que me negara a admitirlo, Eli me atraía. No sabía por qué, ya que había un montón de cosas en ella que no me gustaban, pero me había sorprendido a mí mismo, en muchas ocasiones, pensando en cómo sabrían sus labios, o si llevaría tatuajes y pendientes en otras partes de su cuerpo. Por esos pensamientos precisamente era por lo que había decidido quedarme en casa.*

*Estaba tan cansado que acababa de despertarme en el sofá. Había sido un día de trabajo muy duro. Nos tocó acudir a un accidente de tráfico, y aunque estaba acostumbrado a hacerlo, era incapaz de mantenerme al margen cuando había niños de por medio. En el coche viajaba una familia de cuatro miembros. Después de horas intentando sacarlos, no habíamos podido hacer nada ni por el padre ni por el bebé de apenas un año. Jamás me acostumbraría a eso.*

*Era la noche del viernes y decidí acabar de ver una serie que tenía pendiente; pensaba que de esa manera lograría quitarme la cara del bebé de la cabeza, pero había pasado tanta tensión y estaba tan reventado que no llegué a terminar ni el primer capítulo. No me gustaba dormirme en el sofá porque luego me dolía todo, exactamente lo que me pasaba en esos momentos, pero había sido incapaz de mantenerme despierto.*

*Me había despertado aturdido y no advertí, hasta que volvió a sonar, de que lo que me había despertado había sido el timbre. Eran más de las dos de la madrugada y me asusté.*

*Cuando abrí la puerta me encontré con la última persona que quería ver, menos, en mi casa y a esas horas.*

*—¿Qué haces aquí, Eli?*

*—He salidoo a tomarr algo y no quiero que Brunoo me vea asíí. —Estaba borracha. Estupendo.*

*—Pasa, que te preparo un café.*

*—¿Tambiénn te planchas el pijamaa?*

*—¿Qué?*

*—Me parecee increíbble que te planches el pijamaaa. —Le dio la risa floja y yo me fui a la cocina a prepararle un café doble.*

*Cuando volví al salón, Eli estaba sentada en el sofá, se había quitado la chaqueta. Llevaba una camiseta con tanto escote que sin querer mis ojos se posaron en él.*

*—No me miraas como un viejo.*

*—Es que no soy viejo, joder.*

*—No séé, yo repito lo que tú diceess.*

*—Yo no he dicho que fuera viejo, lo que dije es que eras muy joven para mí.*

*—Te planchass hasta el pijamaa; créeme, eres un viejooo.*

*Joder con la niña de los cojones. Intentaba verla como a alguien por quien no puedes sentirte atraído, pero Eli me miraba y se comportaba de una manera que hacía que mantener los ojos apartados de ella me costara mucho más esfuerzo del que me hubiera gustado.*

*Se tomó el café con arcadas incluidas. Me hicieron gracia las caras que ponía mientras se lo bebía.*

*—No te preocupes, que en cuanto me beba el café seguro que me despejooo un poco y me vooooy.*

*—Yo no he dicho nada.*

*—No lo has dicho, pero desde que he entrado por la puerta pareceee que te han metido un palo por el culo.*

*Se levantó del sofá, dejó el vaso vacío encima de la mesa y se acercó hasta donde yo estaba, caminando despacio. Me quedé absorto mirándola,*

*no pude evitar comparar su manera de moverse con la de un felino. Por lo visto yo era la presa.*

*—Agacha la cabeza. —Le hice caso sin rechistar*

*Enredó sus dedos en mi pelo y me lo alborotó.*

*—Mucho mejor. En la vida hay que despeinarse de vez en cuando.*

*Me quedé embobado mirando su boca. Tenía unos labios tan apetecibles que me abalancé sobre ellos, así, sin pensármelo y sin darle vueltas a nada. Cuando nuestras bocas se juntaron, Eli se enlazó a mí, enredando sus piernas en mi cuerpo. La agarré por el culo y la pegué contra la pared.*

*Soy un tío bastante comedido, solo en una faceta de mi vida me dejo llevar y muchas veces pierdo ese control sobre mí que tanto me esfuerzo en tener. En el sexo dejo de pensar y simplemente siento y actúo. Pero en esos momentos una alarma resonaba en mi cabeza. Eli era la hermana de Bruno, y yo jamás tenía rollos con mujeres con las que no había salido antes. Bueno, en realidad, yo no era tío de tener rollos. Eso sin tener en cuenta que Eli y yo no pegábamos ni con cola. Aunque ese beso me hacía pensar que, quizá, en la cama nos entenderíamos a la perfección.*

*Con mucho más esfuerzo del que me gustaría y quería reconocer, me despegué de ella. Nuestras respiraciones se habían acelerado tanto que tardamos un rato en volver a tomar aire con normalidad. Antes de que Eli bajara los pies al suelo le di un beso corto en los labios.*

*Joder, qué boca tenía. Podría perderme en ella. La solté con un gruñido incluido.*

*—Eli, estás borracha y eres la hermana de Bruno, eso obviando que nos llevamos un montón de años, que no quiere decir que yo sea viejo, sino que tú eres muy joven. Esto no puede volver a pasar.*

*—Ya no estoy tan borracha, y deja de repetir siempre lo mismo, por favor, te he oído y entendido desde la primera vez. Además, has sido tú quien ha empezado. —Levantó las manos a modo de disculpa y puso cara de no haber roto nunca un plato, una cara que no iba nada con ella—. ¿Me puedes explicar qué es exactamente lo que te preocupa?*

*—No me preocupa nada; simplemente que no puede volver a pasar.*

*—Lo único que te preocupa es el qué dirán. Es triste, pero es así. Si yo te propusiera un rollo sin salir de estas cuatro paredes, solos tú y yo, bueno, y la cama, el sofá, la ducha... —la expresión de su rostro había cambiado por completo y me miró de una manera que tuve que hacer un esfuerzo para no*

*volver a besarla—, estoy segura de que dirías que sí. De manera que piénsatelo*

*Antes de salir por la puerta se acercó a mí y volvió besarme. Fue un beso corto, pero intenso; esta vez fue ella la que lo cortó.*

*Estaba convencido de que no debía tener nada con Eli. Había un montón de cosas por las que sabía que no era lo correcto, pero en esos momentos no me venía ninguna a la cabeza.*

*Mientras caminaba hacia la puerta no pude evitar clavar mis ojos en su culo. Qué desperdicio de noche. A ver quién tenía cojones de dormir ahora.*

## *14. Bruno, Thiago y yo*

Me despertaron unos golpes en la puerta. Me dio miedo abrir los ojos, ya que pensaba que el dolor de cabeza caería sobre mí, aunque no fue el caso; me dolía, pero era totalmente soportable.

Oí un balbuceo a través de la puerta y supe que quien estaba golpeándola era Thiago.

—¿Quieres dejar dormir a la tata, enano?

—Pasa, Bruno, estoy despierta.

—No me extraña que lo estés, Thiago no para de aporrear tu puerta.

Mi hermano entró en mi cuarto con Thiago en brazos. Cuando me miró, sus labios se curvaron en una sonrisa pícaro.

—Vaya, veo que la noche ha sido interesante, ni siquiera te has puesto el pijama.

—Sí, bueno, no estuvo mal.

—¿Quedaste con el mecánico?

—Sí, pero no pongas esa cara, que solo somos amigos.

—Ya...

Mi sobrino no nos dejó continuar, ya que quiso bajar de los brazos de mi hermano y meterse en la cama conmigo. Se lo agradecí con un buen achuchón. Bruno y yo nos lo contábamos casi todo. Digo «casi» porque yo estaba segura de que él me ocultaba algo de su relación con Isa, pero nunca lo presioné para que me lo dijera.

Aunque yo sabía que si Max fuera cualquier otro ya le habría dicho a Bruno que había un tío que me gustaba.

Odio tener secretos, así que continuaba sin entender por qué le había propuesto a Max vernos sin que nadie se enterara, yo no tenía que esconderme de nada. Pero me gustaba, y tuve claro que esa era la única manera de acercarme a él.



Max aún no había aceptado, pero, tal y como me besó la noche anterior, estaba casi segura de que diría que sí. No me esperaba para nada ese beso, me pilló totalmente por sorpresa. Además de pensar que no le gustaba, Max era tan correcto que ni en un millón de años imaginé que me besaría como lo hizo. No solo fue lo impulsivo que se mostró, sino el beso en sí. Había despertado cosas en mí que ni siquiera sabía que existían, eso sin tener en cuenta cómo me puso en cuestión de minutos. Necesité más de media hora para que mis latidos volvieran a su ritmo normal.

Por primera vez en mi vida había juzgado mal a una persona. Max era mucho más pasional de lo que podía parecer a simple vista. Aparté mis pensamientos a un lado y me centré en mi sobrino, que había llenado mi cara de babas.

Mi hermano me miraba raro, por lo que deduje que quería decirme algo y no sabía cómo soltarlo. Le eché una mano, pobrecito mío, no fuera a hacerse daño pensando.

—Suéltalo de una vez, Bruno.

—No tengo ni idea de cómo lo haces; ¿cómo sabes que quiero decirte algo? Bueno, da igual, el caso es que ha llamado papá para saber cómo estabas.

—¿Y no puede llamarme a mí?

—Yo solo te transmito la información. —Levantó los dos brazos a modo de defensa.

—Una información que has suavizado en exceso. Ha llamado para saber si me he metido en algún lío. Como si le hubiera dado muchos quebraderos de cabeza... Se podrá quejar.

—La verdad es que para como podíamos haber salido somos bastante normalitos.

Bruno cambió de conversación; yo sabía que no le gustaba profundizar en ciertos temas y lo respetaba. Me estuvo explicando que en un mes se iría a la despedida de soltero de un compañero de trabajo. No le apetecía mucho, pero yo lo animé a que lo hiciera. Insistí en quedarme con Thiago, pero Bruno no cedió lo más mínimo. Lourdes se iría poco después y ya tendría que contar conmigo cuando le tocaran las guardias.

Mi hermano se había acostumbrado tanto a llevarlo todo él solo que le costaba mucho recibir ayuda o pedir favores. Intentaría que eso cambiara mientras yo viviera con él. Era demasiado joven, tenía que salir y despejarse.

En algún momento tendría que rehacer su vida, aunque él no quisiera ni oír hablar del tema.

Me levanté con Thiago en brazos y me tomé un café con un ibuprofeno. No era lo mismo pasar las resacas en la cama, tranquila, que con un niño de poco más de un año.

Esa noche había quedado con Sofía. Yo acababa de mudarme y ella, después del divorcio, no tenía muchas amigas que pudieran quedar un sábado por la noche.

Pasé todo el día en casa, jugando con mi sobrino y hablando con mi hermano. Mientras vivía con mi padre lo único que me apetecía era salir de casa. Con Bruno y Thiago estuve a punto de llamar a Sofía para vernos otro día.

Al final no quise dejarla tirada y cuando llegó la hora de salir me puse unos tejanos negros con un top del mismo color y unas botas, también negras. Hay que ver lo que me gusta ese color para vestir. Me maquillé bastante y me alisé el pelo. Salí del lavabo a despedirme de Bruno y Thiago.

—Madre mía, qué tata más preciosa tienes, Thiago.

—Gracias, hermano.

—Una verdad como un templo. Estás guapísima, ¿vuelves a salir con el mecánico?

—¿Desde cuándo eres tan cotilla?

—Desde que no tengo vida personal ni sexual.

—Ya sabes que eso tiene solución.

—Lo sé.

—En realidad salgo con Sofía. Me cae muy bien y, además, yo acabo de llegar y ella se ha divorciado hace poco. Así que... la noche es joven.

—Pasadlo bien y tened cuidado.

—Sí, papá.

Oí su carcajada mientras cerraba la puerta. Bajé las escaleras corriendo, mientras miraba el móvil, ya que iba un poco tarde y quería avisar a Sofía. Abrí el bolso para guardarlo y choqué con algo duro, haciendo que todo lo que llevaba en él cayera por el suelo. Levanté la cabeza y ahí estaba Max. Perfectamente peinado y pulcramente vestido. Yo creo que ese tío se arreglaba hasta para bajar a comprar una barra de pan.

—Perdona, no te he visto.

—No pasa nada, ¿te has hecho daño?

—No, qué va.

Nos agachamos a recoger lo que había por el suelo. Cuando ya pensaba que lo tenía todo, Max me dio algo plateado. Al cogerlo vi que ya no sonreía; era un condón.

—¿Vas a salir?

—Eso es obvio, ¿no?, hemos chocado en la puerta de la calle.

Me acercó hacia donde estaba él, rodeó mi cintura con su brazo y me dio un pequeño beso en los labios, dejándome completamente perpleja.

—Pásatelo bien.

¿Qué había sido eso? Odio a la gente posesiva, y daba la sensación de que Max estaba marcando terreno. No me gustó.

—Bien me lo voy a pasar seguro. —Di media vuelta y salí de allí.

No conocía mucho a Max, pero me sentía muy atraída por él sin tener claro por qué, ya que no nos parecíamos en nada. Era demasiado comedido, y aunque para mí la diferencia de edad no era un problema en absoluto, estaba claro que para él sí.

Parecía que yo también le gustaba, pero era como si se avergonzara de mí.

Estaba claro que era un poco complicado, por lo que decidí no darle más vueltas e ir a pasármelo bien con Sofía.

## 15. Aceptar su proposición

*¿Por qué me había sentado tan mal que Eli llevara un preservativo? Coño, era una chica joven y libre, que, además, se preocupaba por su salud. Me estaba convirtiendo en una persona que ni comía ni dejaba comer.*

*¿Y por qué cojones la había besado? A eso no encontraba explicación ni yo mismo. Yo jamás me comportaba como lo estaba haciendo últimamente con Eli.*

*Me fui hacia mi casa, pero cuando vi que mi humor no iba a cambiar, decidí subir a casa de Bruno a ver si me animaba. Cuando este me abrió la puerta llevaba a Thiago en brazos. El pequeño se lanzó hacia mí nada más verme, ofreciéndome su mejor sonrisa. Aquel niño me tenía el corazón robado.*

*Me acababa de sentar en el sofá cuando las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pararlas.*

*—Acabo de ver a Eli. Parece que la relación con el mecánico se está haciendo más seria. —Bruno me miró raro, pero yo me puse a jugar con Thiago.*

*—No ha salido con el mecánico, ha salido con una rubia preciosa, así que miedo me dan las dos. —Respiré tan aliviado que hasta yo mismo me sorprendí. El alivio me duró poco—. Con el mecánico salió ayer, y debió de pasarlo bien, porque durmió hasta con la ropa puesta.*

*La escena del beso en mi casa pasó por mi cabeza una y otra vez. No podía decirle nada a Bruno, aunque parecía que no era excesivamente protector con su hermana; no quería arriesgarme, yo era su mejor amigo y estaba seguro de que eso era diferente. Tampoco pude evitar pensar si Eli había besado antes al mecánico y después a mí, todo en la misma noche. Un pensamiento que me causó tanto malestar que preferí apartarlo.*

*Cuando pasó un rato me percaté de una cosa que con mi mente centrada en Eli me había pasado totalmente desapercibida.*

*—Oye, Bruno, ¿has dicho que Eli salía con una rubia preciosa?*

*—Espectacular.*

*—Pero, tú, ¿desde cuándo te fijas en las mujeres?*

*—Desde que la vi a ella. —Me quedé sin palabras.*

*Conocía a Bruno desde hacía bastantes años, exactamente desde que empezamos a trabajar juntos. Incluso había coincidido con Isa en alguna ocasión, pero nuestra relación se estrechó cuando ella faltó.*

*Bruno nunca hablaba de Isa y yo lo respetaba; tuvo que ser un palo de los grandes perder así a su pareja, y encima con un bebé tan pequeño al que criar solo. Aunque no oí a Bruno quejarse jamás, tampoco lo vi excesivamente abatido. Al principio me sorprendió; era verdad que estaba triste, pero no como yo imaginé que estaría.*

*Una vez, poco tiempo después del accidente, intenté hablar de Isa. Bruno me cortó de manera tajante y me advirtió que él jamás hablaría de ella. Nunca más volví a pronunciar su nombre.*

*Pero ni una sola vez en los doce meses que hacía que ella había muerto lo había oído hablar así de ninguna mujer.*

*Decidí seguir indagando.*

*—¿Y tú de qué la conoces?*

*—Es la profesora de Thiago.*

*—Vaya, entonces la ves a menudo.*

*—Menos de lo que me gustaría, pero sí, casi cada día.*

*—¿Has pensado en salir con ella? —Sabía que empezaba a pisar terreno peligroso, pero me había salido mi vena chafardera y quería saber más cosas.*

*—La verdad es que no lo sé. No quiero un rollo y ya está, yo llevo una mochila importante a mis espaldas y no sé si empezar algo con alguien es una buena idea.*

*—¿Y qué piensas hacer, estar toda la vida solo?*

*—No estoy solo, tengo a Thiago.*

*—Ya me has entendido.*

*—Hace tanto que no salgo con una mujer que ya no me acuerdo ni de cómo se hace.*

*—Perdona si me meto donde no me llaman, pero desde lo de Isa no has*

*estado con nadie. —Bruno jamás me había comentado que estuviera saliendo con alguien, así que estaba casi seguro de que la respuesta sería que no, aunque quise salir de dudas.*

*—No. —Lo sabía.*

*—Joder, eso es mucho tiempo.*

*—Demasiado. Y aunque parezca mentira, el sexo no es lo que más echo de menos... —Nos quedamos unos segundos sin decir nada. Estaba casi seguro de que Bruno cortaría aquella conversación en breve—. ¿Max?*

*—¿Qué?*

*—¿Una cerveza?*

*No me había equivocado. Sabía que cuando Bruno acababa así una conversación ya no le sacaría nada más, así que pedimos unas pizzas y nos pusimos a ver una serie.*

*Me fui a las tres de la mañana de su casa y Eli aún no había llegado. Preferí no pensar en eso.*

*Cuando me metí en la cama empecé a darle vueltas a todo. No soy de tener rollos, simplemente no me gustan, prefiero salir con alguien y conocer un poco a la persona con la que me acuesto. Pero cuando mi cabeza estaba a punto de explotar y después de estar más de tres horas sin poder dormir, comprendí que era imposible sacarme a Eli de la cabeza, por lo que me levanté de la cama y me fui al sofá; quizá viendo la tele me entraba el sueño. No fue el caso.*

*Cuando casi estaba amaneciendo supe que tenía que aceptar la proposición que Eli me había hecho. Aunque, claro estaba, con matices.*

## 16. ¡¿En serio?!

Cuando llegué, Sofia ya me estaba esperando. La había visto con la ropa del trabajo y sin maquillar; si ya era guapa así, en esos momentos estaba preciosa. Aunque no pude evitar pensar cómo se nos veía juntas. Sofia tenía una belleza dulce, iba maquillada muy discreta y su ropa era bonita, pero lo que yo llamaría algo pija. Yo iba de negro con los ojos ahumados en ese mismo color, un montón de *piercings* y no menos tatuajes. Contra todo pronóstico y siendo tan diferentes, nos llevábamos de maravilla.

Decidimos empezar por unas cervezas y ya veríamos dónde acabábamos. Nos pusimos a charlar sin parar y antes de darnos cuenta nos habíamos bebido cinco cada una. Se nos habían pasado las horas volando.

Con todo lo que había bebido de más se me soltó la lengua y hablé con Sofia de Max. No pronuncié su nombre, pero le pedí su opinión. Me sirvió de poco, porque ya estábamos algo borrachas y todo nos hacía demasiada gracia como para llegar a una conclusión que pudiera aprovechar para algo.

Nos fuimos a un local donde ponían música en directo y allí terminamos la noche. El resumen es que acabamos borrachas como cubas; tanto, que Sofia se vino a dormir a mi casa porque fuimos incapaces de encontrar las llaves de la suya.

\*\*\*

Fui la primera en despertar. Me levanté como pude y fui a la cocina a buscar un ibuprofeno; bueno, más bien me arrastré hasta llegar a ella. Al entrar, vi a Bruno, desayunando en calzoncillos. Iba a decirle que Sofia estaba allí y que se tapara un poco cuando sus ojos se abrieron como platos. Me di la vuelta todo lo rápido que pude (que no fue mucho, ya que me daba miedo que el helicóptero que había en mi cabeza despegara) y vi a Sofia totalmente paralizada en la puerta. Lo único que llevaba puesto era un tanga enano y un

sujetador a conjunto de un color rojo intenso. Hablé bajito porque me resultaba imposible alzar la voz.

—Hay que ver lo bien que le queda la ropa interior a la *jodía*. —Me sorprendió que, con lo pijita que era vistiendo, su ropa interior fuera tan atrevida.

Quise destensar el ambiente, pero fue imposible. Sofía dio media vuelta sin decir ni pío, y me fijé al momento de que mi hermano miraba lo mismo que yo. Y es que el tanga de Sofía tapaba más bien poco.

Me giré hacia Bruno y sonreí al ver en sus labios una sonrisa de lo más ladina.

—Gracias, hermanita. Desde luego me has alegrado el día y posiblemente la semana. Dile a Sofía que puede quedarse a dormir siempre que quiera.

—No creo que después de hoy quiera volver. Podrías haber disimulado un poco y mirado hacia otro lado.

—¿Y perderme el espectáculo? Tú estás loca.

Me sorprendió oír a Bruno hablar así. Antes de Isa nos lo contábamos todo de nuestra vida sentimental, incluso los primeros años de estar con ella mi hermano me explicaba que se peleaban bastante. Pero hubo un momento en el que él dejó de hablarme sobre ellos, y no me refiero a cuando le pasó eso a Isa, fue mucho antes.

Se dibujó una sonrisa en mi cara al notar que eso había cambiado, aunque la sonrisa se me borró de golpe al ser consciente de que había ciertas cosas que yo no podía contarle.

Sonó el timbre y me fui a mi habitación, estaba casi segura de que sería Max.

Cuando llegué, Sofía ya estaba vestida. Se había sentado en mi cama y me miraba tan avergonzada que me enterneció.

—No sabía que tu hermano estaría en casa.

—Igual te lo tenía que haber dicho, pero anoche nos habría parecido una idea fantástica... En realidad, cualquier cosa nos lo habría parecido.

—Eso es verdad.

—Oye, ¿cómo vas a entrar en tu casa? Las llaves siguen sin aparecer.

—Seguramente las habré perdido. Me pasaré por casa de mis padres, que tienen una copia.

—Vaya nohecita...

—Sí, pero me lo pasé genial. —Las dos sonreímos—. Por cierto, Eli...



—¿Dime?

—A tu hermano los calzoncillos le quedan de muerte.

La miré y no pude evitar que mi sonrisa se ensanchara.

—Él ha dicho más o menos lo mismo de tu ropa interior.

Continuamos hablando de la noche que habíamos pasado, mientras yo me quitaba la parte de abajo del pijama, que, por cierto, me había puesto al revés. Aunque, si he de ser del todo sincera, no recuerdo ni siquiera en qué momento me lo puse. Estaba claro que había sido una noche estupenda.

Salimos al salón riendo, y vi cómo Sofía se paraba de golpe en la puerta. Casi tropecé con ella, pero las siguientes palabras que salieron de su boca hicieron que me parara en seco.

—Max, ¿qué haces tú aquí?

—¿Sofía?

Me quedé un poco cortada. A Sofía, con unas copas de más, le conté lo que me hacía sentir Max y lo que había pasado entre nosotros; ¿y ahora resultaba que se conocían?

—Tío, ¿de qué conoces tú a la rubia? —Mi hermano pareció leerme el pensamiento, ya que me quedé con esa misma pregunta en la punta de la lengua.

No se me pasó por alto que el tono de Bruno era mucho más seco de lo que había sido hasta el momento.

—Es mi ex.

¡¿Qué?! Venga, hombre, no me jodas. Vi como mi hermano se daba media vuelta y se metía en la cocina sin decir nada. Yo me quedé parada en medio del salón mientras ellos se daban dos besos y se hacían las preguntas de rigor: ¿Cómo estás? ¿Qué tal todo? Blablablá...

Finalmente pude moverme y seguí a Bruno. Mi hermano y yo no intercambiamos ni una palabra. A los pocos minutos Max y Sofía entraron en la cocina.

—Bueno, Eli, tengo que irme. Nos vemos mañana en el trabajo. Adiós, Bruno, creo que mañana también te veo a ti.

—Sí, mañana llevaré yo a Thiago. —Mi hermano ni siquiera levantó la cabeza de lo que estaba haciendo. No quería decirle nada, pero había lavado el mismo vaso tres veces.

Max hizo de anfitrión y tomó las riendas de la situación y de la educación, ya que fue él quien acompañó a Sofía a la puerta.

Luego volvió a la cocina, tocándose con una mano la nuca. Me había dado cuenta de que eso lo hacía cuando estaba nervioso. Sabía que quería hablar con mi hermano a solas, pero no pensaba moverme de allí. Quería escuchar todo lo que le tenía que decir. Me senté en una silla antes de que alguien me dijera que saliera.

—No tenía ni idea de que era tu ex.

—Era imposible que lo supieras, nunca te la presenté y no hablaba demasiado de ella.

—Ni siquiera me habías dicho su nombre.

—No.

Yo observaba toda la conversación como si estuviera viendo un partido de tenis. Mi hermano aún no había levantado la cabeza del fregadero, y a mí me daba miedo que el vaso desapareciera de tanto limpiarlo.

—Bruno, no me afecta si quieres salir con ella. Estuvimos juntos poco tiempo. En realidad, no estaba enamorado de ella y Sofía aún menos de mí, así que, de verdad, no me importa.

Max miró por primera vez hacia donde yo estaba; nuestras miradas se cruzaron, pero la voz de mi hermano hizo que desviáramos la vista hacia él.

—¿Quién te ha dicho a ti que yo quiero salir con ella? Está buena, pero nada más, creo recordar que es lo único que te he comentado.

Mi hermano se estaba poniendo a la defensiva. Había muchas veces que no entendía su comportamiento, pero en esos momentos sí que podía llegar a comprenderlo. Tenía que ser una putada hablarle a tu mejor amigo de una chica y que luego resultara ser su ex.

—Bueno, yo solo te lo digo para que lo sepas. Me voy a casa. Nos vemos luego.

Al pronunciar la última frase me miró a mí, y no supe con certeza si se trataba de una invitación, aunque me daba bastante igual, tenía claro que iba a bajar de todas formas.

Mi hermano le contestó con una especie de gruñido y continuó limpiando el vaso con tanto entusiasmo que preferí mantener la boca cerrada.

## *17. Una conversación entre hermanos*

Oí la puerta cerrarse y estuvimos varios minutos en silencio. Seguramente los dos pensábamos en lo mismo, pero desde dos puntos de vista muy diferentes. Bruno se giró hacia mí con cara de estar bastante enfadado.

—¿Tú lo sabías?

—No tenía ni puñetera idea. Y recuerda que yo no soy el enemigo, ¿vale? Y otra cosita, Bruno...

—Dime. —El tono de su voz era mucho más suave.

—Por favor, deja de fregar el vaso, es imposible que quede más limpio.

Dejó el vaso a un lado, cogió un trapo para secarse las manos y se sentó frente a mí, apoyando la cabeza entre sus manos.

—Te gusta Sofía, ¿verdad?

—Aún no sé si me gusta, pero despierta cosas en mí que creí que ya no podría sentir. Que sea la ex de Max es una putada.

—Sí, lo es, pero te ha dicho que no le importa.

—A él no, pero ¿y a ella? ¿Has visto a Max? Vuelve locas a las tías y lo más fuerte es que ni siquiera es consciente de ello.

—Perdona que haga una matización... ¿tú te has visto? No tienes nada que envidiarle, y no es amor de hermana. Os miro con ojos muy diferentes, te lo aseguro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Pero sé que no es solo eso lo que te preocupa, así que escupe.

—Me preocupa todo, Eli. —Se le veía bastante abatido. No me gustaba nada verlo así—. Yo tengo un hijo, mi vida es mucho más complicada que la de cualquier otro tío. Y tampoco quiero estar con una y con otra y que Thiago no tenga un referente claro de lo que es una madre.

—De verdad que te entiendo, pero una cosa es ligarte a una tía diferente cada semana y otra muy distinta no estar con nadie en más de un año. Además,

Thiago ya tiene una madre, aunque no esté con él.

—Sí, lo sé. ¿Y tú cómo sabes que no he estado con nadie?

—Bruno...

—Vale, vale.

—¿Y sabes qué?, tampoco pasaría nada si salieras con diferentes chicas. Es verdad que tienes un hijo, pero no por ello tienes que privarte de tantas cosas. Thiago será feliz si tú también lo eres.

—Supongo que tienes razón.

—Siempre la tengo. —Le guiñé un ojo y él me correspondió con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Bueno, ahora tengo mucho en lo que pensar...

—Ve con cuidado, no te hagas daño.

Salí corriendo antes de que me pillara, él corrió detrás de mí casi en el mismo momento en el que me levanté. Mis gritos despertaron a Thiago... y se acabó la calma en casa.

## 18. Acepto el trato

*No tenía el teléfono de Eli, por lo tanto, no podía decirle que me gustaría verla. Tampoco quería subir a casa de Bruno. Esa mañana había sido algo surrealista, y quería dejar pasar unos días.*

*Me sorprendió mucho que la rubia por la que Bruno parecía tener tanto interés fuera, en realidad, Sofía. Y no mentí cuando le dije que no me importaba en absoluto que saliera con ella, tenía muy superada esa ruptura. Supongo que no fue una relación que me marcara, y desde luego ni yo había tenido sentimientos por Sofía muy profundos ni ella por mí. Estaba claro que el mundo era un puñetero pañuelo.*

*Pues así había pasado un buen rato, pensando en las casualidades de la vida y dando vueltas por el piso, esperando que Eli hubiera pillado mi indirecta y bajara a verme.*

*Cuando ya pensé que no vendría y casi me había quedado dormido en el sofá (menos mal que no me gustaba, al final se iba a convertir en una costumbre), sonó el timbre.*

*Al abrir la puerta, ahí estaba ella. Cuanto más la miraba, más bonita me parecía, pero también era más consciente de todas las cosas que nos separaban: era joven, demasiado para mi gusto, estaba totalmente tatuada y su manera de vestir contrastaba totalmente con la mía; pero si, incluso, acababa de comprarse una moto... Éramos la noche y el día. Aunque no podía evitar sentir una atracción hacia ella que me veía incapaz de controlar.*

*Ni siquiera la invité a pasar, entró nada más abrir la puerta. También tenía que decir que muchas veces me ponía de los nervios.*

*—Pensaba que no habías entendido la indirecta de antes. Tendrías que darme tu número de teléfono, quería hablar contigo y no sabía cómo hacerlo.*

—Soy joven, pero no tonta, lo he pillado a la primera. Lo de darte el número, ya veremos, todo depende de cómo transcurra la noche.

—¿Cómo sigue Bruno? —No pasé por alto lo del «transcurso de la noche». Eso quería decir que pensaba quedarse. Me puse duro al momento, pero intenté cambiar de tema para tranquilizarme.

—Bueno..., ya lo conoces. Pero si quieres saberlo puedes subir y preguntarle a él; aunque a veces lo parezca, no muerde. Además, creo que no me has hecho bajar para hablar de Bruno, ¿verdad?

—Tienes razón... Y qué me dices de ti, ¿te ha sentado mal lo de Sofía?

—¿A mí?! —Puso cara de ofendida y se tocó el pecho con las dos manos —. Tú y yo no somos nada, así que puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana.

—De eso quería hablarte. He decidido aceptar tu propuesta. Nos conoceremos dentro de mi casa; aún no sé por qué, pero acepto.

—En realidad yo no dije nada de conocernos, yo propuse sexo, si no recuerdo mal.

—Sí, bueno... verás... acepto, pero con matices. Mientras estemos «juntos» —recalqué esa palabra con los dedos, para que no hubiera malentendidos—, me gustaría que no saliéramos con nadie más.

—Vamos a ver, Max —puso una de sus manos sobre el puente de su nariz y el tono que utilizó me recordó al de una profesora hablando con un niño—, esto no es una relación, tú te has encargado de dejarlo claro al no querer salir de aquí, por lo tanto, yo saldré con quien me apetezca, tú haz lo que quieras.

Por primera vez me percaté de que aquello sonaba fatal. Yo quería conocer a Eli, pero tal como ella lo planteaba parecía algo sórdido, y lo peor de todo era que tenía razón.

—Así que vas a seguir viendo al mecánico.

—Voy a ver a quien me salga de las narices, y tú no vas a meterte en mi vida, porque no quieres una relación conmigo, solo sientes curiosidad por mí. Y aunque quisieras una relación, yo soy libre de quedar a tomar algo con quien me dé la gana.

—No hablo de quedar a tomar algo, y lo sabes. —Resopló como si el niño con el que estaba hablando no se enterara de nada.

—Mira, Max, soy muy diferente al estilo de chica con el que estás acostumbrado a salir, solo tienes que mirar a Sofía. Y encima soy la

*hermana pequeña de tu mejor amigo. Debo de ser para ti algo así como la fruta prohibida. El chico bueno y formal que está rompiendo todas sus reglas...*

*Me acerqué a ella y la besé. No quería que siguiera hablando. Había mucha verdad en sus palabras, pero Eli también me atraía mucho; no obstante, eso no estaba dispuesto a decírselo.*

*Como nos pasó la primera vez, el beso se descontroló. Nos quitamos la ropa rápido y sin delicadeza. Quería llevarla a mi cama, pero sabía que no íbamos a llegar, así que la tumbé en el sofá. Cuando solo llevaba puestas las bragas me fijé en sus tetas, no sé por qué pensé que tendría algún piercing en los pezones, pero sus pechos estaban libres de pendientes, y yo me recreé saboreándolos.*

*Una parte de mí quería ir despacio y tomarse su tiempo, pero la otra estaba demasiado ansiosa por estar dentro de ella.*

*Fui bajando por su estómago hasta quitarle las bragas, y ahora sí, Eli volvió a dejarme sin palabras.*

*—Joder, Eli, ¿jahí!?*

*—No te quejes, que luego te gustará. Aunque, claro, más me gustará a mí.*

*Cerré los ojos. Pensé en lo que debe de doler hacerse un piercing ahí abajo; sin embargo, tenía que reconocer que me estaba poniendo a cien.*

*Enredé mi lengua en su pendiente y cuando oí a Eli gemir tuve que parar. Respiré hondo y subí por su cuerpo hasta llegar a su boca. Lo que estaba intentando al besarla era serenarme un poco, pero Eli tenía una manera de besar que estaba muy lejos de hacer que me tranquilizara.*

*El sexo con Eli fue tal y como a mí me gusta, duro y descontrolado. Había sido un ingenuo al pensar que, al ser más joven, podría enseñarle muchas cosas... si me descuido me las enseña ella a mí.*

*Disfruté de cada momento con Eli, y posiblemente tuve el orgasmo más espectacular de mi vida, pero eso tampoco iba a decírselo.*

*Aún estaba encima de ella cuando noté que se movía. Igual la estaba aplastando, así que me incorporé. Eli se levantó del sofá, pensé que quizá quería ir al lavabo, pero me sorprendió que empezara a vestirse. No entendía por qué se ponía la ropa, cuando aquello no había hecho más que empezar. Vi cómo se dirigía a la puerta y entonces sí que me tensé.*

*—¿Adónde vas?*

*—Pues a mi casa.*

—¿No vas a quedarte?

—Vamos a ver, Max, te repito que esto no es una relación. Yo vengo, me acuesto contigo y me voy, sin más.

*Antes de que pudiera contestarle se había ido. Era verdad que no quería una relación con ella. Estaba claro que no funcionaría, pero tampoco quería eso. Me sentía como su semental. Me hubiera gustado que se quedara, que me explicara algo de su vida, y claro está, repetir. A ser posible más de una vez.*

*Ahora tocaba esperar hasta que la niñata quisiera volver a acostarse conmigo. Mandaba cojones estar así con mi edad.*



## *19. Una conversación con Sofía*

Cuando cerré la puerta, me apoyé en ella. No estaba enamorada de Max, ni mucho menos, pero no quería quedarme después de acostarme con él. Para mí, era un momento en el que me sentía vulnerable, y bajo ningún concepto quería empezar a sentir cosas por Max que no podían ser.

Él no lo había dicho con estas palabras, pero se avergonzaba de mí, y yo no estaba dispuesta a cambiar por nadie, así que lo mejor era alzar muros y mantener las distancias; bueno, las distancias no las iba a mantener mucho, porque pensaba volver a acostarme con él. El sexo había sido alucinante y no estaba dispuesta a renunciar a eso también.

Jamás me habría imaginado que Max fuera así en la cama. Él era todo control, pero en esa faceta de su vida se dejaba llevar por completo. Me gustaba mucho más así.

Aún me temblaban las piernas mientras subía las escaleras, eso era la confirmación del buen sexo que había tenido con él. Al entrar en casa me encontré a mi hermano tumbado en el sofá, viendo una película, por lo que le di las buenas noches y me metí en la cama.

Pensaba que me costaría dormir, pero debí hacerlo nada más poner la cabeza en la almohada.

Me levanté de buen humor y el primer pensamiento que tuve fue lo bien que sienta una buena sesión de sexo para despertarte contenta.

Como cada mañana, llegué al trabajo con tiempo de sobra y quedé con Sofía para tomar un café antes de entrar. Yo ya iba por la mitad del mío cuando llegó ella.

—Hola, Eli. ¿Qué tal la resaca?

—Pues la verdad es que muy bien.

—Cómo se nota que eres más joven, a mí cada vez me cuesta más recuperarme.

—Bah, ni que nos lleváramos tantos años. —Estaba empezando a cansarme de que todo el mundo hiciera referencia a la diferencia de edad.

—Hablando de años... Así que *tu viejo* es en realidad Max, mi ex.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No me ha hecho falta la confirmación de nadie, simplemente vi cómo lo mirabas y lo cortada que te quedaste cuando supiste que era mi ex. Así que até cabos.

—No era consciente de que se me notara tanto.

—En realidad, no se te nota mucho, pero es que yo soy una chica muy lista.

—Ya veo. Qué puñetera casualidad, ¿verdad? —Solté una especie de gruñido, mientras me metía en la boca un trozo de ensaimada. Un montón de imágenes de la noche anterior pasaron por mi cabeza.

—Quiero que sepas que no me importa que salgas con él. Yo no siento nada por Max. En realidad, siempre fue más un amigo que una pareja. —Cómo entendí a mi hermano en esos momentos.

—Es que yo no quiero salir con él, lo único que quiero de Max es sexo salvaje. —Sofía se atragantó con el café.

—Joder, Eli, qué burra eres.

—Solo digo la verdad.

—Ya, ya... Aunque he de decirte que no creo que Max acepte eso. Conociéndolo, y por lo poco que recuerdo de la noche en la que me hablaste de él —parecía que con el gesto que puso intentaba disculparse, pero yo me alegraba enormemente de que no recordara nada de lo que le expliqué la noche que salimos juntas—, te ve demasiado joven; y no te ofendas, por favor, pero no eres para nada su tipo.

—No, si no me ofendo. Sé que no lo soy, tú encajas mucho más con su estilo de chica.

—Aunque parezca raro, precisamente fue por eso por lo que lo dejé. Max es demasiado comedido casi todo el tiempo y espera exactamente lo mismo de su pareja. —No pude evitar pensar en los momentos en los que no era comedido. Pasaron por mi cabeza un montón de imágenes de Max dejándose llevar. En la mayoría de ellas estábamos desnudos. Tuve que centrarme en la conversación —. A lo que me refiero es a que tú eres, precisamente, el polo opuesto a Max. No sé si él podría lidiar con eso. Con todo esto no quiero decir que no le gustes ni nada por el estilo, pero Max es bastante anticuado en muchos aspectos.

—Lo sé. —No podía añadir nada, ya que Sofía tenía razón en todo lo que decía.

—Yo no soy una chica alocada, ni mucho menos, pero él es tan responsable, tan centrado, tan sensato, que muchas veces sentía que era eso lo que esperaba de mí y me agobiaba muchísimo.

—Lo entiendo, pero es que a mí me importa bien poco lo que espere de mí. Yo soy como soy y no pienso cambiar por nadie; si le gusta bien, y si no, pues adiós.

—Quizá eso es precisamente lo que necesita: una mujer que no le siga el rollo.

—Ya te digo que me importa poco lo que él quiera o lo que necesite. Y tampoco entiendo mucho cómo hemos llegado a este punto de conversación. De momento, no tengo absolutamente nada con Max.

—Tú lo has dicho; de momento...

No sé por qué no le dije que ya me había acostado con él. Era verdad que, conociendo a Sofía, nada de lo que dijo fue con mala intención, pero si soy sincera conmigo misma, me picó el orgullo. Así que, contra todo pronóstico, preferí callar.

Nos habíamos quedado en silencio cuando se acercó la dueña de la cafetería.

—Hola, chicas. Perdonad, pero es que voy de culo, se ha ido la camarera que me ayudaba por las tardes y no puedo con todo. —Se me encendió la bombilla.

—Perdona, Rosa, pero si necesitas a alguien, me interesaría trabajar aquí. En la escuela solo hago media jornada y casi no llego a fin de mes.

—¿Tienes experiencia?

—He trabajado en un bar de copas bastante tiempo y aprendo rápido. —Puse mi mejor cara de niña buena.

—Pues vente esta tarde y hacemos una prueba. Solo necesito que vengas unas pocas horas, así yo puedo ir a casa y dar de cenar a mis hijos. Tendrías que cerrar tú.

—No hay problema.

Quedé con ella a las cinco de la tarde y eso sirvió para animarme, necesitaba complementar mi sueldo y no tenía problema en trabajar donde hiciera falta, así que era la oportunidad perfecta.

## 20. Conociéndonos

Estaba tumbada en mi cama, debatiendo conmigo misma entre si debía o no bajar a casa de Max. Por una parte, me apetecía muchísimo, pero sabía que, si lo volvía a hacer, establecería otra estúpida regla no escrita que haría que bajara todas las noches.

Odiaba dar tantas vueltas a las cosas, yo no soy así. No se puede hacer siempre lo que una quiere, eso está claro, pero yo intentaba simplificar bastante todo lo que estaba en mi mano.

Y aquí había dos opciones: o hacía lo que me apetecía y bajaba a ver a Max o dejaba esa especie de trato absurdo que teníamos.

Salí al salón a ver si me despejaba un poco. Ví a mi hermano con el móvil en la mano y una sonrisa en la cara que hizo que mis labios se curvaran en otra.

—¿Con quién hablas para tener esa cara de lelo?

—Es mi cara, pequeña, no tengo otra.

—No cambies de tema y desembucha.

—Hablo con una rubia preciosa, que, además, es compañera tuya.

—¿Sofía te ha dado su número?

—En realidad, se ha saltado la ley y ha robado el mío de los datos de la matrícula de Thiago. —Su sonrisa se ensanchó.

—No parece que vayas a denunciarla por eso.

—En denunciarla es en lo último que pienso.

—¿Y en lo primero? —Antes de que me contestara, le saqué la lengua y me metí en la cocina.

Me senté en la mesa con una manzana en las manos y, mientras me la comía, tomé una decisión. Iba a bajar a casa de Max. Me acostaría con él y volvería a subir, tal y como había hecho la primera vez. Sabía que a medida que el tiempo pasara me costaría más hacerlo, pero de momento esa era mi idea.

—Bruno, voy a salir un rato.

—¿Vas a venir tarde?

—No.

—Vale, porque yo no tardaré en irme a la cama, estoy muerto.

—Pues me llevo las llaves.

Me acerqué a él y le di un beso y las buenas noches. No me gustaba nada mentir a Bruno, aunque, en realidad, solo le estaba ocultando información. Eso me repetía a mí misma para no sentirme tan mal.

Llamé al timbre de Max mucho más nerviosa de lo que me gustaría admitir.

Me abrió con su pantalón de pijama planchado y su pelo perfectamente despeinado; sin embargo, la sonrisa que asomaba en su cara era tan pícaro que tiraba por tierra toda la indumentaria de chico bueno.

—Te estaba esperando.

—Mucha confianza tienes en ti mismo, ni siquiera yo tenía claro que fuera a venir.

—El sexo conmigo es demasiado bueno como para perdértelo.

No le contesté a eso porque sabía que, al no hacerlo, le generaría dudas. Max podía parecer muy seguro de sí mismo, pero empezaba a comprender que esa era otra fachada que tenía.

—¿Has cenado?

—Me he comido una manzana antes de bajar.

—Eso no es cenar. Anda, siéntate, que pongo otro cubierto.

—No he venido a cenar.

—Lo sé, pero no pienso tener contigo un maratón de sexo si antes no coges fuerzas.

Me recorrió un escalofrío ante las palabras «maratón de sexo» y todo lo que eso implicaba. Me senté donde me había dicho sin decir ni pío. Al momento Max puso una bandeja encima de la mesa que olía de maravilla.

—Había hecho de más, así que podemos cenar los dos perfectamente. Espero que te guste.

—En realidad, soy de muy buen comer. —Le guiñé un ojo y él soltó una carcajada.

—¿Qué tal el día? —No pude evitar mirarlo con cara de mosqueo, no tenía ganas de entablar ese tipo de conversación con él—. ¿Qué? ¿Vamos a cenar sin dirigirnos la palabra?

Tenía razón, yo quería hablar con él lo menos posible. Me conozco, si

empezaba a acostarme con Max de manera habitual y, además, nos comportábamos como una pareja, al final acabaría colgada de él y no quería que eso pasara. Pero también era verdad que no podíamos cenar sin intercambiar palabra. Así que decidí que un poco de conversación no me haría daño.

—Pues muy bien, he conseguido un trabajo en una cafetería. Por lo menos, entre eso y la media jornada del cole hago más o menos un sueldo.

—No sabía que estabas buscando trabajo.

—Y no lo hacía, pero la dueña comentó que le faltaba gente y yo le dije que estaba interesada.

—¿En Blanes también trabajabas?

—Cómo se nota que no conoces a mi padre. Trabajo desde que cumplí los dieciocho. Los fines de semana y el mes de agosto trabajaba en un bar de copas y últimamente hacía suplencias cuando me llamaban de algún colegio.

—¿Por qué dices lo de tu padre?

—Mi padre es un hombre muy estricto. Yo colaboraba en la economía familiar desde que cobré mi primer sueldo. Que conste que no me molestaba hacerlo, es más, con Bruno también lo hago, pero él se niega a cogerme el dinero, por lo que ayudo comprando la comida, por mucho que eso también lo cabree.

—Nunca le he preguntado a Bruno, ya que parece que es un tema del que no quiere hablar, pero ¿y tu madre?

—Prefiero dejar a mi madre al margen de esta conversación. ¿Y tú, qué me cuentas? —Fui brusca cambiando de tema y lo sabía, pero, al igual que mi hermano, prefería no hablar de ella.

—En realidad, hoy es mi día de descanso, así que he hecho poca cosa: ir al gimnasio, a comprar y poco más.

—Vaya, que ha sido un día de relax.

—Sí, más o menos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí, claro, eso es lo que estamos haciendo. Conociéndonos. —En realidad no quería conocerlo demasiado, solo quería acostarme con él, pero preferí callar.

—¿Y tu familia? ¿Tienes hermanos?

—Ya me hubiera gustado. Soy hijo único. Mis padres estuvieron mucho tiempo intentando tener hijos. Cuando se dieron por vencidos llegué yo. Mi

madre dice que fui algo así como un milagro, lo peor de todo es que se lo cree de verdad. Así que te puedes hacer una idea de lo mimado que he crecido. Entre eso y que tienen unas fuertes creencias religiosas (que, por cierto, no comparto), hicieron que en cuanto pude pusiera tierra de por medio.

—¿Dónde viven tus padres?

—En Vinaròs, un pueblo de Castellón.

—Ahora entiendo lo de plancharte hasta el pijama, seguro que tu mamá siempre lo hacía. Al final va a resultar que soy mucho más madura yo que tú.

—No vayas de lista, que te saco un montón de años.

—Físicamente eres un viejo, pero mentalmente...

—Ven aquí, que te voy a demostrar lo viejo que soy.

Me levanté de la mesa y salí corriendo. Me agarró por la espalda antes de llegar a su cuarto.

Caímos al suelo y Max se tiró encima de mí. Mi espalda estaba pegada a él, comencé a retorcerme para poder salir, pero paré de golpe cuando empezó a besar mi cuello. Me quitó la camiseta y bajó mis pantalones casi sin moverse y sin dejar de besarme. No podía verle la cara, pero su respiración se había acelerado mucho, al igual que la mía.

Oí cómo rasgaba algo y supe que era un preservativo; no tenía ni idea de dónde lo había sacado, pero tampoco iba a preguntar.

Antes de darme tiempo a reaccionar me embistió fuerte y profundamente, justo como me gustaba. Pasó su mano por debajo de mi cuerpo y me acarició el *piercing*, en una suave caricia. Casi parecía que no me estaba tocando, pero no paró de hacerlo ni siquiera cuando aceleró las embestidas. No había pasado mucho tiempo cuando me rompí en un orgasmo devastador.

\*\*\*

Abrí un ojo y me costó un rato situarme, hasta que advertí que estaba en la habitación de Max. Luego un montón de imágenes invadieron mi cabeza. Cuando Max me dijo que íbamos a tener un maratón de sexo iba muy en serio.

Me giré y lo vi profundamente dormido. Max era muy guapo, pero mientras dormía parecía mucho más relajado, su ceño no estaba fruncido y eso le daba un aspecto incluso vulnerable. Aunque me apenó no poder verle los ojos. Era una de las partes que más me gustaban de él, ya que muchas cosas que no decía se podían leer en ellos a la perfección. Todo eso me enterneció. Demasiado

para mi gusto, por lo que recogí mi ropa, me la puse en el salón y salí de allí lo antes posible.

Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado en un principio.



## 21. *Despeinarse y vivir*

*Era jueves y Eli había bajado todas las noches de las dos últimas semanas. Me estaba acostumbrando, demasiado rápido para mi gusto, a verla por mi casa.*

*Ese día había llegado antes; no quise preguntarle por qué, ya que yo estaba encantado e igual ella se lo tomaba mal.*

*Llevábamos toda la tarde en mi casa, nos habíamos acostado unas cuantas veces y estábamos viendo una peli. Notaba a Eli algo tensa y sabía que tardaría poco en hacerme una proposición. Esperaba que fuera algo a lo que pudiera decirle que sí. Conté mentalmente de diez a cero y, cuando iba por el siete, ella saltó.*

*—¿Tenemos que pasarnos toda la tarde aquí metidos? ¿Por qué no hacemos algo?*

*—¿Qué quieres hacer?*

*—¿Y si te llevo a un sitio precioso?*

*—Eli...*

*—Te prometo que no nos verá nadie. Está apartado, y puedes ir en tu coche y yo en la moto.*

*—Tampoco se trata de eso, pero me gustaría saber más cosas.*

*—¿No te gustan las sorpresas? —Estaba poniendo morritos y no sabía cuánto sería capaz de aguantar sin volver a llevármela a la cama.*

*—No. En realidad, no me gustan nada.*

*—No sé por qué no me sorprende en absoluto. Nunca te dejas llevar. ¿Sabes que de vez en cuando es estupendo despeinarse y vivir?*

*—Despéinate tú, yo estoy genial así.*

*—Yo vivo despeinada, eres tú el que tienes un problema con la vida y con querer tenerlo todo bajo control.*

*—Y todo esto venía porque querías llevarme a...*

—A un mirador, Max. De verdad, qué hombre... —Se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco, me hizo gracia la expresión de su cara.

—Pues me parece genial. —Me levanté del sofá y le tendí la mano.

Pude ver su cara de sorpresa, no esperaba que dijera que sí. Sentí un pinchazo de culpabilidad al no darle lo que ella quería: otro tipo de relación. Si nos lleváramos menos años y fuéramos más parecidos...

Al final nos fuimos con mi coche y Eli estaba muy animada, hablando sin parar y haciendo planes que ella misma sabía que no íbamos a cumplir.

Cuando aparqué el coche en el mirador, los dos bajamos de él. Las vistas eran una maravilla. Se veía toda Barcelona y el mar de fondo. Estuvimos un buen rato sin hablar. Hasta que Eli rompió el silencio.

—Me encanta el mar.

—La montaña también tiene su encanto.

—Sí, también, pero el mar...

Me dio la risa. Hablaba del mar con una devoción que me hizo reír, pero lo que de verdad me hizo gracia fue que ni siquiera nos parecíamos en eso.

—¿Qué te parece tan divertido?

—Nada, solo pensaba en las pocas cosas que tenemos en común.

—¿Tú no sabes que los polos opuestos se atraen? Además, todo nos irá mucho mejor el día que te sueltes un poco. Déjate llevar, de vez en cuando va genial, de verdad.

—¿Tú siempre te dejas llevar? ¿Nunca piensas las cosas antes de hacerlas?

—Claro que las pienso, durante dos minutos. Es broma. Sí que las pienso, pero no le doy tantas vueltas a todo como tú y, desde luego, me importa bien poco lo que la gente piense de mí.

—Creo que nos hemos criado en ambientes muy diferentes.

—Supongo que sí... ¿Vamos a dejar ya de hablar? Te he traído al mirador para acostarme contigo, no para pasarme la tarde hablando. Las vistas son perfectas.

—¿¡Aquí!? ¿Tú estás loca?

La vi acercarse con esa sonrisa suya con la que podría conseguir casi todo de mí. Me besó el cuello despacio y me puse duro casi con el primer contacto. Cuando llegó a mis labios le devolví el beso, y lo que empezó siendo un roce sin importancia se transformó en un beso que me desbordó. La metí en la parte trasera del coche sin despegar mi boca de la suya. En

*esos momentos no pensaba mucho, pero soy un tío grande y el espacio era bastante reducido, a ver cómo lo hacíamos.*

*No me había acostado nunca con nadie en un coche. Ese simple hecho decía mucho de lo que Eli estaba consiguiendo de mí. Ella no era consciente, pero con Eli me dejaba llevar mucho más de lo que lo había hecho nunca con nadie.*

*Se colocó a horcajadas encima de mí. Tenía claro que no iba a desnudarla, nos encontrábamos en la calle y a plena luz del día, pero saber que estábamos haciendo algo que no debíamos me puso a mil.*

*Normalmente me gusta tomarme mi tiempo antes de entrar en una mujer, pero Eli me ponía tanto y tan rápido que muchas veces era incapaz de esperar. Aunque, casi siempre, ella tenía menos paciencia que yo.*

*Ya me había puesto el condón y antes de darme cuenta estaba dentro. Cuando la oí gemir tuve una mezcla de sentimientos que no encajaban ni con la situación ni con el lugar. Quise tenerla siempre así, encima y que gimiera conmigo y por mí. Fue extraño, pero me entraron unas ganas enormes de abrazarla y mantenerla conmigo siempre.*

*Eli empezó a moverse y se me olvidó hasta mi nombre; ¿cómo era posible que supiera lo que quería en cada momento? Cada movimiento, cada beso... todo en el momento exacto.*

*Cuando se desplomó sobre mí y la abracé, me di cuenta de que empezaba a sentir cosas por ella que no quería y no debía sentir.*

*Me cagué de miedo.*

## 22. *Es la hermana de un amigo*

Alguna cosa había cambiado en Max. No sabría decir lo que era, pero percibí algo en la manera de mirarme que antes no estaba. Había sido un polvo raro, y eso que se suponía que tenía que ser salvaje y alocado. Decidí hablar para aflojar la tensión que se había instalado entre nosotros.

—Despeinarse de vez en cuando no está tan mal, ¿eh?

—No, la verdad es que intentaré hacerlo más a menudo.

Nada, no había manera, estaba raro y decidí callar lo que quedaba de camino.

Antes de llegar a casa nos paramos en una gasolinera. Bajamos los dos del coche, ya que me apetecía mucho una bolsa de chuches.

—¿Ves como eres una cría? ¿Chuches?

—¿Qué pasa? No me estarás diciendo en serio que no te gustan.

—Sí, pero nunca compro.

—¿Ves como el rarito eres tú?

Me detuve delante de la sección de dulces y, aunque no había mucha variedad, compré tres bolsas.

Cuando me dirigí hacia la caja, vi a Max saludando a un chico. No supe qué hacer, pero decidí que yo no tenía que esconderme de nadie. Nada más llegar noté la incomodidad de Max.

—Hola. —Ante todo educación.

—Eli, este es Eric, él y yo coincidimos casi siempre en el gimnasio.

—Vaya, Max, no sabía que tenías pareja. —Max se tensó y yo esperé su respuesta con impaciencia.

—No es mi pareja, es la hermana de un amigo.

Parecía que había elegido todas las palabras que más daño podían hacerme. Tenía claro que entre Max y yo no había nada serio, pero no sé, podría haberme presentado, simplemente, como a una amiga. Pues ni siquiera eso.

Presentándome como la hermana de un amigo parecía que estaba cuidándome o algo así. No quería que notase que su comentario me había afectado, por lo que les dije adiós y fui a pagar a la caja que estaba en el otro extremo.

Mientras me alejaba, oí como Eric le preguntaba a Max si podría darle mi número de teléfono. Definitivamente, los tíos son gilipollas.

El resto del viaje hasta llegar a casa lo hicimos en silencio. Me resultó difícil porque quería decirle muchas cosas, pero preferí callar. Por morderme la lengua me comí las tres bolsas de chuches enteras. Esa era la manera más segura de mantener la boca cerrada.

Ni Max ni yo cogíamos el ascensor, preferíamos subir por las escaleras. Casi habíamos llegado a su piso cuando él rompió el silencio.

—¿Te apetece que pidamos una *pizza*?

—No voy a quedarme a cenar. Me voy a casa.

No quería seguir estando con él en un momento en el que la tensión entre nosotros podía cortarse con un cuchillo.

—¿Seguro? —Me agarró por detrás y me dio un beso justo debajo de la oreja que hizo que mi corazón se acelerara.

En el momento en que iba a darme otro, se oyó como se cerraba una puerta de algún piso y Max dio un paso atrás. Por supuesto, no podía permitir que alguien nos viera en actitud cariñosa. ¿Qué diría? Y si encima ese alguien era Bruno, imaginad el *shock* en el que podría entrar Max.

En fin... Cuando llegamos a la puerta de su casa me despedí con un simple adiós y continúe subiendo escaleras hasta llegar a casa de Bruno.

Mi hermano se había vuelto a quedar dormido en el sofá y yo preferí no despertarlo. Me fui a mi cuarto, me puse el pijama e intenté leer. Cuando me percaté de que había leído la misma página tres veces dejé el libro encima de la mesita de noche, apagué la luz y traté de dormir.

No quería darle muchas vueltas a lo que había pasado durante aquella jornada. Al día siguiente seguro que vería las cosas de otra manera. Me costó más de dos horas conciliar el sueño.

## 23. Demasiado cómodo

*Eli llevaba dos días sin bajar a mi casa y me sentía raro. No sabía qué hacer. Le había mandado algunos wasaps, pero sus contestaciones fueron escuetas y secas. Era extraño, pero la echaba de menos.*

*Decidí bajar a desayunar a la cafetería de la esquina. No me gustaba romper mis rutinas y mucho menos desayunar solo en un bar, pero no tenía café y me apetecía uno.*

*Contra todo pronóstico, me sentí a gusto y el café estaba buenísimo, por lo que me tomé mi tiempo. Cuando subí al cabo de un rato, me quedé parado en la escalera. Una sonrisa asomó a mi boca sin ni siquiera ser consciente.*

*—No te rías, a mí no me hace ninguna gracia.*

*Borré la sonrisa de golpe, pero no pude evitar sentirme eufórico. Ella estaba allí y ni siquiera era de noche.*

*No tenía ni idea de en qué me había equivocado el día del mirador. Supongo que no le sentó bien que no la presentara como a mi pareja, pero es que no lo éramos. Sin embargo, nada más abrir la puerta entendí que Eli no quería hablar. Nuestros labios se pegaron y las siguientes horas las pasamos en posición horizontal, aunque también lo hicimos en la cocina y eso fue más bien en posición vertical.*

*Estábamos tumbados en el suelo del salón, totalmente exhaustos, y esperé el momento en el que Eli decidiera irse, pero me sorprendió cuando se sentó en el sofá y me dijo que eligiéramos una peli. En un primer momento pensé que saldría corriendo.*

*No hablamos de lo que pasó el día del mirador ni de esos días que habíamos estado sin vernos. Volvimos a actuar como si nada de aquello hubiera pasado. Tenía claro que así no se solucionan las cosas, pero me sentía demasiado contento por volver a tenerla en mi casa como para estropearlo hablando.*

*Eli me había preguntado algo, aunque estaba tan concentrado en mis pensamientos que ni me enteré.*

*—¿Perdón?*

*—Te decía que el otro día me explicaste que tus padres tienen unas creencias que no compartes, ¿son budistas o algo así?*

*—No, son católicos.*

*—Católicos, ¿cómo? ¿De los que creen en Dios y van a misa todos los domingos?*

*—Sí, y de los que creen a pies juntillas todo lo que dice la Iglesia.*

*—Mmm... Ahora entiendo que seas tan rarito.*

*—¡Oye!*

*La siguiente media hora la pasamos luchando con los cojines del sofá. Eli reía a carcajadas y yo creo que no había hecho eso ni cuando era niño.*

*Preparamos la comida entre los dos; aún estaba alucinando con que ella hubiera aceptado quedarse a comer. Aunque no tardó en decirme que todo aquello era una excepción y que no me acostumbrara.*

*Eli se había puesto una camiseta mía que le llegaba casi por las rodillas; yo sabía que no llevaba nada debajo y tuve que concentrarme muchísimo en no rebanarme un dedo mientras cortaba la ensalada, que mi mente se centrara solo en eso y no en el hecho de que debajo de esa camiseta estaba desnuda.*

*Me fijé en lo mucho que Eli disfrutaba cocinando y en lo bien que se le daba. Yo tardé más en pelar y cortar las zanahorias que ella en preparar toda la comida.*

*Comimos hablando un poco de todo y me sentí muy cómodo. Demasiado cómodo. Cuando acabamos, me tocó a mí recoger la mesa, ya que Eli dijo que no había ayudado en nada. Tuve que recordarle lo de las zanahorias, pero no lo aceptó como trabajo y no me quedó más remedio que recoger y fregar los platos.*

*Nos sentamos a acabar la peli que habíamos dejado a medias, y no habían pasado ni diez minutos cuando Eli ya estaba durmiendo. Se había quedado frita apoyada en mí. La miré y le aparté un mechón de pelo negro que le caía por la cara. Sentí tal arrebato de ternura que me levanté con cuidado para no despertarla y me fui a la cocina.*

*Me apoyé en la encimera y respiré profundamente ¿Qué me estaba pasando? No hacía tanto que la conocía como para sentir tantas cosas por*

*ella. Tenía que serenarme. Lo mío con Eli no podía ser. No llevaba ni cinco minutos en la cocina cuando unos brazos me agarraron por detrás, y supe una cosa con claridad. No podía ser, era una locura, pero Eli, en poco tiempo, me hacía sentir cosas que no había sentido nunca, por mucho que me costara aceptarlo.*



## 24. *Antiguas relaciones*

Era muy consciente de que me estaba acostumbrando a estar con Max. Esperaba ese momento del día incluso con ansia. Y el sexo, aunque seguía siendo increíble, no era la única razón por la que quería verlo. No tenía ni idea de hacia dónde nos llevaría aquella relación, pero prefería no anticipar nada y vivir el día a día. Así que sacudí la cabeza para sacar todos esos pensamientos de ella y continué caminando.

Acababa de salir de la cafetería e iba camino de casa de Max. Esa había sido una de las mañanas en las que Bruno me había pedido que me llevara a Thiago, por lo que había cogido el metro. Mi hermano había ido a recogerlo hacía más de una hora. Insistió en esperarme para que me fuera con ellos, pero decidí volver dando un paseo.

Después de un buen rato caminando, y cuando ya casi había llegado, pasé por delante del escaparate de una pastelería y me paré: había un pastel de queso que tenía una pinta estupenda. Además, me acordé de que Max me había comentado en alguna ocasión que le encantaban ese tipo de pasteles.

Al llamar al timbre me sentí algo ridícula con el pastel en las manos, pero ya estaba hecho. Max abrió la puerta y una sonrisa iluminó su cara.

—Hola.

—Buenas, ¿ha pedido un pastel a domicilio?

—¿De qué es?

—De queso.

—Eres la mujer de mi vida.

—Lo sé.

Sabía que era una conversación en broma y, precisamente por eso, me dio rabia que no pudiera ser real.

Max me recibió con un beso que hizo que se me olvidara todo lo que había estado pensando durante la tarde. Nos sentamos a cenar y nos pusimos a

hablar, como cualquier pareja normal, con la salvedad de que nosotros no lo éramos.

—Por cierto, Eli, hace tiempo que quiero preguntarte algo.

—Dime.

—¿Has tenido alguna vez una pareja formal? —No pude evitar que me diera la risa.

—Pero, tú, ¿de qué época eres? ¿Pareja formal? ¿Eso qué es? No serás un vampiro del siglo pasado, ¿verdad?

—Pero ¿qué dices?

—Era una broma.

—No te cachondees de mí. Ya me has entendido. —Se puso serio y yo intenté aguantarme la risa.

—No, no he tenido una relación formal. Lo máximo que estado con alguien han sido seis meses, pero diré en mi defensa que no soy tan vieja como tú.

—Estás muy graciosa hoy, ¿no?

—¿Verdad que sí? Y tú, ¿alguna relación formal? —No podía evitar sonreír mientras decía esas palabras, me parecían tan anticuadas...

—¿Puedes dejar de decirlo con tanto retintín?

—Puedo, pero no quiero. —Le lancé un beso, y él me devolvió una sonrisa que me dejó momentáneamente sin palabras.

—Pues salí con alguien durante más de diez años.

—¡¡Diez años!! Definitivamente, eres muy viejo.

—En mi defensa diré que empezamos muy jóvenes, yo apenas tenía dieciséis años.

Nos quedamos callados un rato. Yo procesando la información y él supongo que perdido en sus propios recuerdos. Diez años era mucho tiempo; preferí no preguntarle por qué lo dejaron y decidí cambiar de tema. Estaba siendo cobarde, pero para mí una década junto a alguien era demasiado.

—Y después de esa, ¿alguna otra pareja formal?

—Bueno, en realidad soy tío de tener relaciones largas, pero ninguna tan larga como esa. Salí con otras dos chicas durante un año, más o menos, y...

—¿Saliste con las dos a la vez? —Sabía que no, pero me encantaba picarlo.

—No, mujer, no, lo que quería decir es que tuve dos relaciones, en diferente franja de tiempo, con dos chicas distintas, pero la duración de ambas relaciones fue de un año. ¿Ha quedado claro ahora?

—Clarísimo. Y luego está Sofia.

—Sí, pero con Sofía fue menos tiempo y...

—No quiero saber detalles, gracias.

Nos quedamos un momento en silencio hasta que Max volvió a hablar.

—¿Todos los chicos con los que has salido eran como tú?

—No sé a qué te refieres. —Lo sabía perfectamente.

—Bueno... si llevaban tatuajes, si...

—Si lo que quieres saber es si se planchaban el pijama, la respuesta es no. Hasta ahora no había estado con ningún viejo.

Max dio un salto de la silla, se acercó hasta donde yo estaba y pasó su mano por mi nuca haciendo una suave presión y acercándose hacia él. Cuando juntó sus labios con los míos la piel se me erizó. Sabía que estaba demostrándome que no era ningún viejo. Cosa que yo ya sabía, pero que, por lo visto, a él le preocupaba en exceso.

\* \* \*

Nos habíamos quedado dormidos en el sofá. Miré el móvil y marcaba las tres de la mañana. Por un momento me tentó la idea de dar media vuelta y volver a dormirme. Max me tenía medio abrazada y no había un sitio donde prefiriera estar que ahí. Pero, justo antes de volver a dormirme, fui consciente de que despertaría junto a él. Nunca nos habíamos levantado juntos, y aunque la idea me tentaba en exceso, decidí que lo mejor era irme a casa. Así que recogí mis cosas en silencio, me vestí y me dirigí hacia la puerta.

Antes de salir, me giré para mirarlo. Creo que llegados a ese punto tenía tantos sentimientos hacia él que no sabía muy bien qué hacer con ellos. Sentí muchísima rabia de que las cosas no pudieran ser diferentes entre nosotros.

## 25. *Esto*

Los días fueron pasando y yo compaginé el trabajo en la escuela con servir cafés.

Me acostumbré rápido a los dos, y aunque lo segundo lo hacía solo por sacarme algo más de dinero, no me disgustaba. El trabajo con los peques simplemente me apasionaba.

Bruno esperaba a Sofía algunos días a la salida del trabajo y comían juntos, pero para desesperación de ella la cosa no pasaba de una buena amistad. Habían conectado muy bien y se percataron de que tenían muchas cosas en común; además de que Sofía y Thiago se llevaban de maravilla, pero había algo que hacía que mi hermano no diera el paso.

Sofía y yo bromeábamos sobre esto. Yo le decía que tomara la iniciativa, pero desgraciadamente ella no era así, por lo que estaban completamente atascados. Alguna vez había sacado el tema con Bruno, pero, con una sonrisa en la cara, me había dicho que, si no quería que él se metiera en mis cosas, lo dejara en paz. Por lo que preferí dejar de preguntar.

Bajaba a casa de Max casi a diario, al principio me iba nada más acabar de acostarme con él. Decidí que era mejor así, estaba muy bien con él, cada vez teníamos más confianza y empezábamos a comportarnos como una pareja, por lo que llegué a la conclusión de que, si no quería salir mal parada, lo mejor era cortar los ratos en los que me sentía más vulnerable. Así que nada más acabar de acostarnos me vestía y me iba a casa de Bruno. Pero Max aprendió que si no iba a quedarme después tendríamos que hacer cosas antes, por lo que alargaba la hora de acostarnos lo máximo que aguantábamos. Un día cenábamos juntos, otro día veíamos una peli, y había días que simplemente hablábamos hasta las tantas.

Me estaba empezando a enamorar de él. Y aunque Max tenía razón y no nos parecíamos en nada, para mí no era un problema. No obstante, para mi

desesperación, Max seguía sin querer salir de su casa conmigo. Le había propuesto ir a cenar, al cine, salir de excursión... y siempre me encontraba con una negativa por su parte. El mensaje estaba claro: lo que quieras, pero aquí dentro, no voy a salir de mi casa contigo.

Yo estaba muy bien con él, pero tenía que tomar una decisión. No podía tolerar que se avergonzara de mí, y mucho menos podía seguir enamorándome de él cuando el sentimiento no era recíproco.

Esa noche bajé la guardia, sabía que aquello pronto se acabaría y quería saborear todos los momentos, por lo que me quedé un poco después de habernos acostado.

Max acariciaba mi espalda y yo estaba entrando en un sopor del que tenía que salir o al final me quedaría dormida. Así que decidí quemar mi último cartucho.

—Este jueves representan una obra de teatro que me encantaría ir a ver.

—Eli... ya lo hemos hablado.

—En realidad, tú lo has hablado y yo sigo tus reglas.

—Lo decidimos los dos al empezar esto.

—*¿Esto?* Normalmente no me gusta ponerle nombre a las cosas, pero «esto» define a la perfección lo que tú y yo tenemos. —Me levanté de la cama. Ya había bajado la guardia lo suficiente.

—No te enfades, que mañana no nos vemos.

—Pásatelo muy bien en la despedida.

Sin más, di media vuelta, me vestí y subí a casa de Bruno. Estaba enfadada, siempre que Max me daba una negativa me enfadaba, más conmigo misma que con él. Tenía que poner fin a «esto» y no tenía ni idea de cómo hacerlo; bueno, sí lo sabía, lo malo era que no quería dejar de verlo.

## 26. Celos

*La noche anterior Eli se había ido mosqueada, y no la culpaba, me estaba comportando como un auténtico gilipollas.*

*No sabía qué era lo que me pasaba. Estábamos muy bien en mi casa, habíamos creado nuestro propio espacio y no quería cambiarlo por nada. Me decía a mí mismo que si optábamos por salir, quizá, se perdería la magia que teníamos allí dentro. Pero no podía engañarme siempre, y Eli tenía mucha razón, no me acababa de ver con ella. Era una tía increíble, mucho más de lo que pensé en un principio, y era preciosa, pero once años era mucha diferencia de edad. Además, ella era lo opuesto a mi estilo de chica, y no solo físicamente; su personalidad era tan arrolladora que muchas veces no sabía por dónde iba a salir, y eso me desconcertaba hasta el punto de que no me gustaba cómo me hacía sentir. Su manera de vestir, sus tatuajes, sus pendientes... no tenían nada que ver conmigo. No, definitivamente estábamos muy bien en mi casa.*

*Oí el timbre y salí a abrir. Bruno esperaba apoyado en el marco de la puerta. Llevaba una camiseta negra básica, con unos tejanos y unas Converse del mismo color. No pude evitar sentir que me había arreglado demasiado.*

*—¿Vamos de despedida o de boda?*

*—Qué gracioso eres.*

*—En serio, tío, ¿no te agobia ir siempre vestido así?*

*—Así, ¿cómo?*

*—Con camisa, con traje, así. —Me señaló de arriba abajo.*

*—Me gusta ir arreglado, lo que tú llevas puesto para salir yo me lo pondría para ir de barbacoa. —A Bruno le dio la risa y yo no le encontré la gracia por ningún sitio.*

—Eli tiene razón, eres un puto estirado. —Él continuó riendo, y yo me fui cabreando más.

Isma había decidido que quería una despedida tranquila; una cena con amigos y unas copas en el local de siempre. Me pareció buena idea.

Acabábamos de sentarnos. Yo estaba al lado de Bruno, pero de espaldas a la puerta, por lo que no entendí el revuelo que se organizó entre los chicos. Hasta que me di la vuelta y vi a Eli y a Sofía sentadas a dos mesas de distancia. Como Bruno también se había girado, Eli se levantó a saludar, Sofía vino detrás de ella.

—Hola, chicos. —Le dio dos besos a Bruno, a mí ni siquiera me miró—. Pensaba que estabais de despedida, ¿sois demasiado mayores para una fiesta de verdad? —Sabía que eso iba por mí, pero Eli seguía sin mirarme.

—A ti iba a enseñarte yo lo mayor que soy. —Edu era tan gracioso que me entraron ganas de cerrarle la boca de golpe.

—No te pases, Edu, que es mi hermana.

—Pues por eso se lo digo, si fuera tu novia no habría abierto la boca. —Bruno se echó a reír y yo no le vi la gracia por ningún sitio, aunque la risa se le cortó de golpe con el siguiente comentario de Aleix.

—Y la preciosidad rubia, ¿cómo se llama?

—Eso creo que va por mí. Soy Sofía, encantada. —Sofía se sonrojó y saludó a todos con la mano.

—Bueno, chicos, os dejamos, que se nos enfría la cena.

Se fueron a su mesa y los chicos continuaron hablando de ellas un buen rato más. Al final callaron porque pensaban que a Bruno le estaba sentando mal que conversaran sobre el físico de su hermana, pero, en realidad, lo que no soportaba era que estuvieran hablando así de Sofía.

Cuando terminamos de cenar las chicas ya no estaban, y yo respiré aliviado. Decidimos ir a un local cercano para no tener que coger el coche.

Al entrar el ambiente era asfixiante y el sitio estaba a tope. Quizá Eli tenía razón y me estaba haciendo mayor, porque solo pensaba en el momento de salir de allí.

Eran cerca de las tres de la madrugada, habíamos bebido más chupitos de los recomendables y me había apoyado en la barra porque estaba empezando a perder estabilidad. Me fijé más en la gente que había alrededor y fue entonces cuando la vi.

Reía con la cabeza echada hacia atrás. Había bebido, aunque

*seguramente menos que yo. No había ni rastro de Sofía. Y entonces observé que estaba hablando con Edu, mi compañero de trabajo y el que le había echado el ojo nada más verla.*

*Una sensación extraña me invadió. Una cosa que no había sentido antes, pero que hizo que respirara con dificultad. Un calor raro recorrió mi cuerpo y entendí que lo que me pasaba era que estaba celoso. Mandaba cojones que no hubiera sentido celos nunca y que lo hiciera ahora, con la relación tan extraña que teníamos Eli y yo.*

*Me propuse mantenerme donde estaba. No era nadie para ir allí, y aunque lo fuera, ella y Edu solo estaban hablando; se manoseaban mucho más de lo que me hubiera gustado, pero me tocaba joderme.*

*Estaba tan absorto, mirando a Eli, que no me había fijado en que Bruno se había acercado hasta mí.*

*—Max, me voy a casa. ¿Puedes echarle un ojo a Eli? Simplemente para que coja un taxi cuando vuelva a casa, y si se va con Edu que cojan un taxi los dos, ya que han bebido bastante. —¿Cómo que si se iba con Edu? ¡Y una mierda!*

*Asentí por no ponerme a discutir allí, ya que el volumen de la música no nos dejaba hablar sin gritar.*

*Volví a mirar a Eli, pero algo hizo que mirara en la dirección en la que se había ido Bruno. Y allí estaba Sofía, esperándolo para salir con él. En mi cara se dibujó una sonrisa. Por fin se habían decidido.*

*Volví la vista hacia Eli y noté que Edu y ella estaban mucho más juntos; sus cuerpos se rozaban y Edu apartó un mechón de pelo de la cara de ella. Eso fue la chispa que encendió mi mecha. Llegué hasta donde estaban en apenas cuatro zancadas.*

*—¿Qué se supone que estás haciendo, Edu?*

*—Eh... Nada —contestó, pero yo ni siquiera lo miré.*

*—Estamos haciendo lo que nos da la gana, ¿tienes algo que decir? —Eli me miraba con desafío. Tardé un rato en contestar. Miré a Edu, él tenía unos años menos que yo, y hacían muy buena pareja, eso aún me cabreó más.*

*—Tu hermano me ha dicho que cuide de ti.*

*—Ya soy mayorcita y no necesito canguro, gracias. ¿Por qué no vas a ver si te ligas a alguien del Imsero?, como sé que te preocupa tanto la edad...*

*Se dio media vuelta y continuó tonteando con Edu como si yo no estuviera allí, MIRANDO.*



*—Eli, nos vamos a casa. Ahora.*

*—Me iré a casa cuando me dé la gana.*

*Edu nos miraba al uno y a la otra sin entender nada. Por fin se dignó a hablar.*

*—Eres preciosa y un encanto, pero no quiero problemas, y menos con Bruno.*

*Le dio un beso en la mejilla a Eli y se fue. Y yo respiré aliviado, por lo menos, hasta que ella habló.*

*—Te has pasado de la raya. Ni siquiera has tenido los cojones de decirle que estamos juntos, aunque solo sea dentro de tu casa; has utilizado a mi hermano de escudo como un auténtico cobarde. Eso o que, simplemente, te importo una mierda. Se acabó, Max, ni en tu casa ni fuera de ella, esto se acabó.*

## 27. *Sofía y Bruno*

Iba subida en el taxi, camino a casa de Bruno, y pensé que de un momento a otro escupiría fuego por la boca. No podía ser verdad, el señor mayor y adulto se había comportado como un auténtico gilipollas inmaduro.

Edu y yo habíamos bromeado e, incluso, al percatarme de que Max estaba mirando, alargué más de lo necesario el tonto. Incauta de mí, pensé que quizá eso haría reaccionar a Max y destaparía nuestra relación. Lo dicho, una ingenua.

Ahora estaba tan mosqueada que me iba apartando las lágrimas a medida que iban cayendo. Me negaba, después de todo, a llorar por él.

Tan ofuscada me encontraba con el tema que, al llegar a casa de Bruno y entrar en la cocina, tardé más de la cuenta en entender lo que estaba viendo.

—¿Sofía?

—Hola, Eli. Teníamos hambre y he venido a buscar algo de comer, espero que no te importe. —A medida que hablaba se iba poniendo más roja, incluso con la oscuridad que había en la cocina podía verlo.

—Qué me va a importar, solo que estoy muy sorprendida de que Bruno te haya metido en casa.

—Ya... no sé... yo estoy alucinando con todo. —Una sonrisa de lo más tonta se dibujó en su cara, y yo pasé de hacer preguntas.

Sofía llevaba puesta una camiseta de mi hermano, me fijé más detenidamente en ella. Había sido novia de Max y ya sabemos que las comparaciones son odiosas; cuando estaba a punto de hiperventilar, mi hermano apareció por la puerta.

—¿Qué hacéis aquí a oscuras y tan calladas?

—Yo comparando el cuerpo de Sofía con el mío. —Mi hermano se atragantó con el agua que estaba bebiendo.

—Eli, era una pregunta retórica. ¿Te he dicho alguna vez lo guapa que estás callada?

—Sí, lástima que me pase tus comentarios por el forro. Por cierto, si vais a continuar haciendo guarradas, mejor sin mucho ruido, que quiero dormir.

Sofía se puso tan roja que pensé que explotaría; pobre, lo había dicho para chingar a mi hermano, no para que ella se sintiera incómoda.

Una hora después, entendí que, por muy molesta que se sintiera Sofía, no iba a tener mi comentario en cuenta. En esa casa era imposible dormir. Menos mal que Thiago se había quedado a pasar la noche en casa de Lourdes. Bueno, también era verdad que si Thiago estuviera en casa, seguramente, no hubieran hecho tanto ruido.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, no había nadie en casa. Así que me preparé un desayuno digno de una reina y estuve debajo de la ducha mucho más tiempo del que acostumbro.

Era tarde, como me había costado tanto dormirme, se me habían pegado las sábanas, pero me extrañó no ver por allí a los amantes incansables. Quizá Bruno había llevado a Sofía a su casa.

Salí a dar una vuelta y me paré a tomar algo. No entiendo mucho a quien no le gusta sentarse solo en un bar, a mí me encanta. Estuve un buen rato contemplando a la gente. En Blanes nos conocemos todos y siempre te cruzas con las mismas personas, en Barcelona cruzarse con un conocido es mucho más difícil.

Me tomé una cerveza y una ración de patatas bravas. Estaban tan buenas que me las comí como si no hubiera un mañana, y eso que no hacía tanto que había desayunado.

Cuando llegué a casa, continuaba estando sola. Había alargado el vermú y ya no tenía nada de hambre, así que me puse cómoda y me eché en el sofá. No llevaba ni cinco minutos tumbada cuando me levanté.

No quería hacerlo, no quería estar pendiente del móvil, pero aun así lo miré. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Suspiré y decidí volver a salir. Si continuaba allí estaría mirando el teléfono cada dos minutos. Así que me fui a dar una vuelta con la moto. Iría a la playa; ya no hacía tiempo para bañarse, pero me encantaba pasear por la orilla del mar.

Pasé allí bastante tiempo. Me había dejado el móvil en casa para no estar pendiente de él. Lo único que cogí fue un libro. Me senté en la arena a leer y me enganché tanto que cuando me percaté era bastante tarde.

Al llegar a casa, Bruno y Thiago ya estaban allí.

—Hola, preciosa, ¿estás bien?

—Perfectamente. No voy a hacerte yo esa pregunta porque tu cara lo dice todo.

—Digamos que... ha valido la pena esperar.

Me guiñó un ojo y yo casi salí corriendo a mi cuarto. Necesitaba mirar el móvil. Cuando lo cogí, intenté no hacerme ilusiones; pero, al desbloquearlo, algo en mí se rompió. No en plan el corazón, fue más bien una reafirmación de lo que le dije la noche anterior. Fue una confirmación de que yo no iba a estar con alguien con quien tuviera que vivir una relación a escondidas porque no se sintiera orgulloso de mí. Yo era así, a quien le gustara bien, y a quien no, tenía que sacarlo de mi vida. Y eso era exactamente lo que iba a hacer. No pensaba cambiar ni por él ni por nadie. Nunca.

## 28. *Salir a correr*

Esa mañana me desperté temprano. A Bruno le tocaba trabajar y yo le pedí quedarme con Thiago. Me encontré a mi hermano sentado en la cocina.

—¿Qué haces despierta tan pronto?

—No podía dormir más. ¿A qué hora te vas?

—Aún tardaré una hora, más o menos.

—Vale, pues voy a salir a correr un rato. Desde que estoy aquí no lo he hecho. No será lo mismo que correr al lado de la playa por el paseo de Blanes, pero lo importante es salir.

—Si no estuviera Thiago, te acompañaría. Últimamente voy del trabajo al gimnasio y de ahí a casa.

—Ya sabes que yo me quedo con Thiago encantada.

—Lo sé, lo sé. Anda, ve o al final se te hará tarde.

Me puse unas mallas y una camiseta, cogí mis cascos y salí a la calle.

Hacía tanto que no corría que ya casi no me acordaba de la liberación que suponía para mí. Aunque a los veinte minutos ya no podía más. Me paré a respirar un poco, incluso tuve que agacharme ligeramente. Volví a incorporarme sin mirar, por lo que choqué con alguien. Al levantar la vista una sonrisa asomó a mi cara.

—No me puedo creer que también te guste correr. Tenemos demasiadas cosas en común.

—Pues la verdad es que sí. —No pude evitar fijarme, una vez más, en la bonita sonrisa que tenía José.

—A mí me encanta, pero he perdido fondo y ya no puedo más, me iba a casa.

—¿Te apetece tomar un café? —Soy débil ante el café, no puedo decir que no.

—Perfecto, pero pagas tú. Alguien me vendió una moto, preciosa pero carísima, y estoy a dos velas.

—Esa moto vale cada euro del precio por el que te la vendí.

—Eso es verdad, pero que estoy sin un euro también lo es. Además, no te hagas tanto de rogar que solo es un café.

—Pero si yo no te he dicho que no... Anda, vamos.

Fuimos hablando todo el camino, los temas con José parecían no tener fin.

Decidimos ir a una panadería que había al lado de donde vivía Bruno. Yo no podía quedarme mucho rato, ya que tenía que subir a cuidar de Thiago y al estar cerca era mucho más cómodo.

Estaba acabándome el café cuando vi entrar a Max por la puerta. No habíamos vuelto a hablar desde la *despedida*. Lo último que le dije fue que ya no estábamos juntos, por lo que un nudo oprimió mi garganta al verlo. Saber que no podría volver a besarlo hacía que ese nudo cada vez apretara más. Ni siquiera tenía claro si iba a saludarme o si, como hacía habitualmente, me trataría como a la hermana pequeña de su mejor amigo y pasaría de mí. Esta vez se acercó.

—Hola, Eli, ¿qué tal?

—Hola, Max, pues bien.

—¿No vas a presentarnos? —Odio cuando los tíos se ponen en plan posesivos. No se lo iba a consentir, y menos a Max.

—Claro. José, él es Max, el mejor amigo de mi hermano mayor. Max, él es José, el mecánico.

Puse especial énfasis en cuatro palabras: «hermano mayor» y «el mecánico», como si eso lo explicara todo.

Max puso cara de mosqueo, algo no le había sentado bien. No tenía claro si era que estuviera desayunando con José o que lo hubiera presentado exactamente de la misma manera que hacía él conmigo. Pero me daba bastante igual cualquiera de las dos cosas, ya era hora de que probara su propia medicina. También advertí rápido que todo aquello era absurdo, Max y yo ya no estábamos juntos y lo que habíamos tenido no sabría exactamente cómo calificarlo.

El silencio se estaba alargando hasta convertirse en incómodo, por lo que decidí acabar con él.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a desayunar solo? —No era mi intención saber si estaba con alguien, pero me extrañaba que bajara solo. Max era

bastante cuadriculado en su rutina, y pocas veces desayunaba fuera de su casa.

—No, he venido a comprar unos dulces que le encantan a mi madre. Voy a ir a verlos.

—Ah, perfecto, pues que te vaya bien.

Me giré y continué hablando con José como si Max no estuviera allí, taladrándome la nuca con su mirada.

Se dio media vuelta, pidió los dulces y salió de la panadería sin decir ni adiós.

—¿Y ese quién es? —Con esa pregunta, José me sacó de mi pequeño aturdimiento. Había desconectado de lo que me estaba diciendo y no fui consciente.

—Ya te lo he dicho, el amigo de mi hermano.

—Ya, claro...

—Mira, José, tenemos un montón de cosas en común y eres muy majo, pero no quiero nada contigo. Eso está claro, ¿verdad?

—Clarísimo, más que nada porque yo tengo pareja y estoy muy enamorado de él.

—Perfecto, pues con las cosas claras, te cuento.

Con José tenía tanta confianza que me daba la sensación de que lo conocía desde hacía mucho. Así que le expliqué casi toda la historia que habíamos tenido Max y yo. En realidad, no había mucho que explicar, porque acabé muy pronto con el resumen.

—Ese tío tiene un montón de prejuicios, te lo digo yo, que sé de lo que hablo.

—¿Tú también tienes prejuicios con la edad?

—Con la edad no, yo tuve un montón de prejuicios con mi pareja, porque a mí la homosexualidad no se me nota, pero a él sí. Me costó mucho aceptar eso.

—No tenía ni idea de que entre los homosexuales también teníais prejuicios.

—Lamentablemente, prejuicios tenemos casi todas las personas sin importar género, edad, raza u orientación sexual...

Nos quedamos un rato en silencio. José fue el primero en volver a hablar.

—Si me necesitas para darle celos o algo, dímelo.

—Si necesito a alguien para darle celos a otra persona es que esa relación no es la mía.

—¿Sabes que seguramente eres mucho más madura que él, aun con la diferencia de años que os lleváis?

—Eso lo tengo clarísimo.

Nos acabamos el café y me despedí de José. Quedamos para salir a correr al día siguiente a la misma hora.

Subí los escalones de dos en dos. Al final llegaba tarde y mi hermano tenía que irse.



## 29. Ella

*Sabía que Eli estaba enfadada y también sabía que, si no me veía teniendo una relación con ella, aquel era el momento de dejarlo correr. Pero al bajar a la panadería y verla junto al mecánico algo en mí se rebeló. Claro que lo que no podía hacer era no querer tener nada serio con Eli y no dejar que ella estuviera con nadie; era absurdo, además de imposible. Y, sobre todo, sabía que las cosas se arreglarían si empezara con ella una relación. A Eli, como a cualquier persona, no le sentaba bien que la presentara como lo hacía.*

*Mi cabeza no paraba de dar vueltas. No estaba seguro de si lo nuestro funcionaría siendo pareja. Lo que estaba claro era que Eli me había dado puerta y no tenía ninguna intención de volver a lo que teníamos antes.*

*Esperé durante días para ver si me mandaba algún wasap o bajaba a mi casa para hablar, pero, al no hacer ninguna de las dos cosas, supe que para ella se había acabado lo que fuera que teníamos.*

*En un principio, vi mejor dejarle algo de espacio, pero luego entendí que era el momento perfecto para apartarme; si no quería una relación con ella, tenía que dejar las cosas como estaban. Aunque había algo que no encajaba. Si estaba tan seguro de que lo nuestro no iba a funcionar, ¿por qué me estaba costando tanto sacarla de mi cabeza? ¿Y por qué la echaba tanto de menos?*

*Continué dándole vueltas a todo hasta que llegué a casa de mis padres. Entonces pensé que la cabeza me explotaría, pero mi día no había hecho más que empezar.*

*Nada más abrir la puerta, por la cara que tenía mi madre, supe que algo tramaba.*

*—Ya era hora, hijo, últimamente no hay quien te vea.*

—Ya sabes que trabajo y que no vivís precisamente a la vuelta de la esquina.

—Recuerda que fuiste tú el que te quisiste ir, dándome un disgusto que casi me lleva al hospital.

Mi madre era así, todo dramas. Decidí callarme o la cosa se alargaría hasta que fuera la hora de irme.

—¿Y papá?

—Está dentro. Verás, es que no te lo vas a creer. —Se me pusieron los pelos de punta—. ¿A que no sabes quién ha venido a vernos?

—Ni idea, mamá. —Lo sabía perfectamente, solo había una persona que conseguía que mi madre estuviera de tan buen humor.

—Pues pasa y echa un vistazo.

Efectivamente, cuando llegué al salón mi padre estaba acompañado de la última persona a la que quería ver en esos momentos.

—Hola, Max.

—Hola, Ángela. ¿Qué tal?

Estaba igual que siempre: preciosa. En cierta manera, Ángela me recordaba a Sofía; las dos eran rubias, altas, guapas y con una belleza que no llamaba excesivamente la atención.

Ángela y yo habíamos sido novios desde que acabamos el colegio. Estuvimos tanto tiempo saliendo juntos que todo el mundo pensó que íbamos a casarnos. Cuando digo todo el mundo también la incluyo a ella. En esos momentos, mientras la miraba, no tuve claro cuál fue la razón para romper con ella.

Puse la excusa de que iba a irme fuera, pero yo soy de los que si quiero a una persona de verdad no la dejo por un trabajo. Se habla y se decide qué hacer, pero entre los dos.

Alguien carraspeó y comprendí que llevaba mucho rato mirándola.

—Hijo, Ángela te está hablando.

—Nada, solo te decía que estaba bien.

Me entraron ganas de decirle que ya me había dado cuenta de que estaba bien, pero me callé. Entonces una morena de pelo negro y brazos tatuados pasó por mi cabeza, a ella sí le hubiera hecho ese comentario. Moví ligeramente la cabeza para sacarla de ahí. Como si fuera así de fácil.

Pasamos un día agradable. Después de tantos años saliendo juntos, la relación de Ángela con mis padres era estupenda. Además, ellos habían

*continuado viéndose, por lo menos, una vez a la semana, cuando coincidían en misa los domingos.*

*Mi madre era muy poco sutil, y aunque no soportaba todos los intentos por hacer de celestina, lo dejé correr; para un día que iba a verlos... Cuando ya casi era la hora de irme, mi madre dio pie a que se soltara la bomba.*

*—Vamos, díselo, Ángela. —La sonrisa en la cara de mi progenitora no presagiaba nada bueno.*

*—Anda, Concha, vamos a dejar a los chicos solos.*

*Mi padre la agarró de la mano para hacerla salir, pero ella no se fue nada convencida. Cuando por fin cerraron la puerta, me giré hacia Ángela.*

*—Pues, tú dirás.*

*—Que conste que ha sido idea de tu madre, ya sabes cómo es ella y cuánto me aprecia. Yo lo encuentro una locura y no lo acabo de ver. Si no lo ves bien solo tienes que decirlo. —¿Por qué le daba tantas vueltas? ¿Por qué no lo decía de una vez?*

*—Vamos, suéltalo. —Por lo visto, no estaba acostumbrada a que le hablara así, porque abrió los ojos como platos.*

*—Pues he encontrado trabajo en Barcelona. Empiezo mañana, pero no tendré las llaves del piso de alquiler en el que voy a vivir hasta dentro de una semana, por lo que tu madre ha sugerido que podría vivir contigo.*

*—¡¡¿Mi madre?!! ¿La mujer más católica que conozco, que no está de acuerdo con las relaciones antes del matrimonio, te ha dicho que vivamos juntos?*

*—Ha dicho que tenías más de una habitación. —Ángela se ruborizó, y a mí me sorprendió que a una mujer adulta, con la que además ya me había acostado, le subieran los colores por esa tontería. Una morena que no se sonrojaba jamás volvió a pasar por mi cabeza, me levanté de la silla para despejarme y sacarla de ahí.*

*Fui en busca de mi madre; si me hubieran pinchado en ese momento, no creo que hubiese reaccionado. La encontré en la cocina.*

*—¿En serio le has dicho a Ángela que puede vivir conmigo? —Mi madre se sobresaltó al oírme, pero se dio la vuelta y me miró con una sonrisa plantada en la cara.*

*—A ver, hijo, solo durante una semana.*

*—¿Me estás diciendo que aceptas que me acueste con ella?*

—Pero ¿¡qué dices!>? Tienes tres habitaciones, podéis dormir cada uno en una. —Alzó la vista y me miró con cara de enfado.

—Lo cual no quita que estaremos viviendo en la misma casa. ¿Eso no es pecado o algo así?

—Vamos a ver, hijo. Te estás haciendo mayor y es hora de que sientes la cabeza; debes tener hijos ya, o a la mujer que elijas se le pasará el arroz.

—Mamá, hablamos de mujeres, no de paellas. —Cada vez que iba a visitar a mis padres, mejor idea me parecía la decisión que tomé al irme.

—Tú ya me entiendes. Ya es hora de que te cases...

—No, no te entiendo, pero vamos a dejarlo o discutiremos como siempre. Así que, según tú, nadie mejor que Ángela para ocupar ese puesto.

—Ángela es perfecta para ti, es una mujer estupenda y hacíais muy buena pareja.

—Tú lo has dicho, mamá: hacíamos. Ya no estamos juntos. No quiero que organices mi vida, fue precisamente por eso por lo que me fui. Yo no comparto vuestras creencias y no puedes inculcarme lo que tú crees ni lo que tú quieres.

—No se trata de mis creencias, y haz el favor de no hablar así. Sabes que no me gusta que te acuestes con cualquiera, aunque ahí no puedo hacer nada y está claro que en un hombre no está tan mal visto como en una mujer. Aunque deberías escoger bien a la persona con la que quieres compartir el resto de tu vida.

—Me encanta la vara de doble rasero que utilizas para todo, mamá. Ser machista debe de venir como asignatura obligatoria en todas las religiones.

—Mi madre y yo siempre acabábamos discutiendo, por ese motivo no iba más a menudo a verlos—. Además, tú sabes que existe el divorcio, ¿verdad?

—No entiendo a la juventud de hoy día, que aún no se ha casado y ya está pensando en divorciarse.

—Mamá, no he venido a discutir contigo. Yo respeto tus creencias, pero no las comparto. —Empezaba a dolerme la cabeza y quería salir de allí lo antes posible.

—¿Has conocido a alguien? ¿Es eso? —Por una fracción de segundo dudé. Quizá si le decía que sí, mi madre me dejaría en paz. Luego la escena de mi madre conociendo a Eli pasó por mi cabeza y casi me dio la risa. Mi beatísima progenitora entraría en shock.

—No es eso, mamá. Está bien, tú ganas... Ángela podrá pasar una semana

*en mi casa, pero solo una semana.*

*—Claro, hijo, voy a decírselo.*

*Mi madre salió corriendo hasta el salón, donde estaba Ángela, y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, mi padre había entrado en la cocina.*

*—Hijo, no entiendo por qué cedes siempre con ella. ¿Tú sabes dónde te estás metiendo?*

*—En realidad, no tengo ni idea.*

*Mi padre tenía más razón que un santo. Me lo dije a mí mismo cuando cargaba las maletas de Ángela en mi coche y mientras hacía el viaje con ella a mi lado. Pero ¿dónde coño me había metido?*

### *30. Con mi cuerpo hago lo que quiero, que para eso es mío*

Quizá había sido demasiado impulsiva, como siempre. Estuve dándole vueltas durante mucho tiempo y, al final, el domingo por la noche decidí bajar a su casa. No quería arreglar las cosas ni nada por el estilo. Max no aceptaría tener una relación conmigo, y yo me negaba a volver con él para no salir de su piso. Pero mi hermano y él eran amigos y Max no había subido a su casa desde hacía días. Tenía que hablar con él para decirle que, por lo menos, nuestra relación fuera cordial; total, tampoco había pasado nada entre nosotros para que no lo fuera.

Me puse lo primero que encontré por casa y, después de dar más vueltas de las necesarias, llamé al timbre de Max.

Podría haberme imaginado mil situaciones, pero, desde luego, que me abriera la puerta una rubia preciosa no era una de ellas. Me quedé tan cortada que tardé un rato en reaccionar.

—Mmm... Esto, soy Eli, ¿está Max?

—Sí, un momento. —Se dio media vuelta y su siguiente comentario me sentó como una patada en el estómago—: Max, hay una jovencita que pregunta por ti.

¿En serio? ¿Una jovencita? Vale que no me había maquillado y que, posiblemente, con la ropa que llevaba parecía más joven de lo que en realidad era, pero por si no había sido bastante humillación encontrarme a una tía en casa de Max, ahora yo no era una mujer, era una jovencita. Y, además, ¡quién leche dice hoy en día la palabra «jovencita»!

Max apareció en la puerta poco después y por su cara de sorpresa supe que no me esperaba.

—¿Qué haces aquí, Eli? —«Por lo visto, el idiota».

—Pues ahora mismo no lo sé ni yo. Venía a decirte que puedes subir a casa de Bruno cuando quieras. Prometo comportarme. —Sonreí, pero con una sonrisa tan falsa que hasta Max se dio cuenta.

—Luego subiré. Verás, es que Ángela va a quedarse varios días y no me pareció apropiado subir con ella, estando tú...

—Tú y yo no somos nada, así que puedes hacer lo que quieras.

—Antes quería explicarte quién es Ángela...

—No hace falta. Es tu estilo de chica y, tal y como eres, no meterías a una desconocida en tu casa. Uniendo eso a que alguna vez me habías dicho que tu ex se llama Ángela, pues blanco y en botella. —Su cara de sorpresa me confirmó que había acertado de pleno—. Bueno, quizá ya no tan ex...

No obtuve respuesta porque Ángela llamó a Max y yo di media vuelta y me fui sin ni siquiera decir adiós.

Estaba tan impactada que no podía sentirme ni triste. No es que tuviéramos una relación formal, como diría Max. Incluso, al empezar lo que fuera que tuviéramos, habíamos quedado en que podríamos estar con otras personas. Todo eso sin contar que ya no estábamos juntos, pero por la manera de ser de él, simplemente, no lo esperaba.

Me metí en la ducha y acabé sentada en ella llorando a moco tendido. Me prometí a mí misma que sería el único sitio donde me permitiría llorar. No quería que Bruno me preguntara cosas que no podría responder y, aún menos, convertir aquello en un drama. Eso sí, tendría que coger fuerzas, porque ver a Max con otra no me iba a resultar fácil.

Estuve mucho más tiempo del necesario dentro del lavabo. Por mucho que intentara hacerme la fuerte, la escena me había afectado más de lo que quería reconocer.

Cogí aire y salí al salón. Allí estaban mi hermano y Sofía. Por lo visto, quitarse las manos de encima se tornaba como algo que no eran capaces de hacer.

—Hola, Sofía.

—Hola, Eli. ¿Qué tal?

—Perfectamente. —Le hice una mueca, ya que mi hermano acababa de levantarse, estaba empezando a preparar la cena y no nos veía. Ella me preguntó con los hombros y yo le respondí con las manos. Parecía mentira lo bien que nos entendíamos sin hablar.

—Por cierto, chicas, viene a cenar Max, y por lo que me ha dicho trae

compañía. —Antes de contestarle, Sofia estaba a mi lado. Esa chica era lista y había encajado las piezas a la primera.

—¿Qué tipo de compañía? —Sofia lo estaba preguntando por mí, pero mi hermano se giró con el ceño fruncido.

—¿Y a ti qué más te da?

—A mí no me importa en absoluto, pero quiero saber con quién voy a cenar.

—Ah... Pues, por lo visto, su ex ha venido una temporada a vivir con él. Creo que me ha dicho que se llama Ángela.

No advertí que me había encogido ligeramente hasta que Sofia pasó su brazo por mis hombros. Una cosa era estar casi segura de que era su ex y otra oír la confirmación en boca de mi hermano. Tuve que hacer un esfuerzo por no echarme a llorar. Me senté en el suelo y me puse a jugar con Thiago. Él siempre conseguía que me olvidara de todo.

Una hora después, llamaron al timbre. Yo cogí aire con fuerza e intenté no pensar que de las tres mujeres que cenábamos esa noche Max se había acostado con todas. Estaba casi segura de que sería incapaz de sacar esa imagen de mi cabeza.

Max fue el encargado de hacer las presentaciones, estaba más tenso de lo habitual. No me dio ninguna pena.

Cuando me presentó a Ángela me fijé mejor en ella. Era muy guapa, y totalmente del estilo de Max. No pude evitar que me invadiera la pena. No por el hecho de que yo no fuera su estilo, yo era así, si le gustaba bien y si no siempre podía volver con su ex, que era exactamente lo que había hecho. Me dio pena el hecho de que los prejuicios pesaran más que otras cosas.

—Ah, tú eres la chica que ha venido antes. —Agradecí que Bruno estuviera en la cocina. No pasaba nada por ir a casa de Max, pero prefería no tener que dar explicaciones.

—La misma. —No quise entablar conversación con ella. Sabía que Ángela no tenía culpa de nada, pero no me apetecía.

Nos sentamos a la mesa, y prácticamente no abrí la boca en toda la cena. Bruno me miraba raro, porque no soy precisamente de las que mantienen la boca cerrada durante mucho tiempo.

Me quedé de piedra cuando Max se levantó a buscar una botella de vino, y Ángela le cortó la carne. No pude evitarlo y me eché a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. Simplemente no sabía que Max era un crío al que hay que cortarle



hasta la carne. —No era mi intención ridiculizar a Ángela, pero Max se las daba de tan adulto que eso me repateó. En aquel momento entendí que, hasta entonces, Max no había tenido parejas, había estado con mujeres que ocupaban el papel de madre. Y luego resultaba que la «jovencita» era yo.

Max puso cara de mosqueo y miró a Ángela algo mal, aunque a esta pareció darle exactamente igual.

Ya casi habíamos acabado, y estaba a punto de levantarme cuando Ángela se dirigió a mí.

—Y tú, Eli, ¿no tienes pareja? —Max casi se atragantó con el vino.

—Pareja no, salgo con algunos, pero ninguno fijo.

—¿Qué quieres decir, que sales con más de un chico?

—Exactamente. —Arrugó la boca como si hubiera olido algo desagradable.

—Ah... —Estuvo unos segundos callada, pero por su expresión supe que no había acabado de preguntar—. ¿Y no te dicen nada por llevar tantos tatuajes?

—Esa tía debía de caerles muy bien a los padres de Max. Por lo que me había explicado este, compartía con ellos su manera de pensar.

—Lo que diga un tío acerca de mí o de mi cuerpo me la resbala bastante. Hago con él lo que me da la gana, que para eso es mío. —Vi por el rabillo del ojo sonreír a Bruno.

—No, si tienes razón, pero no sé, eres tan mona...

—Ya, pero es que los tatuajes y los *piercings* no hacen que sea menos «mona» —dije esa última palabra con todo el retintín que pude—. Y, por cierto, hasta el momento ninguno se ha quejado, lo que más les gusta es el *piercing* que tengo ahí abajo.

Vi la cara, primero de sorpresa y luego de horror, de Ángela y estuve a punto de acabar la frase diciéndole que a Max lo volvía loco, pero me levanté de la silla y llevé mi plato a la cocina.

Oí a mi hermano reír y a Max toser. Antes de salir de la cocina, Sofia estaba a mi lado.

—¿Estás bien?

—He estado mejor.

—No creo que lo haya dicho con mala intención, pero desde luego estaba fuera de lugar.

—Igual me he pasado, a veces soy algo burra.

—Ya, pero es que tú eres así. A quien le guste bien, y a quien no... Y, por cierto, a mí me encantas. —Me lanzó un beso desde la puerta y se fue.

Yo me despedí de todos desde la puerta con un adiós y salí de allí lo más rápido que pude. Cogí la moto y deseé que el aire y la velocidad borrarán la tristeza que sentía. Una pena que las cosas no fueran tan fáciles.

### 31. Una relación formal

*La cena había sido tensa y deseé que se acabara desde el momento en que llegué a casa de Bruno. Sabía que lo sería, pero no podía estar rehuyendo a Eli siempre, aunque, desde luego, ir a cenar no había sido buena idea.*

*Llegamos a mi casa, y Ángela se disculpó para cambiarse de ropa. Al verla salir con el pijama puesto, una sonrisa asomó a mis labios. Era blanco y con puntilla. Me vinieron a la cabeza las vírgenes del siglo pasado y sin ser consciente pensé en Eli y en lo cómoda que se paseaba desnuda por mi casa. Me bebí un vaso de agua helada, porque me había puesto cachondo solo con ese pensamiento.*

*—Qué chica más rara, ¿verdad? —Me giré despacio. No estaba dispuesto a hablar con ella de Eli—. La hermana de Bruno, digo.*

*—Ya sé quién dices. Me parece una mujer normal. —Puse especial énfasis en la palabra «mujer».*

*—No sé, será que yo estoy más chapada a la antigua.*

*—Será eso. Buenas noches, Ángela.*

*Con el paso de los días fui consciente de que compartir piso con Ángela era cómodo y me hacía la vida mucho más fácil. Era un pensamiento egoísta, pero habíamos dividido las tareas de la casa y ahora tenía la mitad de faena. Esto me costó una buena bronca con ella, cosa rara, porque Ángela no discutía nunca, pero no entendía que hiciéramos las cosas a medias cuando yo trabajaba fuera de casa más horas y podía hacerlas todas ella sola. Por ahí sí que no pasé. Pero al final ella hacía mucho más de lo que le tocaba, lo cual provocaba que yo me enfadara siempre y que, a la vez, fuera consciente de que mi vida era mucho más agradable ahora que Ángela vivía conmigo. Y no me refiero solo a compartir las tareas domésticas, era bonito llegar a casa y que te esperara alguien en ella.*

*Cuando la semana se acabó, pensé que Ángela se iría a su piso y yo podría volver a mi vida normal. Pero resultó que eso no iba a ser así. Por lo visto, habían surgido un par de imprevistos en el piso y tardarían en dárselo otras dos semanas, mínimo. Eso fue lo que me dijo Ángela; también me comentó que podía pasar esas dos semanas en un hotel, pero no lo vi necesario. Me estaba acostumbrando a tenerla en casa. A mí nunca me ha gustado vivir solo y la convivencia con ella no era complicada.*

*Cenábamos cada día juntos y poco a poco recordé por qué en su día me enamoré de ella. Ángela era muy parecida a mí, a los dos nos gustaban las mismas cosas y los temas de conversación se alargaban hasta altas horas de la noche. No quise pensar en que Ángela me daba la razón en casi todo y que jamás decía una palabra fuera de lugar; en realidad, eso era algo que me gustaba, pero echaba de menos la manera que tenía Eli de retarme, aunque no tenía sentido pensar en eso, lo que fuera que tenía con ella había acabado y yo debía avanzar. Así que, casi sin darme cuenta, Ángela y yo empezamos lo que yo llamo una relación formal.*

*Recordaba a Eli muchas veces a lo largo del día. Me esforzaba en sacarla de mi cabeza lo más rápido posible, pero cuando más presente estaba era en el momento en que compartía cama con Ángela. Ahí era incapaz de no acordarme de ella; por mucho que lo intentara, no podía, y me parecía asqueroso tenerla en la mente mientras me acostaba con Ángela.*

*Eli en la cama era activa, participativa, comunicativa y muchas veces algo mandona, aunque en pocas ocasiones dejaba que fuera ella quien tomara el mando, ya que mientras me acuesto con alguien me gusta tenerlo a mí. Pero con Ángela no tenía que luchar por tener el control, era totalmente pasiva.*

*Cuando intentaba hablar con ella del tema me rehuía, o simplemente me decía que las mujeres utilizaban el sexo para ser madres, no para obtener placer. ¡Tócate los cojones! El daño que pueden hacer unas creencias en algunas personas... Con el tiempo conseguí hacerla gemir y que fuera algo más participativa, pero nada que ver con las sesiones de sexo que había tenido con Eli.*

*Habían pasado más de dos semanas desde que Ángela y yo empezamos a salir, y ella llevaba tiempo insistiendo en que se lo contara a mis padres, así que decidí llamar a mi madre para decírselo. Poco faltó para que le diera*

*un infarto de la alegría. Y aunque ya sabía que a mi madre le entusiasmaría la noticia, me vi sonriendo mientras la oía hablar; bueno, más bien gritar.*

*Sabía que estaba haciendo lo correcto; Ángela era la persona ideal para mí, por eso no lograba entender por qué no conseguía dejar de pensar en cierta morena cubierta de tatuajes. Quizá con el tiempo todo volvería a la normalidad y Eli solo formaría parte de mi pasado. Por lo menos, estaba dispuesto a intentarlo.*

## 32. *Su fuerza y mi miedo*

Hacía varias semanas que intentaba evitar a Max. Sabía que estaba saliendo con Ángela y no me apetecía nada verlos juntos. Así que mi vida se limitaba a ir de mis trabajos a casa. Los días que me tocaba cuidar a Thiago eran los que llevaba mejor. El resto intentaba pasarlos y ya está.

Max había elegido a Ángela y una parte de mí pensaba que era lo mejor para los dos, pero otra pedía que luchara por lo que quería. Entre las dos me estaban volviendo loca.

Esa tarde estaba trabajando en la cafetería y casi era la hora de cerrar. Tenía muchas ganas de llegar a casa y dormir, últimamente solo me apetecía dormir. Pero en la mesa nueve había un chico que, por lo visto, no tenía ninguna prisa por irse. Lo había visto en otras ocasiones, y aunque era simpático y muy amable, incluso demasiado para mi gusto, había algo en él que no me gustaba.

Acabé de recoger los vasos de las otras mesas y me fui para dentro a arreglar la cocina. Nada más entrar, noté que alguien lo hacía tras de mí. Me giré sobresaltada, y ahí estaba el chico que, apenas un minuto antes, se estaba tomando un café en su mesa.

—No puedes estar aquí, si si quieres algo, ahora te te lo llevovo. —Había algo en su mirada que hizo que tartamudeara al hablar. Tenía miedo, y yo no era precisamente de las que se asustaban con facilidad.

—Sí que quiero algo, pero aquí me lo servirás mejor.

Cuando sus manos alcanzaron mis pechos yo dejé de pensar. Me estaba haciendo daño y quería decírselo, pero sin entender por qué sabía que eso no lo haría parar, incluso podía ser que lo alentara más.

Oí cómo se bajaba la cremallera del pantalón. Un ruido tan insignificante en otro contexto hizo que en ese momento mi cabeza empezara a dar vueltas.

—Agáchate.

Quería hacerlo, estaba tan cagada de miedo que quería hacer todo lo que él me dijera, pero mi cuerpo no me respondía y no era capaz de moverme.

Me agarró del pelo; yo intenté echar la cabeza hacia delante porque me estaba haciendo daño, pero él tiró hacia atrás con tanta fuerza que me golpeé con la encimera de la cocina. Y todo se volvió oscuro.

\* \* \*

Oía un ruido de fondo, pero estaba tan bien, tan tranquila, que no quería abrir los ojos. Hasta que recordé, y los abrí de golpe.

Una chica vestida de policía me hablaba con una voz muy suave. Lo único que hice fue asentir a todo lo que me decía. Diez minutos más tarde, estaba dentro de una ambulancia camino del hospital.

—Hola, Eli, mi nombre es Andrea. ¿Quieres que llamemos a alguien? —Era la policía que había estado conmigo desde que abrí los ojos.

Tardé en contestar a esa pregunta. Andrea, que se encontraba conmigo dentro de la ambulancia, me miraba como si formara parte de mi estado de *shock*, pero en realidad estaba debatiendo conmigo misma a quién llamar. Quería telefonar a una persona, me apetecía mucho verla en esos momentos, aunque deseché la idea. Tardaría demasiado.

—A mi hermano.

No fui consciente de que ella tenía mis cosas hasta que llamó a Bruno. Quería decirle que podía hacerlo yo, mi hermano iba a llevarse un susto de muerte. Pero no me apetecía dar ningún tipo de explicación, no quería revivir nada, prefería no pensar.

Cuando la policía se giró y me dio un pañuelo, fue cuando advertí que estaba llorando.

No tengo ni idea de lo que tardamos en llegar al hospital. Hacía rato que había perdido la noción del tiempo. Me llevaron a un cuarto y me presentaron a la enfermera que estaría conmigo. No recuerdo su nombre. Después de eso me hicieron un reconocimiento y un montón de preguntas que fui incapaz de contestar.

Lo que más me desconcertaba era que no sabía lo que había pasado después de perder el conocimiento. No sabía lo que él le había hecho a mi cuerpo. No sabía nada. Una parte de mí lo agradecía profundamente, pero era incapaz de

responder a ninguna de las preguntas que me hacían y eso era de lo más angustiioso.

Mientras me vestía después del reconocimiento, la enfermera que me había acompañado durante todo el tiempo me dijo:

—Vamos, bonita, ya está. Ya has pasado una vez por esto, es difícil que te vuelva a ocurrir.

Su voz era dulce y su mirada también, y sabía que lo decía con la mejor de las intenciones, pero sus palabras me sorprendieron y me ofendieron. Estábamos tan acostumbradas a que nos pasaran estas cosas que las habíamos normalizado, era como si fuera una especie de peaje que le tienes que pagar a la vida por ser mujer. Era asqueroso.

Cuando salí a la sala de espera, vi a mi hermano sentado en una de las sillas del hospital. Se le veía muy grande y muy solo en medio de la sala. Sin saber por qué, me dolió que estuviera solo. Esperaba de una manera absurda que Max lo acompañara.

En cuanto me vio, salió corriendo hasta mí y me dio un abrazo que yo no sabía que necesitaba tantísimo. Aunque fui incapaz de llorar. Se me había escapado alguna lágrima durante el trayecto con la policía, pero no podía llorar.

Cuando subimos al coche de Bruno noté que estaba perdiendo los efectos de los medicamentos que me habían dado, y la cabeza empezaba a dolerme bastante. Toqué la parte en la que me había golpeado y noté el chichón, que cada vez parecía más grande.

El silencio del coche se rompió cuando mi hermano empezó a explicarme lo que poco antes ya me había contado la doctora que me había atendido. Preferí no interrumpirlo y decirle que ya me habían informado de lo que me estaba diciendo, parecía que hablar le hacía estar más relajado.

Ana, la dueña de la peluquería que está al lado de la cafetería, había entrado para llevarme los vasos sucios del café que se había llevado por la mañana, para ella y sus trabajadoras. Se extrañó cuando no me vio y gritó mi nombre. Él se asustó y salió corriendo. Ana me encontró inconsciente en el suelo.

Si ella no hubiera entrado, seguramente la doctora no me habría dicho que no presentaba signos de penetración, ni vaginal, ni anal, ni oral.

Ella no me dijo que había tenido suerte, solo faltaría, pero sabía que en el fondo lo pensaba, al igual que lo haría mucha gente con el transcurso de los



días. Para mí, suerte habría sido que un tío al que no conocía de nada y que no quería que me tocara no hubiera utilizado su fuerza y mi miedo para hacerlo.

Saqué todos esos pensamientos de mi cabeza y envié un *wasap* a una persona que, contra todo pronóstico, quería que estuviera conmigo en esos momentos. Sabía que a mi hermano no le haría ninguna gracia, pero yo la necesitaba a mi lado.

### 33. *Una conversación pendiente*

Me estaba quedando dormida. Lo primero que hice nada más llegar a casa fue ducharme. Dos veces. Aunque continuaba sintiéndome sucia. Después me tumbé en el sofá y parecía que por fin me había entrado sueño.

Sabía que Bruno estaba preocupado porque no le había dicho una palabra desde que regresamos del hospital. No tenía ni idea de dónde estaba Thiago, pero no me apetecía preguntar.

Oí el timbre seguido de los pasos de mi hermano, empezaba a percibirlo todo como de fondo, me estaba venciendo el sueño. Hasta que sentí gritar a Bruno y me despejé de golpe. Supe que la persona a la que le había enviado el *wasap* había llegado.

—Bruno, le he pedido yo que venga. Déjala pasar, por favor.

Mi hermano se giró hacia mí y pude ver sorpresa y rechazo en su mirada. Sabía que iba a dolerle, pero por una vez en mi vida me había comportado de manera egoísta con ese tema. La necesitaba.

—Hola, Eli, cariño.

—Hola, mamá.

Se sentó a mi lado en el sofá y yo me incorporé. Me percaté de que ella actuaba con cautela. Sabía que no lo hacía por mí, ya que nosotras no habíamos perdido el contacto, pero estar en casa de Bruno no le permitía estar cómoda precisamente.

Me abrazó, un poco esperando mi respuesta o mi rechazo. Yo me enganché a ella como si fuera mi salvavidas y lloré todo lo que no había llorado hasta ese momento.

Pasado un rato, vi por el rabillo del ojo como Bruno se ponía la chaqueta, iba a irse, y yo sabía que, aunque estaba cansada y lo único que quería era dormir, no habría un momento como ese para que habláramos los tres.

—Bruno, no te vayas, por favor.

No estaba jugando limpio, pero mi hermano y mi madre hacía mucho que no se hablaban e iba a utilizar todo lo que estuviera en mi mano, por lo menos, para que se sentaran a intentar conversar.

—Creo que no es el momento de ponerme a discutir con ella. No contigo en este estado.

—No quiero que discutáis, solo quiero que habléis. Creo que necesitas la otra versión de la misma historia.

—Solo hay una versión, ella se fue y nos dejó. Fin. —Era un tema muy difícil para Bruno. Lo evitaba siempre que podía, pero, a pesar de que yo no quería que lo pasara mal, él tenía que escuchar a mamá.

—Eso no fue así, vosotros decidisteis quedaros con vuestro padre. —Mi madre hablaba bajito, casi entre susurros.

—No pretenderías que lo dejáramos nosotros también, ¿no? Además, ¿nos íbamos contigo y con tu novio? ¡¡No me jodas!! Destrozaste a papá y te olvidaste de que tenías dos hijos. —Bruno había alzado bastante la voz, y aunque hacía unos instantes casi no me dolía la cabeza, ahora parecía que iba a explotarme. Supongo que para mí no era el mejor momento para pasar por aquello, pero tenía claro que, si no era entonces, no sería jamás.

—Nunca has querido ni he podido hablar de este tema contigo. Eli me ha escuchado y entendido, pero tú me condenaste en cuanto salí por la puerta. — Parecía que mi madre iba a echarse a llorar en cualquier momento; sin embargo, su voz sonaba con mucha más fuerza que momentos antes.

—No miraste atrás... ¿Sabes que mi mujer se mató en un accidente? ¡¡Ni siquiera te dignaste a venir al entierro!! —Me agarré la cabeza con las manos porque a cada chillido de mi hermano parecía que iba a estallarme. Es curioso cómo se ven de diferentes las cosas cuando escuchas las dos partes.

—Bruno, mamá sí que vino, fue papá quien la echó de casa y la amenazó si se presentaba en el entierro. —Mi voz sonó débil, pero miré a mi hermano y pude ver la sorpresa reflejada en su cara.

Mi madre lloraba a lágrima viva. Le cogí la mano para darle fuerzas. No pude evitar pensar que hacía apenas una hora era yo la que necesitaba que me las dieran a mí.

—Deja que sea ella quien te cuente su historia. Hay veces que ni los buenos son tan buenos ni los malos tan malos. Solo es que existen dos maneras de vivir una misma situación.

—Eli, ella abandonó a papá por otro tío. No hay mucho más que explicar.

—Vale, pues entonces siéntate y escucha, no tienes nada que perder. — Parecía mentira, pero al final iba a creerme eso de que era mucho más madura que los hombres de mi alrededor.

Bruno volvió a sentarse y poco a poco se quitó la chaqueta. Por lo menos, estaba dispuesto a escucharla.

—Pues verás... esto empezó... cuando... —Mi madre estaba tan nerviosa que no sabía ni por dónde empezar.

—Mamá, respira hondo y explica tu historia, sin más. —La pobre lo estaba pasando fatal.

Mi madre agarró mi mano con fuerza y tomó aire profundamente antes de volver a hablar. Me giré hacia mi hermano. Bruno parecía interesado en lo que iba a explicar nuestra madre, pero estaba tan tenso que podía oír el crujir de sus dientes desde donde yo me encontraba.

## 34. *Su historia*

Mi madre se giró para mirarme, apartó con delicadeza un mechón de pelo que tenía en la cara y sonrió. Era una sonrisa tensa pero dulce. Sus ojos estaban llenos de amor. Le devolví la sonrisa y ella comenzó a explicar lo que había pasado, hacía ya unos cuantos años.

—Pues todo empezó cuando Bruno tenía once años y tú, Eli, apenas, dos. La primera vez que vi a Alberto fue en el trabajo; en un principio era un compañero más, yo no buscaba nada con nadie, pero pasábamos muchas horas juntos y empezamos a conocernos mejor. Por aquel entonces vuestro padre y yo no pasábamos un buen momento como pareja. Acababa de enterarme de que él me había engañado con una conocida nuestra, y aunque decidí perdonarlo y darnos una segunda oportunidad no estábamos demasiado bien. —Mi madre y yo habíamos hablado de todo lo que pasó, pero cada vez que la oía más rabia me daba que nuestro padre nos hubiera vendido la infidelidad de ella como algo inaceptable, y resultaba que él también lo había hecho.

—Eso te lo estás inventando para no quedar como la mala, papá no te engañó jamás. —Bruno se había incorporado en la silla y parecía que iba a levantarse.

—Puedes preguntarle a él directamente, no creo que tenga los cojones de negar también eso. —Vi a mi hermano agrandar los ojos. Mi madre nunca decía palabrotas y jamás me había hablado mal de mi padre; no podíamos decir lo mismo de él, siempre habíamos pensado que nuestro padre había sido la víctima de la relación—. Bueno... voy a continuar. Yo no quería engañar a vuestro padre, yo quería que nuestra relación se arreglara. Es verdad que con el tiempo he entendido que nunca he estado enamorada de él. Nos casamos cuando me quedé embarazada de ti (se refería a Bruno, claro) y, pese a que la convivencia no fue difícil, no ha sido un amor significativo para ninguno de los dos.

—A papá lo destrozaste cuando te fuiste. —Mi hermano hablaba con rabia, pero por lo menos la estaba escuchando. Era más de lo que esperaba en un primer momento.

—A tu padre lo destrozó su ego, no pudo soportar que su mujer lo dejara, pero te aseguro que eso no tiene nada que ver con el amor.

—Vale, entonces, según tu historia, si conociste a Alberto cuando nosotros éramos pequeños, ¿por qué te fuiste de casa cuando yo ya tenía casi veinticinco y Eli dieciséis? —Parecía mentira que a Bruno le hubiera afectado tanto que mi madre se marchara, cuando él ya era todo un hombre, pero una madre siempre es una madre...

—Esto solo es el principio de mi historia. Yo conocí a Alberto por aquel entonces y, aunque nos enamoramos profundamente, yo estaba casada, y vosotros erais muy pequeños, así que decidimos dejar de vernos.

»Pedí un traslado en mi puesto de trabajo y durante mucho tiempo dejé de ser yo, solo me mantenía a flote porque vosotros me necesitabais. Me encerré en mí misma. Alberto y yo nos escribíamos una sola carta al año, los dos habíamos decidido que más nos harían daño. Pactamos no contarnos mucho, simplemente si estábamos bien y cómo nos iba todo, muy por encima. Esperaba esa carta con tanta ansiedad... —Por un momento, mi madre se perdió en sus recuerdos, pero rápidamente continuó explicando su historia, que también era la nuestra—. Los años fueron pasando y por una de sus cartas supe que lo habían ascendido. Se convirtió en mi jefe directo. Así que de vez en cuando se pasaba por la oficina donde yo estaba y poco a poco reanudamos nuestra amistad.

»Por aquel entonces, vosotros ya erais mayores y no me necesitabais tanto, pensé que si me separaba de vuestro padre no os haría mucho daño. Con lo que no contaba era con la reacción de él. Cuando le propuse el divorcio, vuestro padre me lo negó y me amenazó con muchas cosas, pero la que más me dolió fue que me dijo que si me iba no volvería a veros. Una parte de mí quería entenderlo, vuestro padre era un hombre de otra generación, lo que yo le estaba planteando le venía demasiado grande, pero no quería que os convirtiera a vosotros en una moneda de cambio.

»Alberto y yo sopesamos las posibilidades, no estábamos dispuestos a volver a separarnos. Él ni siquiera se había casado nunca, porque me quería demasiado para hacerlo con alguien que no fuera yo. Después de pensarlo

mucho, finalmente, di el paso y le pedí el divorcio a vuestro padre. Él cumplió cada una de sus amenazas.

»Eli aún era menor de edad, pero yo no iba a llevármela en contra de su voluntad; además, tenía claro que ella se quedaría donde estuvieras tú. —Mi madre miró a Bruno con los ojos llenos de lágrimas—. Vuestro padre me echó de casa y yo no estaba dispuesta a empezar una lucha legal por quedarme con el que hasta ese momento también era mi hogar, por lo que me vi en la calle con lo puesto. Nunca he dejado de trabajar, pero le debo mucho a Alberto, también en este aspecto.

»Jamás me diste la oportunidad de explicarme. Te llamé muchísimas veces. Los primeros meses fui a verte, pero no quisiste hablar conmigo. Nunca me has dejado acercarme a ti. Pero si vamos a ser sinceros, lo seremos del todo. Lourdes es una muy buena amiga mía, así que a Thiago sí que lo he visto casi a diario. —Mi hermano abrió la boca y volvió a cerrarla, por lo que mi madre continuó—. Es una larga historia, pero veo a Thiago desde que Lourdes empezó a cuidarlo. No me sentía con fuerzas de perder también a mi único nieto.

»Bruno, fui a casa (bueno, a casa de vuestro padre) en cuanto me enteré de lo de Isa. Él me echó de allí y me amenazó, como bien ha dicho Eli, pero vuestro padre demostró conocerme muy poco si pensó que una amenaza suya iba a amilanarme. Fui al entierro, pero me mantuve en segundo plano y en cuanto acabó me fui. Había tantísima gente que era imposible que me vierais. Y no quería acercarme a ti y hacerte pasar un mal momento. No era ni el día ni el lugar.

»No creo que divorciarme de vuestro padre haya sido una cosa tan grave, pero es verdad que no he sabido hacer las cosas de otra manera. Pensé que el tiempo pondría todo en su lugar, aunque debí forzar antes una conversación con los dos. Os he echado muchísimo de menos. Aunque doy gracias por haber recuperado a Eli, hace ya algún tiempo. —Me miró con una dulzura infinita en sus ojos—. Siento de corazón haberos hecho daño, no fue ni mucho menos mi intención, pero durante mucho tiempo renuncié a muchas cosas por vosotros, no quería seguir renunciando a más, o al final me perdería a mí misma.

Nos quedamos en silencio. Mi hermano se levantó, cogió su chaqueta y se fue sin decir palabra.

## 35. *No son cosas tuyas*

Ya sabía la historia de mi madre, me la había explicado unos años atrás, pero al mirarla sentí un orgullo que no había sentido hasta ese momento. Siempre pensé que había sido débil al dejarnos por un hombre, pero estaba muy equivocada, fue muy fuerte durante mucho tiempo y muy valiente por tomar una decisión que había estado muy lejos de ser fácil. ¿O cuántos matrimonios hay que siguen juntos después de un montón de años, sin sentir nada el uno por el otro, solo por comodidad?

Mi madre me miró y una sonrisa iluminó su cara.

—Lo conoces mucho mejor que yo; sabes que ha salido a tomar el aire, pero te ha perdonado, incluso antes de que hayas acabado de hablar.

—Lo sé, y también sé que estoy aquí por otra cosa. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno, he tenido días mejores. —Intenté utilizar la ironía, pero no me sirvió de nada. Al empezar a explicarle a mi madre lo que había pasado, las lágrimas acudieron a mí en tropel.

Se lo expliqué todo. Lo que había pasado, cómo me sentía. El desconcierto y la ansiedad al no saber qué había hecho conmigo mientras estaba inconsciente. Todo.

A diferencia de mi hermano, mi madre me hizo muchas preguntas y me vino de maravilla responderlas y desahogarme. Sabía que Bruno lo hacía con la mejor de las intenciones y que no quería que yo lo pasara mal, pero no hablar del tema no evitaba que hubiese pasado.

Se hizo muy tarde y mi hermano no volvió. Le mandé un *wasap* para saber dónde estaba. Me respondió que le dijera a mi madre que se quedara a dormir, él estaba en casa de Max. Solo con leer su nombre mi estómago se retorció, pero es que, además, pensar que él sabía lo que había pasado y no me había dicho absolutamente nada hizo que volviera a llorar con tanto desconsuelo que hasta mi madre se asustó.



Supongo que me quedé dormida bastante tiempo después, porque recuerdo llorar en brazos de mi madre durante mucho rato. Me desperté en mi cuarto y no supe cómo había llegado hasta allí, pero había sido un día tan duro e intenso, y estaba tan agotada, que quizá mi madre me había llevado caminando y ni me acordaba.

Oí voces en la cocina y, al asomarme, una sonrisa se dibujó en mi cara. Mi madre estaba sentada en la mesa con una taza de café frente a ella y mi hermano se encontraba de pie junto al fregadero. Podía parecer que mantenían las distancias, pero el simple hecho de que Bruno no la hubiera echado de allí decía mucho. Eso sin contar que estaban hablando sin gritar, era todo un progreso.

Antes de que pudiera sentarme, llamaron al timbre. Se me hizo un nudo en la garganta. Mi hermano fue a abrir y pude tragarme el nudo que se me había formado al oír la dulce voz de Sofía.

Cuando entró a la cocina, seguida de mi hermano, se quedó parada en la puerta.

—Hola, Eli. Señora. —Sentí curiosidad por saber cómo iba a presentarlas mi hermano.

—Sofía, ella es Encarna, mi madre. Mamá, ella es Sofía, mi novia. —En realidad, todo era así de sencillo.

Vi como Sofía se sonrojaba y le daba dos besos a mi madre. Después de las presentaciones, Bruno se dirigió a mí.

—Sofía y yo hemos pensado que no querías estar sola, por eso ha venido. Yo tengo que ir a trabajar y quizá mamá quiera descansar.

—No me importa, no estoy cansada.

—Mamá, puedes volver cuando quieras. —Esa frase, tan normal en la boca de cualquier hijo, era toda una declaración de intenciones en la de mi hermano. Mi madre también se dio cuenta y no pudo contener el llanto.

Sofía no estaba tan alucinada como cabía esperar, supuse que Bruno le había contado algo acerca de la relación que tenía con nuestra madre.

Al cabo de media hora, los dos se fueron y yo me quedé a solas con Sofía.

—Bueno, ahora que estamos solas, ¿qué quiere decir eso de novia?

—En realidad, yo estaba aquí para que me explicaras qué tal estás.

—Vale. Pues vamos al sofá y hablamos.

Al igual que me había pasado con mi madre, hablarlo con Sofía me sirvió para desahogarme. Lo que más me gustaba de ella era que, aunque sumamente

dulce, no me miraba con compasión y no rehuía hablar del tema. Estuve mucho tiempo explicando lo que pasó y cómo me sentí en todo momento. Ella me narró unas cuantas situaciones que había vivido, que, aunque no habían sido tan fuertes como la mía, sí que le hicieron pasar miedo. Y un pensamiento volvió a mí, y es que parecía que aquello era algo normal; ¿qué mujer no había vivido algún momento en el que no se sintiera cómoda o en el que tuviera miedo? Era una pena pensar que casi todas habíamos pasado por algo así.

Estuvimos un rato más hablando; cuando saqué todo lo que tenía dentro y me desahogué, me levanté a preparar café. Quizá no era lo mejor para los nervios, pero me apetecía tanto que no pude resistirme.

Mientras esperaba a que subiera el café, pensé que era una mujer fuerte y aquello no iba a poder conmigo, pero si viera que necesitaba ayuda, la pediría. Siempre es mejor ir a terapia que esconderse tras los miedos. Es realmente triste pensar que hay tíos que piensan que pueden hacer con una mujer lo que les dé la gana. Los informativos venían plagados cada día de sucesos como el mío o mucho peores. Algo estábamos haciendo realmente mal... Y lo peor era que aún nos quedaba mucho por hacer...

Intenté sacar de mi mente todos esos pensamientos y me preparé para hacerle un interrogatorio a Sofia.

Le tendí una taza de bebida milagrosa y me senté a su lado. Esperé a que hablara y finalmente me explicó que se sentía muy a gusto con Bruno, que era una persona encantadora, tierna, blablablá...

—Hay algo que no me estás contando.

—Te lo he explicado todo, no pretenderás que te cuente qué tal es tu hermano en la cama.

—Si es un desastre, me encantaría saberlo para poder meterme con él.

—Lo siento, pero no es el caso.

—Vale, pues no quiero saberlo, lo que sí quiero saber es lo que realmente te preocupa.

—¿Cómo sabes que hay algo que me preocupa?

—Deja de darme largas y desembucha.

—Está bien. Me preocupa un poco que no hable de Isa; es decir, no es un tema que me encante tocar, pero es que poquísimas veces pronuncia su nombre, ni siquiera para referirse a ella, siempre la nombra como a la madre de Thiago. No sé si estoy preparada para que me compare con alguien a quien

tiene idealizado y que ya ni siquiera está. Es difícil competir contra un fantasma.

—Ya entiendo. —No quise hablar mucho, para que fuera ella la que me contara más. Funcionó.

—Soy muy consciente de que es la madre de Thiago y jamás podría competir con eso. Pero es que en la habitación del niño no hay ni una foto de Isa; puedo entender que le duela recordarla, pero en algún momento tendrá que hablarle de ella a Thiago. No sé, me da la sensación de que es un tema complejo y no tengo ni idea de cómo hacerlo para no meter la pata con él.

—Sé que es un tema delicado, y no puedo hacer mucho. Mi hermano no habla de Isa ni siquiera conmigo. Lo siento, de verdad, pero no sé cómo ayudarte.

—No pasa nada, acabamos de empezar y quizá sean cosas mías.

No eran cosas tuyas. Sofía y mi hermano hacían buena pareja, y no hablo solo del físico, que también, es que eran bastante parecidos en muchas cosas y podían llegar a llevarse muy bien. Pero si había algo que podría ensombrecer esa relación, sin lugar a duda, era Isa.

## 36. ¿Qué ha pasado?

*Estaba a punto de quedarme dormido en el sofá cuando sonó el timbre; a esas horas, me asusté. Al abrir la puerta, vi a Bruno con Thiago en brazos, pidiéndome por favor que me quedara con él. Lo único que me dijo fue que su hermana estaba en el hospital y que cuidara de su hijo. Bruno tenía la cara descompuesta. Me quedé durante un rato en estado de shock. ¿Qué le había pasado a Eli?, ¿qué hacía en el hospital? Esas preguntas no salieron de mi cabeza en toda la noche.*

*Pasadas unas cuantas horas, Bruno me mandó un wasap preguntando por el niño y asegurándome que Eli estaba bien, pero lejos de tranquilizarme me había puesto más nervioso.*

*Al tener a Thiago en casa no podía hacer nada, y tal y como era Bruno con su hijo, no me atrevía a dejarlo a cargo de Ángela, ya que el favor me lo había pedido a mí. Así que me pasé toda la noche dando vueltas por mi piso.*

*Ángela hacía rato que se había ido a dormir y yo lo agradecí profundamente. Según ella, Eli habría tenido algún accidente con la moto, ya que no era normal que una chica condujera una moto, y menos una como la que tenía ella. Preferí no contestarle, y al ver que mi conversación era nula, se fue a la cama.*

*Bien entrada la madrugada, llamaron con el puño en la puerta. Ángela y Thiago dormían desde hacía horas, por lo que agradecí que no usaran el timbre. Al abrir, la cara de Bruno reflejaba tantas cosas que tuve que coger aire.*

*—¿Qué ha pasado?*

*—¿Tienes una cerveza? Necesito beber algo.*

*Cuando los dos estuvimos sentados en el sofá, Bruno me explicó lo que le había pasado a Eli. Me quedé tan impactado que no tuve ni puta idea de qué decirle.*

—¿Qué clase de tío hace eso? —Yo seguía sin saber qué decir—. Menos mal que entró la peluquera, si no... no sé qué más le habría hecho.

—¿Has hablado con Quique? —Para algo debía servir tener un amigo policía. Y yo no quería seguir pensando en las agresiones que Eli podía haber sufrido.

—Sí, en cuanto he podido. Han activado un protocolo, pero ya me ha avisado de que poco se puede hacer. No creo que lo encuentren.

—Bueno, confiemos en que sí. Esta clase de tíos suelen volver a hacerlo.

—Si lo tuviera delante...

—No pienses eso. Si lo tuviéramos delante, nos mandarían a la cárcel, seguro. —Hablé en plural porque no quería ni pensar lo que haría con ese tío si se cruzaba conmigo.

—¡Joder! Cada vez que pienso en ella, en el suelo, inconsciente, indefensa... —No podía meter esa imagen en mi cabeza o no saldría nunca. Tenía que ayudar a Bruno, luego ya pensaría en mí. Intenté darle tema de conversación, para que no se viniera abajo.

—¿Qué le ha dicho el médico? —Estaba dejando la pregunta que más miedo me daba para el final.

—Aunque no haya habido penetración, siguen un protocolo, pero poco más.

—¿Cómo está Eli? —Ahí estaba. Creo que hasta me encogí mientras esperaba la respuesta.

—Pues no muy bien; me he preocupado bastante cuando he ido a buscarla, pero la llegada de mi madre parece que le ha sentado bien.

—¿Tu madre está en tu casa?

—Sí, pero ahora mismo no me apetece hablar de eso, aunque prometo que te lo explicaré en otro momento.

—Entonces, Eli está regular.

—Puedes subir a verla tú mismo. En estos momentos no está muy bien, pero supongo que es todo muy reciente. Tocaré esperar.

Bruno abrió la boca en un bostezo y fui consciente de que tenía que estar agotado, así que fui a la cocina a hacer un poco de café. Al volver al salón, vi que se había quedado dormido en el sofá. Yo me fui a mi cuarto, pero, nada más meterme en la cama, supe que no iba a poder dormir, por lo que me levanté para no despertar a Ángela.

Cuando me senté en la mesa de la cocina, las palabras de Bruno

*martilleaban mi cabeza una y otra vez: sola, indefensa, inconsciente... y fui incapaz de sacarme esa imagen de ella. Por lo que me bebí las cinco cervezas que quedaban del pack que había abierto para Bruno. Cuando estaba acabando la quinta, supe que eso tampoco había sido buena idea, así que salí a que me diera el aire.*

*Mientras caminaba, recordé la conversación que había tenido con Ángela hacía apenas dos días. Habíamos hablado incluso de matrimonio; en ese momento no, pero ahora la idea me abrumó. ¿Estaba haciendo lo correcto? Yo pensaba que sí, por eso lo hacía, pero tenía un cúmulo de sentimientos hacia Eli con los que no sabía muy bien qué hacer.*

## *37. Sabes que te quiero muchísimo*

Sofía se había ido hacía apenas dos horas. Y aunque tenía claro que estaba muy lejos de superarlo, haberlo hablado me había ayudado bastante.

Llamé a José por teléfono y le expliqué, un poco por encima, todo lo que me había pasado en los últimos días. Quedamos para tomar un café por la mañana y hablar tranquilamente. Normalmente salíamos un par de veces a la semana a correr, pero preferí tomármelo con calma esos días, así que simplemente quedamos para desayunar.

En dos días iría a pedir el alta médica y me incorporaría al trabajo, necesitaba volver a la normalidad y mantener la mente ocupada, por lo que regresar a la escuela me vendría muy bien.

Había hablado con Rosa, la dueña de la cafetería, y le expliqué que había decidido no volver. No estaba preparada para entrar en la cocina donde había pasado todo. Rosa lo entendió perfectamente y me mandó mucha fuerza.

Me dio rabia dejar un trabajo que no estaba mal por culpa de lo que pasó, pero había hablado con Sofía y seguramente en unas semanas podría hacer más horas en la escuela, ya que una de mis compañeras estaba embarazada y cogería la baja por maternidad.

Me entretuve mirando la tele, pero no hacían nada interesante y empezó a entrarme sueño. Quería esperar despierta a Bruno. Teníamos que hablar sobre mis padres. La noche en la que estuvo mi madre no pudimos hacerlo, y después vino Sofía, y a Bruno le tocaba trabajar, así que el momento perfecto sería ese, cuando llegara. Aunque pensé que no aguantaría, finalmente vencí al sueño.

Cuando Bruno entró, me percaté de que parecía estar muy cansado.

—¿Has cenado?

—Sí, he comido algo en el trabajo.

—Vale, pues siéntate, que quiero hablar contigo. —Pensaba que protestaría, pero se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla y se sentó a mi lado—. Primero de todo, me gustaría decirte que quiero poder hablar contigo, siempre que lo necesite, sobre lo que me pasó. —Nada más acabar de hablar, noté cómo se tensaba. Lo cogí de la mano—. Bruno, no hablar de ello no hace que no haya pasado, y hacer como si nada hubiera sucedido no me ayuda.

—Lo siento, Eli. No tengo ni idea de cómo actuar, esta situación me sobrepasa.

—Es lógico y lo entiendo, pero necesito poder hablarlo contigo.

—Pues ya sabes que aquí estaré, siempre.

Estuvimos un rato abrazados. Me había apoyado en su pecho y me estaba entrando sueño, de manera que decidí, por muy a gusto que estuviera, incorporarme y sacar el otro tema.

—Bruno, ¿cómo estás con el tema de los papás?

—Bueno... Esta tarde he llamado a papá para hablar con él; ¿sabes que no me ha negado lo de su infidelidad?

—Lo sé, yo también se lo pregunté en su momento.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Porque estabas muy ocupado odiándola.

—Eso también es verdad. Me parece increíble que las cosas fueran así, quiero decir, mamá no hizo las cosas bien con nosotros, pero nada que ver con lo que yo tenía en la cabeza hasta ahora.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos y siempre es importante escuchar las dos partes. Papá tampoco actuó de la mejor manera.

—Lo sé. Gracias por devolverme a mamá.

—En realidad, ella siempre estuvo ahí. Solo tenías que escucharla.

—A veces pareces tú la mayor.

—¿A veces? Soy mil veces más madura que tú.

Los dos sonreímos. Sabía que a partir de ese momento las cosas con mi madre iban a cambiar. Y no podía estar más feliz por ella. La pobre lo había pasado fatal y, aunque podía haber hecho las cosas de otra manera, no se merecía el trato que había tenido por parte nuestra.

—¿Eli?

—¿Qué?

—Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad? —Siempre lo había tenido claro, pero Bruno no me lo decía casi nunca.



—Lo sé, aunque seguro que no tanto como yo a ti.

—Lo dudo.

Las últimas palabras de Bruno me llegaron algo amortiguadas y antes de darme cuenta me había quedado dormida.

## 38. *¿Te vas?*

Ya hacía dos meses que aquel cabrón me agredió. En ese tiempo habían pasado muchas cosas. La más destacable, y de la que me había enterado la semana anterior, era que Max y Ángela iban a casarse. Pensaba que lo había superado, pero cuando vi el anillo en el dedo de ella me entraron ganas de levantarme y darle tal bofetón a Max que le hiciera reaccionar de una vez.

Durante esa última semana había estado pensando que no estaba preparada para cruzarme con ellos cada vez que saliera de casa, así que hablé con Sofia y tomamos una decisión que nos entusiasmaba a las dos. Ahora solo faltaba decírselo a mi hermano y que no le sentara mal.

Le había preparado su cena favorita para allanar el terreno. Cuando Thiago se durmió y nos sentamos a la mesa, fui directa al grano.

—Bruno, quiero decirte algo. Verás, estoy muy bien aquí, ya lo sabes, pero he pensado en mudarme a casa de Sofia. Por favor, no te lo tomes a mal, sabes que me encanta vivir contigo y con Thiago, pero...

—Pero no puedes soportar la idea de cruzarte con él ahora que sabes que va a casarse. —Me quedé con la cuchara a medio camino de la boca—. Me he hecho el tonto, y sabes que no me meto en tu vida, pero soy tu hermano y Max es mi mejor amigo, os conozco demasiado bien a los dos. No tengo ni idea de lo que ha pasado entre vosotros y no me interesa saberlo, pero si Max te ha hecho daño de alguna manera le arrancaré las pelotas.

—Pues no sé a qué esperas. —Los dos sonreímos.

—No sabes lo que me jode que te vayas por su culpa.

—No sé si es por culpa suya, pero necesito empezar de cero, rehacer mi vida, y me da la sensación de que viéndolo cada día no voy a ser capaz.

—Haz lo que tengas que hacer, yo voy a apoyarte siempre, y estaré aquí para todo lo que necesites. Y por supuesto, ya sabes que puedes volver

siempre que quieras. —¿Qué había hecho yo para merecer un hermano como ese?

El resto de la cena estuvimos hablando de los planes que tenía y decidimos que sería Bruno quien iría a verme a casa de Sofía, siempre que fuera posible, claro. Tampoco iba a esconderme, pero sí evitaría a Max todo lo que pudiera.

En cuanto acabó de cenar, Bruno se fue a dormir a casa de Sofía y yo me quedé de canguro de Thiago mientras hacía maletas y guardaba cosas.

A las diez de la mañana llamaron al timbre. Estaba en la alfombra del salón, jugando con Thiago. Me levanté y abrí sin pensarlo. Me quedé con la boca abierta.

Hacía tiempo que no lo veía solo. Exactamente desde el día siguiente a mi agresión, que se pasó por casa, para ver cómo estaba. Ese día hablamos solo de lo que había ocurrido y, aunque Max estaba muy tenso, me escuchó y preguntó cómo lo habían hecho Sofía y mi madre. Se lo agradecí. Aunque el encuentro fue frío y no pude evitar echar de menos un beso o un abrazo, era consciente de que él estaba con Ángela y que había ido a verme solo en calidad de amigo.

Estaba parado en la puerta y me fijé bien en él. Max, lejos de parecer feliz, parecía cansado.

—¿Está Bruno?

—No, qué va, está en casa de Sofía. Pero entra, no te quedes en la puerta.

Pasó no muy convencido y me fijé en que lo primero que vio al entrar en el salón fueron mis maletas.

—¿Te vas?

—Sí. Me voy a vivir con Sofía.

—¿Por qué?

—¿Quieres que sea sincera o prefieres la parte falsa?

—¿Desde cuándo tú no eres sincera?

—Mira, Max, me voy porque no quiero cruzarme contigo cada día. Necesito poner distancia y sacarte de mi cabeza. Para ti ha sido fácil, pero a mí me está costando un poco más.

—No des tantas cosas por supuestas. —Habló muy bajito y no acabé de entender lo que quería decir—. La verdad es que no sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada. Todo ha quedado claro entre nosotros, pero ¿sabes lo que más me jode?

—¿Qué?

—Estoy segura de que lo nuestro habría funcionado. Solo te ha faltado el valor de intentarlo. —Mientras hablaba lo fui acompañando a la puerta—. Espero que seas muy feliz, Max. De verdad.

—Gracias, Eli, yo también te deseo lo mismo.

Me acerqué a él y le di un pequeño beso en los labios; sabía que después dolería, pero en ese momento quería disfrutarlo.

Cuando cerré la puerta, las lágrimas acudieron a mis ojos ya sin ningún tipo de control. Las dejé salir hasta que me quedé sin ninguna.

## 39. *El gran día*

*Unas semanas después*

Era sábado por la mañana y al despertarme oí alboroto en el salón. Me hubiera encantado pasar el día en la cama, tapada hasta las orejas, pero yo no soy de las que se esconden, así que me levanté.

Sabía perfectamente el día que era. Hacía tiempo que lo tenía marcado a fuego en el calendario. Cogí unos tejanos del armario con una camiseta roja, mis Converse del mismo color y me vestí sin muchas ganas.

A la primera persona que vi al salir fue a mi hermano, y poco me faltó para quedarme sin aire.

—Joder, hermanito, estás espectacular.

—Soy el padrino, tengo que estarlo.

—Eres el padrino, pero estás tan guapo que casi le harás sombra al novio.

—No creas que he pasado por alto ese «casi». Pero gracias.

Vi por el rabillo del ojo como Sofía salía de su habitación. Estaba francamente preciosa.

—Tú también estás muy guapa, Sofía.

—Muchas gracias, Eli. Por cierto, ¿qué vas a hacer durante todo el día?

—Pues la verdad es que no he pensado en nada, quizá más tarde me pase por casa de mi madre y juegue un ratito con Thiago.

—Como si no lo vieras cada día... Igual mamá no te deja ni entrar, está entusiasmada con la idea de hacer de canguro del peque.

—Te ha dicho mil veces que puedes contar con ella para lo que quieras. Aparte de que vive en Ripollet, eso está a poco más de veinte minutos de aquí, así que podrías hacerlo y dejarle a Thiago de vez en cuando.

—Bueno, de momento, hoy lo tiene todo el día y seguramente se quede incluso a dormir, todo depende de la hora a la que acabemos. Es un buen

comienzo.

—Sí, la verdad es que no está nada mal. Creo que voy a ir a desayunar fuera y luego daré una vuelta en moto. Pasadlo bien.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Siempre lo tengo.

Les di dos besos a cada uno, cogí las llaves de la moto y salí de allí. En ese momento, agradecí enormemente vivir en casa de Sofia, no habría soportado cruzarme con él. Aquel día no.

No me paré a desayunar, tenía un nudo en el estómago que impedía que me entrara nada. Me monté en la moto y recé para que no me pusieran ninguna multa. La velocidad me ayudaba a pensar en otra cosa.

Max se casaba en apenas unas horas y yo había decidido ir al mirador en el que estuvimos una vez y en el que las cosas cambiaron entre nosotros. Me pasé allí toda la mañana. El tiempo transcurrió lento, y es que con las prisas de querer desaparecer no había cogido, ni siquiera, un libro.

Una de las mil veces que miré el reloj, una sonrisa triste apareció en mi cara. Ahora sí, Max era un hombre casado. Me pasé las manos por la cara para eliminar las lágrimas que había derramado. Pensaba que, después de todo, ya no me quedarían más asignadas a Max, pero por lo visto seguía habiendo alguna.

Me subí en la moto y me fui a casa de mi madre. Últimamente pasaba muchas tardes con ella.

## 40. El novio

*Me miré en el espejo y pensé que el traje me quedaba de muerte. Era verdad, me gustaba ir bien vestido y nunca me había visto tan elegante como en esos momentos. Cuando me fijé en mi cara todo se fue al traste. Tenía ojeras y mi rostro no era precisamente la viva imagen de la felicidad.*

*La puerta se abrió de golpe, haciendo que me sobresaltara.*

*—Lo siento, hijo, no quería asustarte. El fotógrafo ya está aquí, deberías salir.*

*—Ya voy, mamá.*

*Mi madre llevaba unos días como loca. Se la veía muy feliz y por un momento tuve una envidia absurda hacia esa felicidad. Me daba rabia no poder sentirla yo.*

*Todo había ido tan rápido que casi no me había dado ni cuenta. Era verdad que la relación con Ángela no me daba la sensación de que hubiera sido algo rápido, simplemente parecía que la habíamos retomado exactamente donde la habíamos dejado, hacía ya algunos años.*

*Lo que pasó a gran velocidad fueron los preparativos y los escasos meses que nos habíamos dado para organizarlo todo. Ese tiempo se había escurrido entre mis dedos sin ni siquiera ser consciente de lo que estaba pasando.*

*Me senté en la cama y agarré mi pelo entre mis manos; no me gustaba ir despeinado, pero en esos momentos me daba todo un poco igual.*

*¿Estaba haciendo lo correcto? Yo creía que sí, por eso mismo me casaba con Ángela, pero, entonces, lo que no entendía era esa especie de desazón que me invadía. Me había repetido hasta la saciedad que Ángela era la pareja ideal para mí, pero por mucho que lo intentara era totalmente incapaz de sacar a Eli de mi cabeza.*

*Respiré hondo, intentando serenarme. Seguramente aquello solo eran los nervios típicos de antes de dar el gran paso. Les pasaba a todos los novios, ¿verdad? Comprendí que estaba intentando convencerme a mí mismo.*

*Cuando la cabeza estaba a punto de explotarme, alguien llamó a la puerta. Supe que no era mi madre porque ella nunca llamaba.*

*—Adelante. —Me sorprendió ver a mi padre, sobre todo porque venía mucho más serio de lo que era de esperar, teniendo en cuenta que se casaba su único hijo. En la cara de ninguno de los dos parecía que era el día de mi boda.*

*—Hola, hijo, me gustaría hablar contigo.*

*—Si vas a soltarme el rollo de la «semillita», desde ya te digo que no hace falta. —Los dos sonreímos, pero a ninguno nos llegó la sonrisa a los ojos.*

*—Estás muy gracioso... No, en realidad quería hablar contigo de si estás seguro de lo que vas a hacer. —Mi padre no era un hombre de andarse por las ramas.*

*—Creía que los dos estabais encantados con la idea de que me casara con Ángela.*

*—Yo estaría encantado con cualquier cosa que a ti te hiciera feliz, pero, desde luego, no creo que este sea el caso. Sabes que no me gusta meterme en la vida de nadie, pero no te veo feliz con la idea de casarte con ella.*

*—Mira, papá, creo que Ángela es la persona ideal para mí. Nos respetamos, congeniamos bien y nos llevamos aún mejor. —Con esta explicación intentaba convencerlos a los dos.*

*—Eso está muy bien y es primordial, pero quizá te estás olvidando de lo más importante en un matrimonio.*

*—¿Y eso es?*

*—El amor, hijo, el amor.*

*Mi padre se fue de mi cuarto dejándome aún más desconcertado de lo que ya estaba cuando entró.*

*\* \* \**

*Caminaba del brazo de mi madre hacia el altar y no tenía claro si el nudo que sentía en el estómago se debía a los nervios o a que una parte de mí quería salir corriendo de allí.*



*Miré a mi madre y una enorme sonrisa cruzaba su rostro, sonreí casi sin darme cuenta.*

*Saludé a Bruno, que me esperaba en el altar, y me cachondeé de lo guapo que estaba con traje y de que debería ponérselo más a menudo. Mientras hablaba con él, sonó una música y me di la vuelta.*

*Ángela entraba en ese momento del brazo de su padre. No podía estar más guapa. Siempre había sido una belleza, pero con ese vestido de novia estaba espectacular.*

*Esperé durante un rato a que me diera un vuelco el corazón o a emocionarme al ver a la mujer que amaba vestida de novia. No me sucedió ninguna de las dos cosas y empecé a pensar seriamente que aquello no acababa de encajar.*

## *41. De lo más intrigada*

*Algunos meses después*

Era sábado y me estaba costando levantarme de la cama. Me estiré y noté algo junto a mí. Me di la vuelta despacio y ahí estaba él. Jamás me cansaría de mirarlo. Era el mejor regalo que me había dado la vida.

Lo miré más detenidamente. Crecía demasiado rápido para mi gusto. Thiago había aprendido a bajarse de su cuna y su lugar preferido en el mundo era mi cama. No se me podía caer más la baba.

Me levanté con cuidado y preparé una cafetera. Aquella noche me había quedado a dormir en casa de Bruno porque esa misma mañana íbamos a ir a ver a mi padre. Llevábamos algunas semanas sin hacerlo y la última vez fue él quien se desplazó a Barcelona.

Desde que mi madre nos contara su parte de la historia y nosotros le echáramos un montón de cosas en cara a mi padre, este aflojó bastante su comportamiento rígido con nosotros y teníamos una relación mucho más buena de lo que era antes.

Es curioso lo que puede desencadenar saber las dos partes de una misma historia. La relación con nuestra madre dio un giro radical. Bruno había pasado de no verla a contar con ella para muchas más cosas de las que todos esperamos en un principio. Al tenerla mucho más cerca que a mi padre, le dejaba a Thiago cuando este se ponía enfermo y no podía venir a la escuela, o cuando salía con Sofía. La relación de ambos había cambiado por completo y yo me alegraba inmensamente de que fuera así.

Yo estaba comodísima con ella y con Alberto. Los iba a visitar con mucha frecuencia. A diferencia de mi hermano, yo nunca había perdido el contacto con mi madre. Y Alberto resultó ser para mí un auténtico descubrimiento. Era una persona realmente encantadora.

Mi hermano entró en la cocina, sacándome de mis pensamientos.

—Buenos días, hermanita. Supongo que el enano está en tu cama.

—Supones bien.

—En fin, si a ti no te molesta...

—Sabes perfectamente que a mí me encanta. —Me guiñó un ojo y se sirvió una taza de café.

—Si queremos llegar pronto, tendríamos que salir como mucho en media hora. Creo que esta tarde tienes que hablar con Sofía.

—Me tenéis los dos de lo más intrigada, no tengo ni idea de lo que quiere decirme. —Mi hermano sonrió y yo quise saber de qué se trataba, aunque ya lo había intentado de todas las maneras posibles y sabía que no conseguiría sacarle nada a Bruno—. Yo casi estoy lista, pero sabes que en cuanto se levante Thiago iremos fatal de tiempo, siempre pasa lo mismo.

—Lo sé, y, además, Sofía, con todo el follón, no puede venir, con ella todo es más fácil.

—Deja de hacer alusiones al tema, me muero de curiosidad y lo sabes. Por cierto, estás totalmente pillado de ella. —No soy una persona especialmente paciente, pero los comentarios de mi hermano me estaban poniendo de los nervios.

—¿Tanto se me nota?

—Uf, yo creo que cagas confeti de corazones.

—Bueno, es un poco complicado, pero Sofía merece la pena. ¿Y tú qué tal con Cristian?

—Bien, como siempre.

—Tenéis una relación de lo más rara.

—Eso es porque tú eres muy carca. —Le guiñé un ojo, mientras salía de la cocina.

Me metí en la ducha pensando que no me apetecía, especialmente, pasar el sábado en casa de mi padre, no porque tuviera un plan alternativo estupendo, sino que, simplemente, habría preferido quedarme en casa viendo alguna peli o leyendo un libro que me tenía muy enganchada.

Tardamos mucho más de lo normal en llegar a Blanes, y es que al hecho de que, como yo dije, salimos tarde, hubo que unirle que Thiago vomitó en el coche. Nos habíamos parado a limpiarlo y a poner una toalla en su sillita, pero fue imposible quitar el olor a leche agria, por lo que no fue un viaje precisamente agradable.

La comida en casa de mi padre resultó, cuando menos, sorprendente. Alucinaba cada vez que mi padre me trataba como a una persona adulta. En cuestión de meses habían cambiado tantas cosas en mi familia que estaba intentando digerirlas. Aunque todas eran buenas y yo me alegraba mucho de todos los cambios.

A la vuelta, me quedé dormida y me desperté cuando el coche paró en la puerta. Al entrar en casa de Bruno, nos esperaba Sofía, sentada en el sofá. Se levantó nada más vernos. Llevaba una sonrisa en la cara y una carpeta en las manos. Mi curiosidad se disparó.

## 42. *Felicidad casi plena*

Habían pasado tres días desde que Sofía me esperara en casa de Bruno para darme la noticia.

Esa mañana me levanté y me puse mi mejor traje, que en realidad no era un traje, pero, vaya, iba vestida lo más formal que mi armario me permitía. No pude desayunar, pues tenía el estómago totalmente cerrado. No recordaba estar tan nerviosa desde hacía bastante tiempo.

Sofía se había quedado a dormir en casa de Bruno, por lo que nos citamos en un punto que a las dos nos iba bien. Llegué mucho antes de la hora, pero sonreí al ver que ella también estaba allí.

—Hemos llegado un poco pronto.

—Sí, lo sé, pero mis nervios andan disparados y ya no sabía qué hacer, y estaba volviendo loco a tu hermano. Incluso ha llegado a decirme que podía haber dormido hoy en mi piso, contigo, y así compartir los nervios.

—Qué delicadeza la de Bruno.

Nos quedamos en silencio sin saber bien qué hacer.

—Vamos a tomar algo y hacemos tiempo hasta que sea la hora.

—¿Una tila?

—Que sean dos.

Nos sentamos en un bar que había cerca y pedimos dos tilas. Estábamos tan alteradas que ni siquiera hablábamos.

—¿Traes todo el papeleo?

—Sí. Ya me ha dicho Bruno que entre tu padre y tu madre te dejaron lo que faltaba.

—Sí. He prometido devolverlo, pero con lo que tenía ahorrado no llegaba, incluso vendiendo la moto me faltaba un poco, pero ya está arreglado. —Aún no podía creerme que hubiera vendido mi maravillosa moto.

Una hora más tarde, salíamos del banco con mucho menos dinero en las cuentas y con una sonrisa que no nos cabía en la cara.

—Bueno, pues esto hay que celebrarlo.

—Ahora que está todo arreglado, no te digo que no a nada.

Sofía y yo acabábamos de convertirnos en socias. Ella había hablado conmigo hacía unos días porque nuestra jefa (bueno, ahora exjefa) tenía intención de traspasar la escuela. Sofía sabía que lo hacía más por un tema de tiempo que porque el negocio no fuera bien, se informó y pensó en mí para embarcarnos en esa aventura.

Yo tuve que tirar de todos mis ahorros, vender la moto y pedir algo prestado a mis padres. Me había quedado sin nada, pero era la dueña, junto con Sofía, de una escuela infantil. No nos había dado tiempo a pensarlo mucho, pero ¿desde cuándo pensaba demasiado las cosas?

Mientras firmaba los papeles, fui consciente de que estaba haciendo realidad un sueño que ni siquiera sabía que tenía. Fue una sensación extraña y sumamente gratificante. Tanto Sofía como yo éramos conscientes de que nos tocaría trabajar más, pero las dos estábamos muy felices.

Íbamos hablando sin parar. Poniendo en común todos los proyectos que teníamos y que ya habíamos comentado un millón de veces, pero que no nos cansábamos de repetir. Cuando llegamos a la esquina, alguien nos llamó. Al girarnos, vimos a Bruno. Nos paramos para que llegara hasta nosotras. Llevaba dos ramos de flores, no pude evitar emocionarme.

—Esto es para mis chicas, no todos los días se tiene una hermana y una novia empresarias.

A Sofía y a mí nos dio la risa floja, más de nervios que por otra cosa.

Cogimos nuestros ramos y Bruno nos dio una mano a cada una. Nos iba a invitar a comer en un restaurante que nos encantaba. Fue uno de esos momentos de la vida en los que la felicidad es casi plena. Casi.

## 43. Demasiado rápido

*Aquel día me había tocado doblar el turno; bueno, más bien, me había presentado voluntario yo mismo, y es que últimamente alargaba mis días en el trabajo todo lo que podía. Había hecho más guardias en esos últimos meses que en toda mi vida. Simplemente no quería llegar a casa.*

*Me bastaron tres meses casado con Ángela para comprender que aquello había sido un error.*

*La misma noche de la boda ya hablaba de hijos. Me daba la sensación de que Ángela quería ir demasiado rápido, y eso solo hacía que cada día nos distanciáramos más.*

*Mi madre era la única persona con la que había hablado cómo me sentía. Ella me decía que los principios eran difíciles y que costaba un tiempo adaptarse el uno al otro, que tuviera paciencia. Yo sabía que ese no era el problema. Durante los meses que llevábamos casados recordé a la perfección por qué dejé a Ángela cuando éramos jóvenes.*

*Al principio pensé que ella y yo teníamos muchas cosas en común y que era por eso precisamente por lo que nos llevábamos tan bien, pero no tardé mucho entender que la cosa no iba por ahí. Lo que pasaba era que Ángela se amoldaba siempre a todo lo que yo quería y eso, lejos de gustarme, me irritaba cada día más.*

*Preguntas tan simples como qué película le apetecía ver siempre se encontraban con la misma respuesta: «la que tú quieras». ¡Coño, que te estoy preguntando a ti!*

*Ni siquiera tenía claro si se acostaba conmigo porque le apetecía a ella o si lo hacía por mí. Y, joder, eso era tan triste que dejé de hacerlo con ella a la semana de casarnos.*

*Claro que no discutía jamás con ella, si es que nunca me llevaba la contraria en nada.*

*Me había equivocado al casarme con Ángela, pero no tenía ni idea de cómo solucionarlo. Quizá si dejaba pasar un poco más de tiempo...*

*Volvía andando del trabajo, cabizbajo y pensando en todo aquello y en que antes de ir a mi casa me pasaría por la de Bruno para tomar una cerveza con él. Bueno, eso si lo encontraba, últimamente nunca estaba.*

*Cuando yo entraba en el portal, Eli salía. No nos habíamos vuelto a ver desde que ella se fue a vivir con Sofía. Me quedé tan impactado que ni siquiera reaccioné.*

*—Hola, Max. ¿Qué tal?*

*—Mmm... Bien.*

*—Hacia mucho que no nos veíamos.*

*—Sí, demasiado. ¿Todo bien?*

*—No me puedo quejar, supongo que ya te habrá contado Bruno que ahora soy empresaria y dueña de una escuela infantil. —¡¡Dios!! Qué bonita estaba.*

*—Bruno no me habla de ti, pero si te apetece podemos tomar un café en el bar de la esquina.*

*—Sabes que soy incapaz de decir que no a un café.*

*Me puse nervioso como un adolescente. Tenía tan claro que iba a darme una negativa por respuesta que me dio un vuelco el corazón cuando aceptó. No estaba seguro de si eso era bueno o malo.*

*Nos sentamos en una mesa apartada, y Eli me estuvo explicando que entre ella y Sofía habían comprado la escuela infantil en la que trabajaban. Se habían endeudado hasta las cejas, pero estaban muy contentas. Se le veía en la cara. Resplandecía.*

*—Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo te va la vida de casado?*

*—Bien. —Sabía que era una respuesta escueta, pero no me apetecía nada ponerme a hablar con ella de mi vida con Ángela. Prefería saber cosas suyas—. Y tú, ¿tienes pareja?*

*—Pues ahora mismo estoy saliendo con alguien que parece interesante, aunque claro, es un viejo. ¿Puedes creerte que tiene dos años más que tú? Un vejstorio, vamos.*

*Eli sonreía, y yo me cagué en mis muertos. A ese seguramente no le importaba la diferencia de edad como me había pasado a mí. ¿Cómo era posible que después de tanto tiempo Eli siguiera afectándome de esa manera?*



—Creo que coincidiremos el mes que viene. Bruno quiere hacer una cena en su casa y nos ha invitado a todos, así que si no pasa nada nos volveremos a ver en dos semanas.

—Cuando dices todos, ¿quieres decir con parejas?

—Claro, tú estás casado, ¿no pretenderás dejar a Ángela en casa?

—¿Y tú?

—¿Sabes, Max?, estás muy raro. Yo iré con Cristian.

Estupendo, tenía el mismo nombre que el de las putas sombras de Grey. Aquello mejoraba por momentos.

—Bueno, Max, tengo que irme, me están esperando. Nos vemos en un par de semanas.

Me levanté, al igual que ella, y la cogí de la cintura, le di dos besos mucho más despacio de lo que debería. Ella olía como siempre y yo me moría por perderme en ese olor.

¿Qué cojones había hecho? ¿Cómo había podido dejar escapar a Eli?

## 44. *Una cena tensa*

Iba de camino a casa de mi hermano. Sabía que estaba mucho más callada de lo que era habitual en mí. Cristian me miró y se rio por quinta vez ese día.

—Vamos a ver, ¿quieres hacer el favor de tranquilizarte? Todo irá bien.

Cristian sabía lo que sentía por Max. Él y yo manteníamos una relación muy atípica. Éramos lo que comúnmente se llama «follamigos», o por lo menos lo éramos al principio.

Exageré bastante cuando Max me preguntó si estaba con alguien, pero es que me puse muy nerviosa... Hacía tanto que no lo veía que me dio la sensación de que no daba pie con bola. Así que metí a Cristian por medio. Él y yo nos llevábamos muy bien y, aunque habíamos empezado compartiendo cama, finalmente, decidimos que lo mejor era conservar la amistad, que por otra parte era maravillosa, por lo que preferimos dejar de acostarnos.

—Me siento absurda. Está casado, joder.

—Y tú te vas a presentar con un tío que está buenísimo y que, además, te saca trece años, hecho que le joderá en demasía.

—Yo creo que le dará exactamente igual; por si no lo sabes, está casado con la perfecta de Ángela.

—Seguro que le huelen los pies, o la chupa fatal o ronca como un rinoceronte, algún defecto deberá tener, ¿no?

—No lo tengo claro.

A medida que iba acercándome a mi destino más nerviosa me iba poniendo.

Al bajar del coche, Cristian apretó mi mano para infundirme valor. Me dio pena que la cosas con él no hubieran funcionado, nos parecíamos mucho y a su lado todo era fácil. Me trató muy bien y tuvo una paciencia infinita conmigo cuando, al conocernos, me costó tanto acostarme con él. Hasta que le expliqué lo que me había pasado y me hizo sentir tan cómoda que todo fluyó. Pero con

el tiempo entendimos que lo nuestro no funcionaba como pareja, así que nos quedamos con la parte que sí funcionaba; teníamos una estupenda amistad.

Saqué esos pensamientos de mi cabeza; bueno, esos y todos, en el momento en que Max abrió la puerta. Cristian volvió a apretarme la mano y eso me hizo reaccionar. No me pasó desapercibido que lo primero que Max miró fue nuestras manos entrelazadas.

—¿Podemos pasar o nos vas a tener en la puerta toda la noche?

—Sí, perdón, pasad.

Entramos en el salón y allí ya estaban todos, por lo visto, llegábamos algo tarde. Le di a Bruno la botella de vino que habíamos llevado e hice las presentaciones.

Mi hermano y Sofía ya lo conocían, por lo que presenté a Cristian a Max y Ángela.

La mesa ya estaba puesta, así que nos sentamos a cenar. Mientras comía, notaba los ojos de Max fijos en mí. Lo tenía justo enfrente. Sabía que aquella cena no iba a ser fácil para mí.

Una cosa era saber que Max se había casado y otra era verlo. Intenté cenar sin pensar mucho, la comida estaba realmente buena. Mientras me llevaba el tenedor a la boca no pude evitar mirar a Ángela. En ese momento, estaba cogiendo un trozo de queso del centro de la mesa y dándoselo a Max, que, digo yo, era una cosa que podía hacer perfectamente él solo; pero lo que, de verdad, llamó mi atención fue su manicura, era de un color rosa palo. No pude evitar compararla con la mía; yo llevaba las uñas pintadas de negro. Ese simple detalle decía mucho de nuestras diferencias.

Intenté no pensar más en eso; ya sabía que Ángela y yo éramos diferentes, de ahí que la hubiera elegido a ella. Eran la pareja perfecta.

Continué comiendo. Pasados unos minutos, Cristian me dijo algo, no sé exactamente qué fue, pero cuando le contesté, me sacó la lengua. Y Ángela sacó un tema que, por lo visto, le apasionaba.

—¿Llevas un pendiente en la lengua?

—Sí, entre otros sitios.

—¿Y no te molesta? —En esos momentos, a Ángela se le puso cara de asco. Esa chica tenía un problema con los tatuajes y los *piercings*.

—No, la verdad es que no. El único inconveniente es cuando se queda enganchado al de Eli. —Mi hermano escupió el vino que estaba bebiendo.

—Pero si Eli no lleva ningún pendiente en la lengua...

Que alguien la hiciera callar, por favor.

—No, en la lengua, no.

Tuve que aguantarme para no reír, qué burro era Cristian. Jamás nos habíamos quedado enganchados, pero había conseguido callar a Ángela, que en esos momentos estaba tan roja que parecía que iba a explotar.

Max retiró la silla y se fue a la cocina. Me levanté y lo seguí. Notó mi presencia antes de darse la vuelta, y lo primero que me soltó lo hizo con rabia.

—Muy gracioso Cristian.

—La culpa es de tu mujer, que pregunta demasiado. —Enfaticé todo lo que pude la palabra «mujer».

—Hay cosas que se guardan para uno.

—Cristian no tiene filtro, al igual que yo, es algo que me encanta de él.

No tenía ganas de discutir, así que cogí otra botella de vino y me di media vuelta. Max venía justo pegado a mí, por lo que chocó conmigo cuando me paré en el quicio de la puerta. Y es que la pregunta que acababa de hacer Ángela me había dejado sin respiración.

—No, no estoy divorciado, Ángela. La madre de Thiago está muerta. — Desde luego la chica estaba sembrada con las preguntas.

Era curioso que después de tanto tiempo nadie le hubiera explicado nada a Ángela de la situación de mi hermano, preferí pensar que no lo sabía y que esa pregunta era fruto de la ignorancia y no de la maldad.

Noté la mano de Max presionando mi cintura. Estaba casi segura de que no lo hacía para infundirme fuerzas, sino para que me moviera de la salida de la puerta. Pero no pude evitar que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

A la primera persona que miré fue a Sofía. Se le habían puesto los ojos sospechosamente transparentes, por lo que sus siguientes palabras no me sorprendieron en absoluto.

—Además, Ángela, él nunca habla de Isa. —Lo dijo con algo de retintín, pero sin un ápice de malicia.

—No, Sofía, nunca hablo de ella y me gustaría que siguiera siendo así.

—Pero ¡es la madre de tu hijo!

Sofía había alzado la voz, y todo se quedó en silencio. Nunca la había visto así. Sabía que no llevaba bien el tema de Isa, pero no pensaba que le afectaba tanto.

—¡¡He dicho que se acabó!!

Mi hermano se levantó de la silla, echando chispas por los ojos. Lo miré

para que se tranquilizara, pero supe que lo mejor era dejarlo un rato solo.

Sofía también se levantó de la mesa y se fue al baño. Pensé que lo mejor era darle su espacio, eso y que me daba miedo dejar a Cristian solo, con Ángela y Max, a saber qué les soltaba.

—Pues era mucho más apasionante el tema de los *piercings*.

Miré a Cristian y ahora sí que me reí. Estaba nerviosa y sabía que Cristian lo estaba haciendo para que me sintiera más cómoda y para destensar el ambiente. Era una persona encantadora. Di las gracias a la vida por ponerlo en mi camino, había ganado un amigo estupendo.

Me acerqué a darle un beso. Fue un beso insignificante, de estos picos que se dan entre amigos, pero Max retiró la silla y dijo que se iban.

Ángela estaba tan impactada con todo que lo siguió sin abrir la boca. Aunque tampoco habría dicho nada, creo que era de esas personas que hacen caso a todo lo que se les dice. Vamos, igualita que yo.

Yo entré en la cocina y le pregunté a mi hermano si podíamos quedarnos a dormir allí. Sabía que no era el mejor momento, pero habíamos bebido bastante, y si pedíamos un taxi, al día siguiente nos tocaría volver a por el coche.

Mi hermano me dijo que sí al momento. Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pararlas.

—Bruno, no seas tan duro con ella, es difícil competir con un fantasma. Además, Sofía vale la pena, es una tía estupenda. Pero eso tú ya lo sabes.

Cristian y yo nos metimos en la cama vestidos y, antes de apoyar la cabeza, nos quedamos dormidos.

Mi último pensamiento, como cada puñetera noche, lo protagonizó Max. Para llevar tan poco tiempo casado, no parecía muy feliz. Lo que más rabia me dio fue que aún siguiera importándome tanto su felicidad.

## 45. *La verdad de mi hermano*

Nada más abrir los ojos miré a Cristian, que me hizo un gesto con el dedo para que callara. Nos había despertado lo mismo. Y es que Sofía y Bruno hablaban en el salón, y aunque no gritaban, sí habían alzado la voz. Podíamos oírlos tan bien que Cristian y yo seguimos con interés cada palabra de la conversación que tenían entre ellos.

—Lo siento, Bruno, pero no puedo vivir con la sombra constante de ella. Eres incapaz de hablar de Isa y lo único que consigues con eso es que mi cabeza no pare de dar vueltas. Sigues enamorado de ella, por ese motivo jamás te he oído ni siquiera nombrarla, y en cierta manera lo entiendo. Pero no puedo continuar así; por mucho que me duela, no quiero mantener una relación con una persona que sigue enamorada de otra, aunque ella esté muerta.

—No tienes ni puñetera idea de lo que dices.

—¡¡Pues explícamelo!!

—No quiero seguir hablando del tema.

—Pues lo nuestro se acaba aquí.

—¿Hablas en serio? ¿Vas a dejarme solo porque no te hablo de mi mujer muerta?

—Voy a dejarte porque no puedo competir con ella.

—Esto no es una puñetera competición.

—Lo sé, pero no puedo, lo siento.

—¡¡Deja de decir gilipolleces!! ¿Quieres que te hable de ella? Pues siéntate ahí y escúchame bien, porque no pienso volver a repetírtelo. La odio, y es asqueroso decir eso de una persona que ya no está, pero la sigo odiando a pesar de que hace más de un año que se murió.

Cristian y yo nos miramos con los ojos como platos. Mi hermano había hablado entre gritos, pero cuando volvió a hacerlo su voz sonó mucho más calmada; tampoco pasé por alto que había cierta tristeza en ella.

—Te lo voy a explicar todo y nunca más hablaré del tema, Isa es la madre de mi hijo y no quiero que él sepa lo que siento por ella, ¿de acuerdo?

—Vale. —La voz de Sofía fue apenas un susurro.

—Le había pedido el divorcio. Últimamente no hacíamos más que discutir y yo ya no sentía lo mismo por ella. Pero se lo tomó muy mal, empezó a chillarme y discutimos como no lo habíamos hecho hasta el momento. Cuando conseguimos calmarnos, los dos llorábamos. Ella me pidió una segunda oportunidad y yo decidí dársela. Durante un tiempo pareció que estábamos mejor; yo seguía sin sentir lo mismo, pero, por lo menos, no discutíamos tanto. Hasta que se desató el infierno...

»Una noche, mientras cenábamos, me dio una buenísima noticia (según ella, claro). Isa estaba embarazada. Me costó muchísimo reaccionar, hasta que mi cabeza empezó a encajar piezas. Isa siempre había tomado la píldora, pero la dejó para quedarse embarazada sin consultármelo. Ella llevaba mucho tiempo insistiendo con el tema, pero yo no creía, tal y como estaban las cosas, que fuera el momento de tener hijos. Aunque Isa había hecho oídos sordos y me había engañado.

»Esa misma noche me fui a dormir a un hotel. No estaba preparado para enfrentarme a ella. Después de lo de mi madre, odio el engaño con todas mis fuerzas. Yo pensé que Isa se había comportado de manera infantil al creer que un hijo nos uniría. Pero la unión entre nosotros no era lo que ella quería. Lo que de verdad quería Isa era ser madre y me utilizó para ello.

»A partir de ahí todo fue de mal en peor. Ella empezó a ignorarme por completo y yo me fui a vivir a un piso de alquiler. Había conseguido su objetivo y allí yo estaba de más. A ojos del resto de la gente hacíamos ver que continuábamos siendo pareja, aunque estábamos a años luz de serlo. No dije nada de todo esto, ni siquiera a mi familia.

»Cuando nació Thiago, mi odio se suavizó y volví a mi casa para estar con él, pero en apenas unos pocos días comprendí que era imposible que pudiéramos criarlo juntos. Isa lo trataba como si el niño fuera de su propiedad y no me dejaba intervenir en ninguna de las decisiones que tomaba respecto a él. Convivimos como pudimos durante casi dos meses. Las cosas cada vez estaban peor y yo había hablado con mi abogado, quien ya tenía listos los papeles del divorcio; en ellos le pedía la custodia compartida de Thiago. Sabía que sería un camino largo y complejo, ya que Isa no iba a ponérmelo fácil. No hizo falta. Cuando Thiago apenas tenía dos meses, Isa cogió el coche

para ir a la farmacia a comprarle leche. Nunca volvió. Un conductor borracho se saltó un *stop*. —Durante un momento reinó el silencio, supongo que Bruno estaba recordando cosas que dolían y Sofía intentaba asimilar toda la información—. Y ahora que ya sabes la parte de la historia que faltaba, no quiero que volvamos a hablar del tema. No sigo enamorado de ella, simplemente, no he conseguido perdonarla, y eso me hace ser una de las personas más horribles que conozco.

Pude oír el sollozo de Sofía desde la habitación. Me incorporé en la cama, quería hablar con Bruno. No tenía ni idea de nada de aquello, había debido pasarlo fatal, pero Cristian me paró y me susurró al oído que no era el momento. Tenía razón. Pensaba que no lo haría, pero Bruno volvió a hablar, esta vez con su voz llena de dulzura.

—Y otra cosa, Sofía. Es imposible que puedas rivalizar ni con ella ni con nadie, no hay competición posible, ya que jamás he querido a nadie como te quiero a ti.

El sollozo de Sofía se intensificó. No me percaté de que yo también estaba llorando hasta que Cristian me limpió las lágrimas.



## 46. Solo había una cosa que tenía clara

*Eran las cinco de la tarde. Ángela había salido a comer con unas amigas y llegaría bien entrada la noche. Y yo llevaba todo el día viendo series sin enterarme realmente de nada.*

*La cena del otro día había sido extraña. Tenía claro que no sería cómoda, pero fue mucho más que eso, por lo menos para mí. Hacía tiempo que no estaba bien con Ángela; en realidad, no debí haberme casado con ella, pero durante la cena fui consciente de que lo había hecho estando enamorado de Eli, y eso era hacer muy mal las cosas.*

*Ángela era una persona estupenda, aunque estaba claro que no era para mí. Eli me hacía sentir tantas cosas solo con su presencia que me dejaba totalmente fuera de juego. Pero yo no quería divorciarme, quiero decir, crecí en una casa en la que una persona lucha por el matrimonio y no se divorcia a la primera de cambio. Y aunque mis padres me inculcaron muchas creencias que no sigo, esta, sin saber por qué, estaba grabada a fuego en mí.*

*Saqué todos aquellos pensamientos de mi cabeza, apagué la tele y subí a casa de Bruno. Era eso o volverme loco.*

*Cuando llamé al timbre advertí que quizá no era el mejor momento para pasarme por allí. Ya no subía tanto como lo hacía antes y podía ser que Bruno estuviera con Sofía. Antes de que pudiera dar media vuelta, Bruno abrió la puerta. Llevaba a Thiago en brazos y no tenía muy buena cara.*

*—No veas si has tardado en subir, estaba a punto de bajar yo.*

*—Pensé que quizá no era el momento.*

*—Deja de pensar tanto las cosas, colega, hay veces en las que es mejor actuar. Anda, ven y siéntate en el sofá, tenemos que hablar.*

*—Eso ha sonado como si fueras mi pareja y quisieras dejarme.*

*—No voy a dejarte, pero voy a soltarte un buen discurso, cariño.*

*Los dos sonreímos, aunque yo sabía que Bruno no hablaba en broma y la conversación iba a ser seria.*

*Me senté en el sofá, pero fui incapaz de sentirme cómodo. Bruno puso a Thiago en una alfombra y lo rodeó de juguetes, imagino que con la esperanza de que nos dejara hablar tranquilos.*

*—La otra noche hice lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo, por fin siento que he liberado una parte importante de mí. Sofía tuvo que tensar tanto la cuerda que no me quedó otra que explotar, y le doy las gracias por ello.*

*—Pues en aquel momento no se te veía muy agradecido, estabas que echabas humo.*

*—Sí, me faltó muy poco para mandarlo todo a la mierda, pero hablé con Sofía y he aclarado muchos puntos de mi vida.*

*Bruno empezó a explicarme todo lo que había sucedido con Isa. No podía salir de mi asombro. Al igual que Sofía, siempre pensé que Bruno era incapaz de hablar de ella por el daño que esto le producía.*

*Cuando terminó, suspiró y los dos nos quedamos en silencio.*

*—Te he soltado todo este rollo para que entiendas que estar metido en un matrimonio en el que no quieres estar, al final, pasa factura. Esto no quiere decir que no quisiera a Isa; la quise, al principio, pero tenía que haber puesto fin a lo nuestro en el momento en el que me percaté de que había dejado de quererla.*

*—Entonces no tendrías a Thiago.*

*—Eso es verdad. No cambio nada de lo que he hecho porque no sería yo si lo hiciera, pero estar con alguien a quien no quieres es una puta mierda.*

*—¿Y con Sofía?*

*—A Sofía la quiero como no he querido nunca a nadie, y te aseguro que estar con la persona que quieres es maravilloso. Pero no hablo de Sofía en este momento, sino de Eli.*

*—¿Eli? ¿Qué tiene que ver ella en esta conversación?*

*—Eli es la conversación. Si te he explicado todo esto es porque necesito que entiendas que si sigues con Ángela, queriendo a Eli, tarde o temprano tu vida se convertirá en un infierno. Eso si no lo ha hecho ya, porque no creo que sea muy agradable ver a la mujer de la que estás enamorado con otro.*

*—¿Desde cuándo sabes que estoy enamorado de tu hermana?*

*—Casi desde el principio.*

—No me has dicho nada.

—Tú a mí tampoco.

*Estuvimos callados unos segundos, mientras yo escogía las siguientes palabras.*

—Somos tan diferentes...

—Sí, lo sois, ¿y qué?

—¿Crees que funcionaría?

—No tengo ni puta idea. Ni tú tampoco, ni siquiera lo sabe Eli, pero si no lo intentas nunca lo sabrás.

—Y tú, ¿desde cuándo das consejos?

—Esto no es un consejo, esto es una patada en el culo. Y otra cosita: Eli es una de las personas a las que más quiero en el mundo, ni se te ocurra hacerle daño.

—No tengo ni puñetera idea de cómo arreglar esto sin hacer daño a nadie.

—Va a ser complicado, pero intenta tomar la decisión que creas correcta para ti; al fin y al cabo, es tu vida.

*Esa noche no pude conciliar el sueño. Mi cabeza no paraba de dar vueltas. Cuando me levanté por la mañana tenía un montón de dudas; no sabía si Eli volvería a aceptarme, no sabía si nos llevaríamos bien con lo diferentes que éramos, no tenía ni idea de cómo hacer que me perdonara y creyera que quería estar con ella de verdad.*

*Solo había una cosa que tenía clara: quería el divorcio.*

## 47. *Mi suerte*

Habían pasado más de dos semanas desde que escuchara a hurtadillas la conversación entre mi hermano y Sofía. Esperé un tiempo prudencial para sacar el tema con Bruno, pero ya me había cansado de esperar. Así que esa noche separé a la parejita feliz (que, por cierto, desde la conversación en la que se destapó todo, eran incapaces de mantenerse alejados).

Quedé para cenar con mi hermano en un restaurante que nos gustaba mucho a los dos. Sofía se quedaría con Thiago y así nadie nos interrumpiría. Cuando estuve lo suficientemente cerca, lo vi apoyado debajo de una farola. No lo pensé porque fuese mi hermano, es que el capullo era realmente guapo; además, después de aclarar las cosas con Sofía sus facciones se habían suavizado, haciendo que aún pareciera más atractivo.

—Perdona, ¿estás esperando a alguien?

—A una morena *tocapelotas*. A ver qué es lo que quiere esta vez.

—Lo sabes perfectamente, así que pasa y pide una botella de vino que sea fuerte, porque no pienso darte tregua. —Lo oí resoplar por lo bajo y no pude evitar sonreír. Definitivamente parecía yo la hermana mayor.

Habíamos acabado el primer plato y dejé que me hablara de cosas banales, pero ya era hora de sacar el tema por el que había decidido cenar esa noche con él.

—Vale, ya puedes callarte y escucharme...

—¿Tienes que ser tan desagradable? Estaba hablando.

—No, en realidad no, pero no te has callado en toda la noche y piensas que soy tonta y que, si hablas sin parar, se me va a olvidar por lo que estamos aquí. Así que deja de tratarme como si tuviera tres años, es una falta de respeto a mi inteligencia. —Puse cara de niña repelente y mi hermano soltó una carcajada.

—Eres la hostia.

—Lo sé. Y ahora al lío. Ya puedes empezar a explicarme qué fue lo que pasó entre Isa y tú. —Lo vi tragar saliva y, por un momento, pensé que no soltaría palabra, pero me equivoqué.

—Siento no habértelo contado antes, de verdad que lo he intentado un montón de veces, pero he sido incapaz. Si no estuviera Thiago, quizá me resultaría más fácil, no sé, pero era su madre y tengo la impresión de que si hablo mal de ella le estoy haciendo daño a él. —Bruno tomó aire y lo dejé continuar, me daba la sensación de que si lo interrumpía no volvería a hablar —. Fue un *shock* encontrarme solo, criando a un hijo de apenas dos meses. Cada vez que me veía sobrepasado por algo la odiaba más, pero era un sentimiento de lo más contradictorio, porque, por otra parte, sabía que si ella continuara viva yo no podría disfrutar de mi hijo como lo estaba haciendo. Al final, Thiago me daba tanta faena que dejé de pensar en ella. Hasta que apreció Sofía para cambiar mi manera de ver las cosas y derribar todos los muros que tanto me había costado levantar. —Una sonrisa iluminó su cara, y yo me imaginé a Sofía, con la delicadeza que la caracterizaba, con una maza en las manos y tirando muros a diestro y siniestro. No pude evitar sonreír. Tenía la certeza de que él estaba encantado con la irrupción de ella en su vida —. Ella quería que nombrara a Isa y yo no me veía capaz de hacerlo, pero me presionó tanto que no me quedó otra opción que explotar y contárselo todo. El resto de la historia ya la sabes.

—Sí, oí una conversación ajena y me enteré de todo. Lo siento, sé que no debí hacerlo. Gracias por compartir conmigo todo esto.

—Gracias a ti por escucharme, y perdona por no haber sido capaz de explicártelo antes.

—Lo has hecho cuando has estado preparado.

—Sí, supongo que sí.

—No ha debido de ser fácil. Has pasado por mucho, tú solo.

—La verdad es que ha habido momentos realmente duros, pero ya forman parte del pasado. —Una preciosa sonrisa iluminó la cara de mi hermano, y nos quedamos unos minutos en silencio.

—Ahora vamos a brindar. —Los dos levantamos nuestras copas—. Por las segundas oportunidades.

—Qué lástima me da el resto del mundo. —Me quedé con la copa a medio camino.

—¿Y eso por qué?

—Porque solo yo cuento con la suerte de tener una hermana como tú. Te quiero muchísimo, pequeña.

Una sola lágrima recorrió mi mejilla mientras brindaba con mi hermano; lo que no le dije, por no ponerme a llorar como una Magdalena, era que la suerte siempre había sido mía al tenerlo a él.

## 48. Ángela

*Llevaba cinco minutos en la puerta de mi casa con las llaves en la mano. No podía pasarme toda la noche allí, tenía que entrar y enfrentarme a ella, aunque no supiera ni por dónde empezar. Un solo pensamiento pasaba por mi cabeza: cuanto antes empezara, antes acabaría todo.*

*No solo me enfrentaba a Ángela, sino que también lo hacía a una creencia que tenía muy arraigada y que iba a hacer pedazos en los siguientes veinte minutos. No lo pensé más. Tomé aire y abrí la puerta.*

*—Hola, cariño. Estoy en la cocina, preparando la cena. —Estupendo. Si Ángela fuera de otra manera, aquello sería mucho más fácil.*

*Me asomé y la vi cocinando con el pijama y el delantal puesto. Me recordó a mi madre.*

*—Ángela, ¿podemos hablar un momento en el salón?*

*—Claro, apago esto y voy enseguida. —Ángela jamás me había dicho que no a nada y ni siquiera me hacía esperar; daba igual lo que ella estuviera haciendo, lo dejaba en cuanto yo la llamaba. Me dio mucha pena toda la situación y especialmente ella.*

*Se sentó en el sofá con una sonrisa en la boca, que se fue apagando a medida que iba viendo mi expresión. Cogí su mano, sin saber si quería darle fuerzas a ella o a mí mismo.*

*—Verás, Ángela. No quiero darle vueltas a esto y menos hacerte daño, así que voy a ser directo. Quiero el divorcio.*

*Ángela parpadeó con rapidez y me miró con una expresión aturdida, como si no hubiera comprendido lo que le había dicho.*

*—No lo entiendo, ¿he hecho algo mal?*

*—¡No! Por supuesto que no, de verdad que esto suena a tópico, pero no es por ti.*

*—Entonces has conocido a alguien.*

*No era una pregunta, era una afirmación y hubo dos cosas que llamaron mi atención. Una, que ella pensara que solo podría dejarla porque no hubiera hecho algo bien, o porque yo hubiera conocido a alguien. Y la otra, que no pensaba mentirle a Ángela, no se lo merecía.*

*—Sé que voy a hacerte daño con mis siguientes palabras, pero no quiero mentirte. En realidad, me casé contigo estando enamorado de otra.*

*Sabía que estaba siendo demasiado directo, incluso algo cruel, pero no esperé en ningún momento el guantazo que me soltó Ángela.*

*Se levantó sin que me diera tiempo a reaccionar y se dirigió a mí con una cara y un tono que no había visto jamás.*

*—¿Y se puede saber quién es ella?*

*—Creo que no es necesario.*

*—Para mí sí que lo es.*

*—Está bien, es Eli, la hermana de Bruno. —Era una tontería ocultárselo, al final se acabaría enterando.*

*—¡¡Esa zorra!!*

*—Ángela, entiendo que estés dolida, pero te agradecería que no hablaras de ella así.*

*—De acuerdo. Si haces el favor de marcharte y dejarme un par de horas, vaciaré todas mis cosas y me iré.*

*—Puedes tomarte el tiempo que quieras. Si es necesario, dormiré en un hotel.*

*—No hace falta. Ya has tomado una decisión y sé que cuando eso pasa nada te hará cambiar de idea. —Me conocía muy bien.*

*Me acerqué y le di un beso en la frente. Me parecía mentira que todo hubiera acabado así.*

*Cuando salí por la puerta me percaté de lo sorprendido que estaba con la reacción de Ángela. No tenía ni idea de cómo habría reaccionado yo, pero desde luego así no.*

*Me fui a dar una vuelta con el coche y sin darme cuenta acabé en el mirador donde un día fui con Eli. Salí del coche y estuve un rato contemplando el paisaje. Perdí la noción del tiempo. No sabía cuánto llevaba allí cuando sonó mi móvil. Era un mensaje de Ángela, para decirme que ya podía volver al piso. Se había marchado. Incluso, al final del wasap me decía que disfrutara mucho de mi soltería y de mi piso. No acabé de entenderla, pero volví a casa porque ya estaba oscureciendo.*



*Mientras subía por las escaleras, oí a alguien bajar y de pronto me encontré con Eli. Hubo un momento tenso para ver quién pasaba primero.*

*—Hola, Max.*

*—¿Qué tal, Eli?*

*—Bien, ya me iba. Adiós.*

*Al pasar junto a mí, pude olerla y sentirla más cerca de lo que la había sentido desde hacía mucho tiempo. La agarré de la muñeca con suavidad y la giré, haciéndonos quedar muy cerca. Pude notar cómo su respiración se aceleraba.*

*Miré su boca y me abalancé sobre ella como si hiciera días que no comía y aquel fuera mi plato preferido. Por fin había hablado con Ángela y me sentía libre, aunque aún no lo fuera del todo. La besé sin ningún remordimiento. El beso se intensificó. Metí mis manos por debajo de su camiseta y la toqué con las ganas acumuladas durante tanto tiempo. Nuestras respiraciones se aceleraron y empezamos a jadear. Cuando pensé que lo mejor era subir a mi piso, Eli deshizo el beso de manera precipitada y recibí, por segunda vez, en apenas unas horas, otro guantazo.*

*No me dio tiempo a nada, pues Eli bajó las escaleras a tal velocidad que, por un momento, tuve miedo de que se cayera.*

*La había cagado, no tenía que haberla besado de esa manera. Quería hacer las cosas bien con ella y me había apresurado. Ya pensaría, después de darme una ducha de agua fría, cuál era la mejor manera de reconquistar a Eli.*

*Con todos aquellos pensamientos, llegué a la puerta de mi piso. Al abrirla y entrar, pude comprobar que, al fin y al cabo, Ángela no se lo había tomado tan bien como pensé en un principio.*

*El piso estaba destrozado.*

## 49. *Todo*

Llevaba bastante tiempo sin pasarme por casa de mi hermano, exactamente desde la noche en que Max me besó. Me dio tanta rabia responderle al beso como lo hice que me enfadé más conmigo misma que con él.

Max conseguía despertar una parte de mí con la que hasta yo me asombraba. Fui incapaz de no besarlo y me costó muchísimo separarme de él, pero no estaba dispuesta a que volviera a jugar conmigo y menos mientras estaba casado con otra.

Esa noche Sofía y Bruno salían y me había ofrecido voluntaria para hacer de canguro. La verdad era que mi vida personal dejaba mucho que desear, por lo que cada vez que mi hermano y Sofía iban a algún sitio yo cuidaba de Thiago.

Cristian estaba conociendo a una chica estupenda y quedábamos menos que antes. Me alegraba por él, pero me sentía mucho más sola desde que nos habíamos distanciado. A la pareja de José lo habían trasladado durante un tiempo a un pueblecito de la costa y, aunque me escapaba algún fin de semana, lo echaba mucho de menos. Correr sin él no era lo mismo. Todo esto, unido a que Sofía quería pasar casi todo el tiempo libre que nos dejaba nuestro trabajo junto a Bruno, hacía que mis planes en lo referente al ocio dieran bastante pena.

Cuando llegué a casa de mi hermano me costó pasar de la puerta, ya que podía ver a través del pasillo que, sentado en el sofá, estaba Max. Intenté controlar el vuelco que me dio el corazón. Fracasé.

Hacía más de un mes que Bruno me comentó que Max se había divorciado de Ángela. Al enterarme casi grité de entusiasmo y no pude evitar hacerme ilusiones, pero en todo aquel tiempo Max no había dado señales de vida y yo me fui desencantando a medida que pasaban los días. No entendía que me hubiera besado mientras seguía casado con Ángela, y ahora, que ya no lo estaba, no diera señales de vida. Ese chico era muy complicado.

En lo primero que me fijé fue en la sonrisa de mi hermano, era una mezcla de nervios y recochineo que no pude pasar por alto.

—Veo que ha sido divorciarse y este ha vuelto a gorronear.

—Hola, Eli. Yo también me alegro de verte. —Su voz parecía nerviosa y no entendí el porqué.

—Eli, ¿quieres una cervecita o un *whisky*? Creo que lo vas a necesitar. —  
¿Desde cuándo bebía yo *whisky*? Qué raros estaban los dos—. Verás, hermanita, aquí el gorrón ha venido para preguntarme una cosa y creo que tú también tienes algo que decir a eso. —Mi hermano sonreía de una forma bastante extraña.

—Eso, tú pónmelo fácil, cabrón. —Max miró a Bruno con cara de estar bastante enfadado, pero vi a mi hermano poner los ojos en blanco.

—Me tenéis intrigada. Soy toda oídos. —Me senté frente a Max y al lado de Bruno.

—¿Seguro que no quieres algo fuerte?

—Seguro. —Me estaba poniendo más y más nerviosa.

—Luego no digas que no te he avisado.

—Vale, Bruno, por si no te has fijado estoy aquí. —La voz de Max titubeaba al hablar y no pude evitar mirarlo.

—Más vale que lo sueltes ya, aunque ya sabes lo que pienso al respecto. —  
Ahora Bruno tuvo que aguantarse la risa y yo cada vez entendía menos lo que estaba pasando.

Me pareció extraño que mi hermano siguiera allí. No tenía ni idea de lo que Max quería decirme, pero desde luego hubiera preferido estar a solas con él.

—Pues, verás, Eli. Hace más de un mes que le pedí el divorcio a Ángela, y es que no podía seguir casado con una persona estando enamorado de otra. —  
Mi corazón se aceleró. Como ahora me dijera que esa otra no era yo, le daba con lo primero que pillara en la cabeza—. Tardé en ser consciente de que me había equivocado y de que mi matrimonio con Ángela había sido un error. Pero quiero hacer las cosas bien contigo, no quiero que nos pase como la otra vez, por lo que he venido a pedir a tu hermano si me da permiso para salir contigo de manera formal.

Tardé un rato en asimilar la información. Mi hermano fue incapaz de contenerse y ahora reía a carcajada limpia. Y yo... yo no recuerdo haber estado más avergonzada y enfadada en toda mi vida.

Dejé de mirarlo a él y miré a Bruno.

—¿Este tío es gilipollas o qué le pasa?

—Ya le he dicho que no era buena idea. —Bruno se agarraba con las manos la barriga, por lo visto le dolía de tanto reír. Se lo estaba pasando bomba.

—Pero es que yo quiero hacer las cosas bien...

—Vamos a ver —me presioné con los dedos el puente de la nariz, en un intento de relajarme; no funcionó—, ¿hacer las cosas bien para ti es dejarme sin voz ni voto en mis propias decisiones? ¿Es venir a que mi hermano, que ni pincha ni corta, tome una decisión por mí, como si yo fuera una persona incapaz de tomarlas por mí misma? Ya puedes salir de aquí, ahora mismo no me apetece nada verte la cara.

Me levanté y me dirigí a la habitación de Thiago, echando chispas por los ojos. Le hubiera dicho un montón de palabrotas, pero preferí contenerme y comportarme como una persona madura, todo lo contrario a lo que era él.

Tampoco quería llorar, estaba muy enfadada por la forma en la que me había tratado Max, pero una parte de mí, aunque fuera una parte muy pequeña, estaba dando saltos de alegría porque, por fin, Max había entendido que, incluso con todas nuestras diferencias, podríamos tener una relación.

No obstante, esa parte pequeña que saltaba se paró de golpe al oír, mientras me alejaba, cómo Max aún tuvo la desfachatez de preguntar a Bruno qué era lo que había hecho mal. Oí las risas de mi hermano hasta que llegué al dormitorio. La contestación de Bruno llegó en una sola palabra: «todo».

## 50. *No te la mereces*

La noche siguiente a que Max hiciera lo que hizo, cené con mi hermano y Sofía. Bruno no pudo callarse, así que cuando aún no había acabado la primera copa de vino, vi una sonrisa en su cara con la que tuve claro que no estaba pensando nada bueno.

—Eli, ¿le has contado a Sofía lo que hizo ayer Max?

—Hemos tenido mucho trabajo hoy, y cuando puedo hablar con ella resulta que tiene un novio de lo más pesado, que no la deja ni a sol ni a sombra.

—Te jodes. Venga, cuéntaselo, que tengo ganas de reírme un rato.

—Bruno, cuando te lo propones eres muy imbécil.

Sofía, que ya estaba acostumbrada a estos piques entre nosotros, me miró con cara de preocupación, y empecé a hablar.

—Pues, en realidad, no es nada. Max se presentó ayer en casa de Bruno con la finalidad de pedirle que le diera su consentimiento para salir conmigo. — Noté que me estaba poniendo roja, era una mezcla entre vergüenza y rabia. Las carcajadas de mi hermano no ayudaron lo más mínimo. Vi cómo Sofía se giraba hacia él con cara de mosqueo.

—No entiendo qué te hace tanta gracia, la verdad. —A mi hermano se le cortó la risa de golpe y yo le saqué la lengua—. Max ha sido criado en una familia muy católica, y aunque él no comparta casi ninguna de esas creencias, hay otras que se han arraigado tanto que es difícil luchar contra ellas. —Ahora Sofía se giró hacia mí. Tragué saliva—. Sé que te lo has tomado como una ofensa personal, pero creo que lo mejor es que hables con él, creo firmemente que lo ha hecho con la mejor de las intenciones.

—Estoy segura de eso, pero, joder, Sofía, que esas cosas me las tiene que preguntar a mí, no al tonto de mi hermano.

—¡¡Eh!! Que estoy aquí.

—Lo sé, por eso lo he dicho.

—Tienes razón, Eli, son cosas que tiene que preguntarte a ti, pero al igual que tú siempre dices que no vas a cambiar por nadie, tienes que respetar que Max quizá tiene otra manera de actuar, aunque a ti no te guste. Házselo saber, pero no dejes que el orgullo te venza, hay cosas por las que vale la pena tragárselo. —Sofía me guiñó un ojo, y yo miré a Bruno.

—No te la mereces ni de coña, te da veinte mil vueltas.

—Lo sé, aún no entiendo qué hace conmigo. —Bruno se encogió de hombros y puso su mejor cara de niño bueno.

Se miraron con tanto amor que tuve clarísimo que estaban hechos el uno para el otro.

Esa noche, cuando me metí en la cama, repasé mentalmente todo lo que me había dicho Sofía. Tenía razón. No podía dejar que el orgullo ganara. Tendríamos que aprender, por lo menos, a respetar nuestras diferencias, o lo nuestro no funcionaría.

Tenía que hablar con Max, pero iba a esperar un poco. Él se había casado con otra y yo lo había pasado fatal, así que se lo haría pasar mal a él, aunque solo fueran unos pocos días.

## 51. *Querer nuestras diferencias*

*Vale, quizá me había comportado como esperaban mis padres que lo hiciera y no pensé que para Eli sería una ofensa.*

*Después de aquel beso en la escalera, estuve pensando la mejor manera de empezar con buen pie con ella y no precipitarme, pero estaba claro que la había cagado.*

*Durante toda esa semana le mandé flores al trabajo disculpándome sin obtener respuesta alguna. La había llamado por teléfono y, aunque pensé que no me lo cogería, pude pedirle perdón por ahí. Se mostró seca pero dialogante.*

*Hablé con Bruno y me dijo que no me preocupara, que el día que fui a su casa a hablar con él, Eli estaba muy enfadada, pero que, a medida que pasaban los días, incluso se habían reído de la situación. No quería pensar que se estaban descojonando a mi costa.*

*Esa semana también me sirvió para pensar en alguna cosa que le gustara de verdad a Eli y la hiciera reaccionar. Me costó lo mío, pero por fin había encontrado algo. Así que esa misma tarde fui a buscarla a su trabajo. Esperaba que aquello funcionara.*

*Salió con cara de enfadada, pero al mirarme aflojó un poco su expresión.*

*—Me gustaría hablar contigo.*

*—Te escucho.*

*—Vale, verás, no sé qué hacer para que me creas. Quiero estar contigo, Eli. Quiero intentarlo, de verdad. Me hizo falta muy poco tiempo con Ángela para entender que a quien de verdad quiero es a ti. Necesito que me creas. Necesito que sepas que quiero estar contigo. Por eso he cogido hora en un estudio para hacerme un tatuaje. Espero que esto sirva para que te des cuenta de lo mucho que te quiero, ya que odio las agujas.*

—De verdad, Max, pareces jodidamente tonto. —No se me pasó por alto que le salió una media sonrisa y eso me dio algo de esperanza.

—¿Qué he hecho mal esta vez?

—¿No lo entiendes, Max? Yo no quiero que cambies por mí, al igual que yo no pienso hacerlo por ti. Me ha sentado fatal que hablaras con mi hermano en lugar de hacerlo conmigo, pero comprendo que tienes una manera de ser muy distinta a la mía y esto hará que nos enfademos continuamente; no obstante, aunque somos diferentes, nos tenemos que querer precisamente por esas diferencias. Yo te quiero así; responsable, contenido y planchándote hasta el pijama, y si tú no me quieres como soy, no pienso cambiar nada por ti, así que ahora es el momento de planteártelo.

—¿En qué momento te has convertido en la adulta de esta relación?

—Lo he sido desde el principio, lo que pasa es que has tardado mucho en comprenderlo. Pero hablo en serio, Max. Piénsatelo bien, porque yo no voy a cambiar ni por ti ni por nadie.

—Me lo he pensado mucho más de lo que lo hago habitualmente, que ya es decir, y a pesar de que me ha costado mucho aceptarlo, estoy loco por ti, casi desde la primera vez que te vi. Sé que no va a ser fácil, somos muy diferentes, pero merecerá la pena intentarlo. Eli, cuando finalmente acepté que me había enamorado de ti y decidí que quería empezar una relación contigo, supe que te quiero tal y como eres y que no cambiaría absolutamente nada en ti.

Nos quedamos unos instantes en silencio y cuando pensé que Eli no iba a decir nada por fin contestó, haciendo que un suspiro de alivio saliera por mi boca.

—Cuando me enamoré de ti lo hice con todas nuestras diferencias. Por lo que, por muy difícil que sea, no quiero que cambies nada. Eso sí, no pienso tolerar que te comportes como lo hiciste el otro día en casa de Bruno. Si quieres algo de mí, soy yo la que decido, tengo edad suficiente como para tomar mis propias decisiones y en eso no aflojaré un ápice. —Eli me miró y volvió a sonreír mientras me cogía del brazo—. Así que, por favor, no te hagas ese tatuaje.

—Menos mal, porque, a diferencia del Grey ese, no llevo bien el dolor, y menos, si no es necesario.

Desde que un compañero llevara esos libros al trabajo y los leyéramos todos durante las horas muertas en las que no teníamos faena, nos habíamos



*convertido en un puto club de lectura. Desde luego, el libro había dado para horas de debate entre nosotros.*

*Saqué al jodido Grey de mi cabeza (no tenía ni idea de qué hacía ahí) y atraje a Eli hasta mí. Nos fundimos en un beso al que fuimos incapaces de poner fin hasta que alguien carraspeó cerca de nosotros y nos percatamos de que se nos había ido de las manos.*

*—Te quiero, pequeña.*

*—Y yo a ti, vejestorio.*

*Los dos sonreímos y una imagen pasó por mi cabeza. No pude evitar sonreír de nuevo.*

*—¿Qué te hace tanta gracia?*

*—Hay una cosa a la que tendrás que enfrentarte en breve, y que no me perdería por nada del mundo.*

*—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber qué es?*

*—Me muero de ganas de presentarte a mi madre.*

*Eli puso una cara con la que fui incapaz de no reír. A mi madre le iba a costar aceptarla, lo sabía con certeza, pero estaba seguro de mi amor por ella y nadie iba a cambiar eso. Ya no.*

*Eso sí, el día en cuestión iba a ser una batalla de titanes, con la que estaba seguro de que Eli iba a sacarme los colores y más de una sonrisa.*

# *Epílogo*

*Unos meses más tarde*

Hacía un par de meses que me había mudado a casa de Max. La verdad era que estaba encantada, porque Sofía también se había ido a vivir con Bruno y había alquilado su piso, por lo que pasaba bastante tiempo con ellos y Thiago.

El mes anterior, mi hermano y Sofía se habían casado, por lo civil, en una boda muy sencilla a la que asistimos unos pocos invitados.

Tanto Bruno como yo sufríamos porque mis padres volverían a verse, después de muchos años, y, además, mi madre iba a asistir acompañada de Alberto. Pero nos sorprendieron a todos comportándose como dos personas adultas. Incluso se saludaron cortésmente.

Mi hermano me eligió para abrir el brindis y para leer un pequeño discurso. Me lo preparé y me quedó precioso, pero fui incapaz de pronunciar una sola palabra, porque inexplicablemente no podía parar de llorar. Max acudió en mi ayuda y entre los dos hicimos lo que pudimos.

La convivencia con Max era tal y como los dos esperábamos que fuera: complicada. Él era tan organizado y ordenado, y yo era tan desastre... Sin lugar a duda, lo mejor de discutir tanto eran las reconciliaciones. De momento, estábamos muy bien, aunque con nuestras eternas diferencias.

El único contrapunto era la madre de Max. No teníamos lo que se dice una buena relación. Ella me culpaba de que su hijo se hubiera divorciado de Ángela. Bueno, me culpaba de eso y de casi todos los males del mundo.

La cara que puso la primera vez que me vio se quedará grabada en mi cabeza para siempre. Y es que, durante un momento, me planteé ir vestida tapando mis tatuajes; luego pensé que era absurdo, ya que tarde o temprano los vería, y, además, yo era así y no tenía que esconderme de nadie. Aunque cuando mi suegra me vio estuvo a punto de darle un infarto. No paraba de

pasear su vista de mis brazos a los pendientes de mi cara. Miraba a Max como preguntándole de dónde me había sacado.

Por el contrario, mi suegro se mostró muy tolerante con mi aspecto e, incluso, lo vi sonreír en alguna ocasión en la que lo pillé mirando a Max mientras este me miraba a mí.

El único momento bonito que viví en casa de mis suegros fue cuando nos pusimos a recoger la mesa (el padre de Max no movió un dedo, a eso también me costaría acostumbrarme) y, mientras Max y su madre estaban en la cocina, su padre me cogió suavemente de la muñeca y, con una enorme sonrisa en la cara, me dijo:

—Gracias por enseñarle a mi hijo lo que es el amor.

Estuve a punto de decirle que eso lo había aprendido él solito, pero me callé, sonreí y me quedé con que era una frase bonita y que, por lo visto, contaba con un aliado en casa del enemigo.

Más tarde, cuando llegamos a casa, Max incluso me sacó alguna sonrisa recordando los momentos más tensos vividos durante esa noche. Intentaba que no me afectara, pero no me gustaba que mi relación con su madre fuera tan tirante. Max decía que con el tiempo se le pasaría, yo no estaba tan segura de eso.

A Sofía y a mí el negocio nos iba viento en popa, y es que no hay nada mejor que trabajar en lo que te gusta y ponerle tanta ilusión a todo.

Me quité el pijama y lo coloqué bien doblado encima de la cama. Max se empeñaba en planchar también el mío, y si lo dejaba de cualquier manera se arrugaría, y no tenía ganas de oírlo.

Cuando estaba acabando de arreglarme, Max entró al dormitorio.

—¿Dónde vas tan guapa? —Llevaba tejanos con una camiseta blanca y unas Converse de ese mismo color.

—Al mismo sitio que tú, ¿de verdad es necesario que te pongas traje?

—Es negro, elegante y pega con el sitio.

—No estoy de acuerdo, pero vale. Estás guapísimo, como siempre.

Se acercó a mí por detrás y me besó justo debajo de la oreja. Era ese punto que él sabía que me volvía loca. Me di la vuelta y lo besé con ganas. Max casi me arrancó la camiseta. Me agarró por el culo y caminó hasta que mi espalda quedó pegada a la pared. Continuó besándome como si fuera la última vez que lo hacía. Me encendí tanto y tan rápido que nuestras ropas volaron. Cuando entró en mí, jadeé, había sido demasiado brusco y profundo. Ya sabía lo que

me gustaba. Nos miramos a los ojos y supe exactamente lo que quería: que lo mirara mientras un orgasmo interminable me pilló completamente por sorpresa.

Aunque pareciera mentira, el sexo con Max cada vez era mejor. Y eso era mucho decir.

Me volví a meter en la ducha y obligué a Max a ducharse después o al final llegaríamos tarde. Nos vestimos otra vez y, cuando estuvimos listos, nos preparamos un desayuno ligero, consistente en tostada y café; una vez más, el líquido mágico me recargó de energía. A continuación, cogí el ramo que había dejado en la entrada y subimos a casa de Bruno. Lo vi mucho más serio de lo habitual, pero se fue relajando a medida que Sofía le iba hablando.

Hicimos el camino todos en el mismo coche y en absoluto silencio. Incluso Thiago estaba más callado de lo normal.

Cuando llegamos, nos bajamos del coche, mirando los cinco al mismo sitio. En un principio, pensé que lo adecuado era que fueran ellos tres solos, pero mi hermano insistió tanto que decidimos acompañarlos.

—Mira, Thiago, cariño. Ahí, de alguna manera, está tu mamá.

No pude evitar mirar a Sofía, que me devolvió la mirada acompañada de una tímida sonrisa.

Sofía había conseguido que mi hermano se reconciliara con él mismo y con su pasado, perdonando con ello a Isa.

Ahora mi sobrino tenía una foto de su madre en su cuarto, y tanto Sofía como Bruno le hablaban de Isa de manera natural. Ese era el mejor regalo que podían hacerle a Thiago; regalarle su propia historia, sin mentiras y sin rencor.

Noté la mano de Max enredarse a la mía y lo miré algo emocionada. La vida nos había dado un poco de todo. Yo aún era incapaz de oír a Max bajarse una cremallera cuando estábamos en un momento íntimo, y él se había comprado todos los pantalones con botones.

Me había reconciliado con mis padres y con su historia. Y, luego, la vida también me había dado a Sofía, a mi hermano, a Thiago y a Max, haciendo que todo lo malo se diluyera y dejándome con una sensación de felicidad difícil de explicar.

## *Diez años después*

Íbamos de camino a casa de Sofia y Bruno a celebrar el cumpleaños de Thiago. No podía creer que cumpliera doce años; ¿en qué momento mi sobrino había dejado de ser un niño?

—Me parece increíble que Thiago cumpla doce años. —Lo verbalicé en voz alta para acabar de creérmelo.

—A mí lo que me parece increíble es que tu hermano se empeñe en celebrar su cumpleaños como si tuviera tres.

—Para eso estamos los titos guais, para hacer regalos apropiados. —Le guiñé un ojo y paré el coche en doble fila—. Anda, ven aquí, tío guay, y dame un beso en condiciones.

—Si te doy un beso ahora no vamos a poder parar, y lo sabes. Si quieres dar media vuelta y llegar tarde, por mí no hay problema.

—Mejor arranco el coche.

A Max le dio la risa y yo no pude evitar sonreír. Llevábamos más de diez años juntos, habíamos tenido nuestros más y nuestros menos, él continuaba siendo un estirado en muchas cosas y yo demasiado espontánea en otras, pero inexplicablemente habíamos sabido complementarnos a la perfección.

Encontramos sitio bastante cerca, por lo que Max me miró con cara de prepotencia.

—¿Ves como sí que íbamos a poder aparcar cerca?

—Sí, pero si hubiéramos venido en mi moto habríamos aparcado en la puerta.

—Ya sabes lo que pienso de que conduzcas una moto, y más como lo haces.

—Y tú ya sabes que me encanta y que me da exactamente igual lo que digas.

—En cuanto tuve la ocasión me compré una moto muy parecida a la que vendí. Me fascinaba.

Max no pensaba lo mismo. Le hice un mohín y él puso los ojos en blanco.

Antes de bajar del coche me preguntó:

—¿Seguro que estás bien?

—Me encuentro perfectamente; pero, por favor, Max, no quiero que nadie se entere, solo estoy de tres meses y prefiero esperar un poco.

Puso una sonrisa que no me gustó nada, pero preferí callarme.

El día anterior habíamos ido al ginecólogo y este nos había confirmado que estaba embarazada. Apenas llevábamos dos meses buscando cuando me quedé, y aunque estábamos muy felices nos había sorprendido que fuera tan rápido.

Max llevaba prácticamente desde que nos casamos queriendo ser padre, pero yo siempre le decía que se hubiera buscado a una de su edad, yo era demasiado joven y prefería esperar un poco. Él volvía al ataque diciendo que parecería su abuelo en lugar de su padre.

Así nos habíamos pasado los últimos ocho años.

Llamé al timbre y mis nervios se dispararon sin acabar de entender el porqué. Abrió la puerta Bruno y no pude contenerme. Me abracé a él, llorando.

Al girarme vi cómo Max ponía los ojos en blanco.

—¿Qué ocurre, pequeña? —No se me pasó por alto la mirada que Bruno le echó a Max.

—Que vas a ser tío.

—Pero ¡¿qué dices?!

Bruno se puso a darme besos sin parar y se armó tal revuelo que pronto me vi rodeada por mi madre primero y por mi padre después. Más tarde se acercó Sofía.

Oí a Max decir por lo bajo que menos mal que no quería que se enterara nadie. Me iba a girar para decirle que había sido culpa de las hormonas cuando Sofía me habló.

—Al final has dejado que el abuelo se salga con la suya.

—Era eso o seguir escuchándolo de por vida, y ya sabes lo pesado que puede llegar a ser.

—¡¡Oye!! Que estoy aquí.

—Por eso he escogido estas palabras y no otras.

Sofía se fue riendo junto a mi hermano, que estaba hablando con Alberto, mientras mi madre y mi padre achuchaban a Álvaro; el pobre miraba hacia sus

padres pidiendo un rescate, pero cualquiera iba y se lo quitaba a los abuelos, eran capaces hasta de morder.

Sofía había tenido un embarazo muy malo en el que se vio obligada a guardar reposo casi desde el principio. Tuvieron varios sustos y lo pasaron fatal, pero finalmente nació Álvaro, que no podía ser más bonito ni estar más sano.

Al final fue Thiago quien se apiadó de su hermano y lo sacó de allí para sentarlo en su trona.

Cuando nos sentamos a la mesa miré a todas las personas que estábamos en ella. No podíamos ser más diferentes y, sin embargo, había muchas clases de amor en ella: amor de padres, de hijos, de hermanos, de tíos, de amigos, de parejas...

Y es que, al final, la vida es eso, no dar tanta importancia a lo diferentes que somos unos de otros. Simplemente aceptarnos y querernos.

## Fin

## *Nota de la autora*

Después de escribir la saga de Olivia, María y Alba me costó mucho sacarlas de mi cabeza. Pero con una sola imagen, Eli se metió dentro y lo arrasó todo. Tal y como es ella.

Esta historia es independiente y no tiene continuación.

Ahora ya estoy metida en otro proyecto diferente, que espero que disfrutéis mucho.

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en:

Instagram: @tamaramarin04

Twitter: @tamaramarin04

Facebook: Tamara Marín o Tamara Marín Autora.



## *Agradecimientos*

A mi madre, te voy a echar de menos cada día de mi vida, pero espero que allá donde te encuentres estés siempre orgullosa de mí. Tuve a la mejor maestra.

A mis hijas, intentaré educaros para que jamás tengáis prejuicios hacia nadie.

A mi padre, por ser un pilar fundamental en mi vida y por demostrarnos su amor de tantas maneras diferentes.

A mi hermano, qué lástima me da el resto del mundo, porque solo yo tengo la suerte de tener un hermano como tú.

A mi pareja, porque nuestras diferencias nos unan siempre.

A todas las personas que han perdido a un ser querido en un accidente de tráfico. En especial a mis tíos. No creo que haya nada más duro que perder a un hijo y más en esas circunstancias. Gracias por estar siempre.

A mis primas Raquel y Tatiana, por todos los momentos vividos juntas en un pueblo llamado Blanes (ji, ji).

A Nere, por esta maravillosa portada. Por todo lo que ha costado y lo bien que ha quedado.

A José Manuel y Taira, de Rubric, que además de ser unos grandes profesionales son unas personas maravillosas.

A mis compañeras de trabajo, por acompañarme y consolarme en el año más duro de mi vida. Este libro también es un poco vuestro y de todas las educadoras infantiles que disfrutamos con nuestro trabajo y a quienes nos encantan los peques, aunque lleguemos a casa agotadas.

A María José y Noelia, por todo lo que hacéis por los autores, en especial por hacerme madrina de vuestro segundo evento literario. Mil gracias.

La agresión, la contestación de la enfermera, todo lo saqué de un testimonio real. Me pareció increíble. Como si tuviéramos que pasar por ello, como una especie de peaje que hay que pagar por ser mujer. En fin... cuando lo escuché,

supe que tenía que escribirlo. Aunque está claro que esto es un caso aislado que llamó mi atención, por lo que quiero dar las gracias a los equipos de médicos y enfermeras que se encargan de las mujeres agredidas y que estoy segura de que lo hacen con una delicadeza y una profesionalidad exquisita.

A todos los que empezasteis con *Haz que ocurra*, a los que os enganasteis en *No soy una princesa*, a los que preferisteis *Me quiero más a mí* y a los que os enamorasteis de *Yo no soy de nadie*. Gracias de corazón por acompañarme en este maravilloso camino y por vuestras infinitas muestras de cariño. GRACIAS.

A ti, que acabas de terminar esta historia. Deseo que hayas disfrutado mucho con ella.